

EL ARCHIPIELAGO EN LLAMAS

JULIO VERNE

1
Un buque en alta mar

El 18 de octubre de 1827, hacia las cinco de la tarde, un pequeño buque levantino ceñía el viento en el intento de alcanzar, antes de que se hiciera de noche, el puerto de Vitylo, a la entrada del golfo de Corón. Este puerto, el antiguo Oitylos de Homero, está situado en una de las tres profundas incisiones que recortan, en el mar Jónico y en el mar Egeo, esa hoja de plátano con la que, muy acertadamente, ha sido comparada la Grecia meridional. Sobre esta hoja se extiende el antiguo Peloponeso, la Morea de la geografía moderna. La primera de tales mordeduras, al oeste, es el golfo de Corón, abierto entre la Mesenia y la Maina; la segunda es el golfo de Maratón, que escota ampliamente el litoral de la severa Laconia; la tercera es el golfo de Nauplia, cuyas aguas separan la Laconia de la Argólida.
Al primero de estos tres golfos pertenece el puerto de Vitylo. Excavado en el límite de su costa oriental, en el fondo de una ensenada irregular, ocupa los primeros estribos marítimos del Taigeto, cuya prolongación orográfica forma la osamenta de esta región que es la Mamá. La seguridad de

sus fondos, la orientación de sus pasos y las alturas que lo abrigan hacen de él uno de los mejores refugios de una costa incesantemente azotada por todos los vientos de esos mares mediterráneos.

El buque, que se elevaba, todo a ceñir, contra una brisa bastante fresca de nornoroeste, no podía ser visto desde los muelles de Vitylo. Una distancia de entre seis y siete millas lo separaba todavía del puerto. Aunque el día era muy claro, sobre el fondo luminoso del lejano horizonte se recortaba apenas la orla de sus velas más altas.

Mas lo que no podía verse desde abajo podía verse desde arriba, es decir, desde la cima de las crestas monta- 1 ñosas que dominan el pueblo. Vitylo está construido, en forma de anfiteatro, sobre rocas abruptas defendidas por la antigua acrópolis de Kelafa. Por encima se yerguen algunas viejas torres en ruinas, de un origen posterior a los curiosos restos de un templo de Serapis, cuyas columnas y capiteles de orden jónico adornan aún la iglesia de Vitylo. Cerca de esas torres se levantan asimismo dos o tres capillitas poco frecuentadas, que atienden unos monjes, encargados del culto.

Es conveniente que aclaremos la expresión «encargados del culto» e incluso esa calificación de «monje» que aplicamos a los basilios[1] de la costa mesenia. Por otra parte, vamos a poder juzgar, directamente del natural, a uno de ellos, que acababa de abandonar su capilla.

En aquella época, la religión, en Grecia, era todavía una mezcla singular de las

1 Francés caloyers (griego moderno kalogeros, monje
griego de la orden de San Basilio)

leyendas del paganismo y de las creencias del cristianismo. Muchos fieles veían a las diosas de la antigüedad como santas de la nueva religión e, incluso actualmente, como ha hecho notar Henry Belle, esas gentes «amalgaman a los semidioses con los santos, a los duendes de los pequeños valles encantados con los ángeles del paraíso, invocando tanto a las sirenas y las furias como a la Panagia»[2] De ahí la existencia de ciertas prácticas extravagantes y de anomalías que hacen sonreír, y de ahí también la aparición, a veces, de una clerecía incapaz de desenredar ese caos poco ortodoxo.

Durante el primer cuarto del presente siglo, sobre todo -hace unos cincuenta años, en la época en que comienza esta historia-, el clero de la península helénica era todavía más ignorante, y los monjes, indolentes, ingenuos, simples y complacientes, no parecían estar demasiado capacitados para guiar a

2 Del griego eclesiástico panagia, nombre que, en la religión ortodoxa, se le da a la Virgen

unas gentes supersticiosas por naturaleza. ¡Y si por lo menos esos basilios hubiesen sido tan sólo ignorantes! Pero, en ciertas partes de Grecia, sobre todo en las regiones salvajes de la Maina, aquellos pobres hombres -reclutados, dicho sea de paso, entre las clases más bajas, mendigos por naturaleza y por necesidad, que vivían pordioseando las dracmas que les lanzaban de vez en cuando los viajeros caritativos, sin otra ocupación que la de dar a besar a los fieles la imagen apócrifa de algún santo o la de mantener encendida la lámpara ante la hornacina de alguna santa y desesperados por el poco rendimiento que obtenían de los diezmos, las confesiones, los entierros y los bautizos, no manifestaban ningún escrúpulo a la hora de hacer de vigías -¡y menudos vigías!- por cuenta de los habitantes del litoral.

Por eso, cuando vieron que uno de sus monjes bajaba rápidamente hacia el pueblo agitando los brazos, los marinos de Vitylo, que estaban tumbados en el puerto, como esos lazzaroni[3] que necesitan dos horas de descanso después de realizar un trabajo de unos minutos, se levantaron.

El monje era un hombre de unos cincuenta a cincuenta y cinco años, no sólo corpulento, sino también gordo, con esa gordura que genera la ociosidad, y su fisonomía astuta no podía inspirar sino una mediocre confianza.

-¿Qué pasa, padre? ¿Qué pasa? -exclamó uno de los marineros corriendo hacia él.

El vityliano hablaba con ese tono gangoso que haría creer que Nasón fue uno de los antepasados de los helenos, y utilizaba el dialecto mainota, en el que se mezclan el griego, el turco, el italiano y el albanés, como si hubiese existido en tiempos de la torre de Babel.

-¿Es que los soldados de Ibrahim han invadido las alturas del Taigeto? -preguntó

otro marinero, con un gesto de apatía que denotaba escaso patriotismo.
-¡A menos que sean los franceses, que no nos hacen ninguna falta! -contestó el primer
3 «Gandul», en italiano en el original.
interlocutor.
-¡Iguales son unos que otros! -replicó un tercero.
Y esta respuesta indicaba que la lucha, entonces en su fase más terrible, interesaba muy poco a aquellos indígenas de los confines del Peloponeso, enormemente diferentes de los mainotas del norte, que tan brillantemente se distinguieron durante la guerra de la Independencia.
Pero el obeso monje no podía replicar ni a uno ni a otro. Se había sofocado bajando las rápidas pendientes del acantilado. Su pecho de asmático jadeaba. Quería hablar y no lo conseguía. Al menos, uno de sus antepasados de la Hélade, el soldado de Maratón, antes de caer muerto había podido anunciar la victoria de Milcíades. Pero ya no se trataba de Milcíades ni de la guerra de los atenienses y los persas. Eran sólo griegos, aquellos hoscos habitantes de la punta extrema de la Maina.
-¡Habla, padre, habla ya! -exclamó un viejo marino llamado Gozzo, más impaciente que los otros, como si hubiera adivinado lo que el monje había venido a anunciarles.
Éste consiguió por fin recuperar el aliento. Luego, tendiendo la mano hacia el horizonte, dijo:
-¡Barco a la vista!
Y, al oír estas palabras, todos aquellos haraganes se pusieron en pie dando palmas y echaron a correr hacia un roquedal que dominaba el puerto. Desde allí, su vista podía abarcar un sector más vasto del mar.
Un extranjero habría podido creer que aquel movimiento está provocado por el natural interés que todo navío arribando a puerto inspira necesariamente en unos marineros fanáticos de las cosas del mar. Nada más lejos de la realidad. De hecho, si algún tipo de interés podía apasionar a aquellos indígenas, era desde un punto de vista muy especial.
En efecto, en el momento en el que escribo -no en el momento en que tenía lugar esta historia-, la Mamá es todavía un país aparte en medio de Grecia, convertida ésta nuevamente en reino independiente por voluntad de las potencias europeas,

signatarias del Tratado de Andrinópolis de 1829. Los mainotas, o al menos los de tal nombre que viven en esas puntas alargadas entre los golfos, han permanecido en un estado semibárbaro, más preocupados por su propia libertad que por la libertad de su país. De ahí que esa lengua extrema de la tierra que es la Morea inferior haya sido, en todas las épocas, prácticamente irreductible. Ni los jenízaros turcos, ni los soldados griegos pudieron vencer a los mainotas. Pendencieros, vindicativos, transmitiéndose de
padres a hijos, como los corsos, odios entre familias que no pueden extinguirse si no es a través de la sangre, saqueadores de nacimiento y sin embargo hospitalarios, asesinos cuando el robo exige el asesinato, estos rudos montañeses se consideran, a pesar de todo, los descendientes directos de los espartanos; pero, encerrados en las ramificaciones del Taigeto, donde se cuentan por millares esas pequeñas ciudadelas o pyrgos casi inaccesibles, desempeñan de muy buen grado el papel equívoco de aquellos forajidos de la Edad Media que ejercían sus derechos feudales a puñaladas y a tiros.
Pues bien, si actualmente los mainotas son todavía medio salvajes, resulta fácil imaginar lo que debían de ser hace cincuenta años. Durante el primer tercio de este siglo, antes de que los cruceros de los barcos de vapor hubiesen frenado en gran medida sus depredaciones en el mar, fueron los piratas más osados y los más temidos por los buques mercantes que hacían escala en los puertos de Levante.
Y precisamente, el puerto de Vitylo, por el hecho de hallarse situado en el extremo del Peloponeso, a la entrada de dos mares, y por su proximidad con la isla de Cerigoto, refugio predilecto de los corsarios, estaba en el lugar idóneo para acoger a todos aquellos malhechores que pirateaban en la zona del Archipiélago y los parajes vecinos del Mediterráneo. El punto de concentración de los habitantes de esta parte de la Maina se llamaba entonces, concretamente, Kakovoni, y los kakovoniotas, a caballo de esa punta en la que termina el cabo Matapán, podían operar cómodamente. En el mar, atacaban a los navíos; desde tierra, los atraían por medio de falsas señales. En todas partes los saqueaban y los quemaban. Poco importaba que la tripulación estuviese compuesta de

turcos, malteses, egipcios, incluso griegos: todos eran degollados sin piedad o vendidos como esclavos en las costas berberiscas.
Cuando faltaba el trabajo, cuando escaseaban los barcos de cabotaje en los parajes del golfo de Corón o del golfo de Maratón, alrededor de Cerigo o del cabo Gallo, se elevaban rogativas al dios de las tempestades, a fin de que se dignase lanzar
contra aquellas costas algún buque de gran tonelaje y rica carga. Y los basilios no se negaban a realizar estas plegarias, que redundaban
en mayor beneficio de sus fieles.
Pues bien, desde hacía algunas semanas no habían podido saquear nada. Ningún buque había venido a atracar en las orillas de la Maina. Por eso se produjo una explosión de júbilo, no bien el monje hubo dejado escapar aquellas palabras, entrecortadas por sus jadeos asmáticos:
-¡Barco a la vista!
Casi inmediatamente se oyeron los tañidos sordos de la simandra,[4] especie de campana de madera chapada en hierro usada en aquellas provincias, donde los turcos no permiten el empleo de las campanas de metal. Pero aquellos lúgubres repiques bastaban para reunir a una población ansiosa: hombres, mujeres, niños, perros feroces y temibles, todos igualmente aptos para el saqueo y el asesinato.
Entretanto, los vitylianos, reunidos sobre el alto peñasco, discutían a gritos. Aquel buque avistado por el monje, ¿qué tipo de barco era?
Impulsado por la brisa del nornoroeste, que arreciaba al caer la noche, el navío, amuras a babor, avanzaba rápidamente. Era posible incluso que rebasara el cabo Matapán dando bordadas. A juzgar por la dirección que llevaba, parecía venir de los alrededores de Creta. El casco empezaba a mostrarse por encima de la estela blanca que dejaba tras él; pero a esa distancia, el velamen no era

4 Sin traducción. De esperon (éperon), .espolón.. Barco maltés de cabotaje

todavía más que una masa confusa. Resultaba, pues, difícil reconocer a qué tipo de buque pertenecía. De ahí que los comentarios se contradijeran a cada momento.
-¡Es un jabeque! -decía uno de los

marineros-. ¡Acabo de ver las velas cuadradas del trinquete!
-¡No! -replicaba otro-. ¡Es un pingue! ¡Mirad la popa levantada y la arrufadura de la roda!
-Jabeque o pingue! ¿Quién va a poder distinguirlos a esta distancia?
-¿No será más bien una polacra de velas cuadradas? -observó otro marinero, que se había hecho un catalejo con las dos manos medio cerradas.
-¡Que Dios nos asista! -contestó el viejo Gozzo-. ¡Polacra, jabeque o pingue, todos son buques de tres mástiles, y valen más tres mástiles que dos cuando se trata de atracar en nuestras costas con un buen cargamento de vino de Candía o de telas de Esmirna!
Tras este juicioso comentario, todos miraron con mayor atención. El navío se acercaba y se iba agrandando poco a poco; pero, precisamente porque navegaba todo a ceñir, no era posible verlo de costado. Hubiera sido, pues, difícil decir si tenía dos o tres mástiles, o sea, si se podía esperar que su tonelaje fuera o no considerable.
-¡Oh, no! ¡Maldita sea nuestra suerte y maldito el diablo que anda en ella! -dijo Gozzo, lanzando uno de aquellos juramentos políglotas con los que acentuaba todas sus frases-. Al final resultará que sólo es un falucho...
-¡O incluso un speronare!5 -exclamó el monje, tan decepcionado como su rebaño.
Ni que decir tiene que estas dos observaciones fueron acogidas con gritos de desaliento. Pero, fuera del tipo que fuera, se podía ya calcular que aquel barco debía de tener una capacidad de a lo sumo cien o

5 Francés échillons, del latín vulgar scalio, -one, «escalera de mano» o «escala de cuerda». Éste era el sentido que tenía la palabra en francés antiguo (escheillon). Actualmente, su significado es «tromba» o manga de agua».

ciento veinte toneladas. Después de todo, poco importaba que su cargamento no fuese enorme, si era rico. Hay simples faluchos, o incluso ciertos speronares, que van cargados de vinos preciosos, aceites finos o tejidos de valor. En tal caso, vale la pena atacarlos. ¡Y proporcionan un gran beneficio por poco trabajo! Por lo tanto, no había que desesperar

aún. Además, los más viejos de la banda, muy entendidos en la materia, opinaban que el buque tenía un cierto porte elegante que decía mucho en su favor.
Mientras tanto, el sol empezaba a desaparecer tras el horizonte al oeste del mar Jónico; pero el crepúsculo de octubre proyectaría todavía luz suficiente, al menos durante una hora, para que el navío pudiese ser reconocido antes de que se hiciera noche cerrada. Éste, por otra parte, después de haber doblado el cabo Matapán, acababa de abatir dos cuartos sobre su rumbo con objeto de tomar mejor la entrada del golfo y se ofrecía en las mejores condiciones a la mirada de sus observadores.
Al cabo de un instante, una palabra escapó de labios del viejo Gozzo:
-¡Sacoleva!
-¡Una sacoleva! -exclamaron sus compañeros, y su decepción se tradujo en una descarga de maldiciones.
Pero, a este respecto, no hubo discusión alguna, porque no había error posible. El navío que maniobraba a la entrada del golfo de Corón era, sin lugar a dudas, una sacoleva. A pesar de todo, las gentes de Vitylo no tenían motivo para quejarse de su mala suerte.No es raro encontrar algún cargamento precioso a bordo de estas sacolevas.
Se llama así a un tipo de buque levantino de tonelaje mediano, cuya arrufadura, es decir, la curva del puente, se acentúa ligeramente levantándose hacia la popa. Sus tres mástiles de una sola pieza van aparejados con velas áuricas. El palo mayor, muy inclinado hacia proa y colocado en el centro, lleva una vela latina, una bandola y una gavia con un juanete alto. Dos foques en la proa y dos velas en punta en los dos mástiles desiguales de popa completan su velamen, que le da un aspecto singular. Los vivos colores del casco, el lanzamiento de la roda, la variedad de su arboladura y el particular corte de sus velas hacen de él uno de los más curiosos especímenes entre esos graciosos navíos que bordean a centenares los estrechos parajes del Archipiélago. Nada tan elegante como este ligero buque, acostándose y enderezándose sobre las olas, coronándose de espuma, saltando sin esfuerzo, como lo haría un enorme pájaro cuyas alas hubiesen rozado el mar, que en ese

momento rielaba bajo los últimos rayos de sol.

Aunque la brisa tendía a arreciar y el cielo se cubrió de «mangas», nombre que los levantinos dan a ciertas nubes de su cielo, la sacoleva no reducía en nada su velamen. Conservaba izado incluso el juanete alto, que cualquier marino menos audaz seguramente ya hubiese amainado. Evidentemente, su intención era atracar, pues el capitán no tenía ningún interés en pasar la noche en medio de una mar que estaba ya encrespada y amenazaba con tornarse aún más gruesa.

Pero, aunque en ese momento para los marinos de Vitylo no cabía ya ninguna duda de que la sacoleva estaba entrando en el golfo, no dejaban de preguntarse si se dirigiría a su puerto.

-¡Eh! -exclamó uno de ellos-. ¡Se diría que sigue arrimándose al viento en lugar de venir al fondeadero!

-¡Que el diablo se la lleve! -replicó otro-. ¿Es que acaso piensa virar por avante y hacerse a la mar de nuevo?

-A lo mejor pone rumbo a Cotón.

-O a Calamata.

Estas dos hipótesis eran igualmente admisibles. Coron es un puerto de la costa mainota muy frecuentado por los navíos mercantes de la zona de Levante, y allí se lleva a cabo una parte importante de la exportación de los aceites del sur de Grecia. Lo mismo puede decirse de Calamata, situada en el fondo del golfo, cuyos bazares rebosan de productos manufacturados, telas o cerámicas, que le envían los diversos Estados de Europa occidental. Era, pues, posible que la sacoleva llevara un cargamento para uno de estos dos puertos, lo cual habría desconcertado en gran manera a aquellos vitylianos, en busca de saqueos y pillajes.

Mientras era observada con una atención tan poco desinteresada, la sacoleva avanzaba rápidamente. No tardó en hallarse a la altura de Vitylo. Ése era el instante en el que se decidía su suerte. Si continuaba avanzando hacia el fondo del golfo, Gozzo y sus compañeros deberían perder toda esperanza de capturarla. En efecto, incluso lanzándose a sus más rápidas embarcaciones, no habrían tenido ninguna oportunidad de alcanzarla, tan veloz era su marcha bajo aquel enorme velamen que llevaba sin fatiga.

-¡Ya llega!

Estas dos palabras fueron pronunciadas, al cabo de breves momentos, por el viejo marino, cuyo brazo, armado de una mano ganchuda, se lanzó extendido hacia el pequeño buque como un arpeo de abordaje.
Gozzo no se equivocaba. Acababan de poner caña a barlovento, y la sacoleva se dirigía ahora hacia Vitylo. Al mismo tiempo, el juanete alto y el segundo foque fueron arriados; después, la gavia fue recogida. Así, aligerada de una parte de sus velas, resultaba mucho más manejable para el timonel.
Empezaba a anochecer. La sacoleva tenía el tiempo justo para entrar en los pasos de Vitylo. Aquí y allá, hay rocas submarinas que es preciso evitar, so pena de precipitarse a una destrucción completa. Sin embargo, el pabellón de piloto no había sido izado al palo mayor del pequeño buque. El capitán tenía que conocer perfectamente aquellos fondos tan peligrosos, ya que se aventuraba a través de ellos sin pedir ayuda. Quizá desconfiaba también -y con toda razón- de los prácticos vitylianos, que no habrían tenido inconveniente en llevarlo hacia algún arrecife donde buen número de navíos se habían perdido ya.
Además, en aquella época, ningún faro iluminaba las costas de esta porción de la Maina. Una simple luz de puerto servía para guiarse al maniobrar por el estrecho canal.
Mientras tanto, la sacoleva iba acercándose. Pronto estuvo sólo a media milla de Vitylo. Recalaba sin vacilar. Se notaba que una mano hábil la maniobraba.
Esto no satisfacía en absoluto a todos aquellos desalmados. Les interesaba que el buque que codiciaban se precipitara contra alguna roca. En situaciones como ésta, el escollo se convertía fácilmente en su cómplice. Empezaba el trabajo y ellos sólo tenían que acabarlo. Primero, el naufragio; el saqueo, después; tal era su manera de actuar. Esto les ahorraba una lucha a mano armada, una agresión directa, de la cual podían ser víctimas algunos de ellos. Algunos de aquellos buques, efectivamente, estaban defendidos por valientes tripulaciones, que no se dejaban atacar impunemente.
Así pues, los compañeros de Gozzo dejaron su puesto de observación y volvieron al puerto sin perder un instante. Tenían que poner en práctica las estratagemas que son

familiares a todos los saqueadores de pecios, ya sean de Poniente o de Levante.
Hacer encallar la sacoleva en los estrechos pasos del canal indicándole una dirección falsa: algo muy fácil en medio de aquella oscuridad, que, sin ser profunda aún, lo era bastante para dificultar las evoluciones de la nave.
-¡A la luz del puerto! -dijo simplemente Gozzo, a quien sus compañeros obedecían siempre sin dudar.
La orden del viejo marino fue comprendida. Dos minutos más tarde, el farol -una simple linterna, encendida en el extremo de una percha levantada sobre el pequeño muelle- se apagaba súbitamente.
En el mismo instante, aquella luz era sustituida por otra, que al principio fue colocada en la misma dirección; pero si la primera, inmóvil sobre el muelle, indicaba un punto siempre fijo para el navegante, la segunda, gracias a su movilidad, debía arrastrarlo fuera del canal y exponerlo a chocar contra algún escollo.
Se trataba de una linterna cuya luz no difería en absoluto de la del farol del puerto; pero había sido enganchada a los cuernos de una cabra, a la que los vitylianos empujaban lentamente por las primeras rampas del acantilado. La linterna se desplazaba junto con el animal y debía inducir a la sacoleva a realizar maniobras equivocadas.
No era la primera vez que las gentes de Vitylo actuaban de ese modo. ¡Desde luego que no! Y era incluso raro que hubiesen fracasado en sus criminales empresas.
A todo esto, la sacoleva acababa de entrar en el canal. Después de haber cargado su vela mayor, llevaba desplegadas tan sólo las velas latinas de popa y el foque. Este velamen reducido debía bastarle para llegar a su fondeadero.
Para enorme sorpresa de los marinos que lo observaban, el pequeño buque avanzaba con una increíble seguridad a través de las sinuosidades del canal. No parecía preocuparse en modo alguno de la luz móvil que llevaba la cabra. En pleno día su maniobra no hubiera sido más correcta. Su capitán tenía por fuerza que haber realizado a menudo la aproximación a Vitylo y tenía que conocer bien la zona, hasta el punto de poder aventurarse por aquellos parajes incluso en medio de una noche cerrada.

En aquel momento era ya posible distinguir al atrevido marino. Su silueta se destacaba claramente en la sombra sobre la proa de la sacoleva. Se hallaba envuelto en los anchos pliegues de su aba, especie de capa de lana, cuyo capuchón le cubría la cabeza. En realidad, aquel capitán no guardaba, en su actitud, ningún parecido con los modestos patrones de los barcos de cabotaje, que durante la maniobra devanan incesantemente entre sus dedos un rosario de grandes cuentas, y que son el tipo que comúnmente se encuentra en los mares del Archipiélago. ¡No! Éste, con voz baja y sosegada, estaba pendiente tan sólo de transmitir sus órdenes al timonel, situado en la popa del pequeño buque.

En aquel momento, la linterna que paseaban por las rampas del acantilado se apagó de golpe, lo cual, sin embargo, no causó problemas a la sacoleva, que, imperturbable, seguía su ruta. Por un momento, pareció que un giro brusco iba a enviarla contra una peligrosa roca, situada a flor de agua, a una distancia del puerto de un cable6, y que era prácticamente imposible ver en la sombra. Un ligero golpe de timón bastó para modificar su dirección y evitar el escollo, junto al cual pasó rozando.

Igual destreza manifestó el timonel cuando fue necesario evitar un segundo arrecife, que no dejaba más que un estrecho paso a través del canal -arrecife contra el que más de un navío había ya chocado al dirigirse al fondeadero, fuese o no su piloto cómplice de los vitylianos.

Éstos no podían ya contar con la posibilidad de un naufragio, que les hubiera entregado la sacoleva sin defensa. En pocos minutos estaría anclada en el puerto. Para apoderarse de ella, tendrían necesariamente que tomarla al abordaje.

Así lo decidieron, previo acuerdo, aquellos granujas; y es lo que se proponían llevar a la práctica en medio de una oscuridad muy favorable para esta clase de operaciones.

-¡A los botes! -dijo el viejo Gozzo, cuyas

6 Un cable es la décima parte de una milla y equivale a
185 metros.

órdenes no eran nunca discutidas, sobre todo cuando lo que ordenaba era un saqueo.

Una treintena de hombres vigorosos, algunos armados con pistolas, la mayoría

blandiendo puñales y hachas, se lanzaron a los botes amarrados en el muelle y avanzaron en número evidentemente superior al de los hombres de la sacoleva.

En ese mismo instante, con una voz seca, alguien a bordo dio una orden. La sacoleva, después de haber salido del canal, se hallaba en medio del puerto. Largaron las drizas, echaron el ancla y la nave permaneció inmóvil después de una última sacudida producida por la caída de la cadena.

Los botes estaban tan sólo a unas pocas brazas del buque. Aun sin mostrar una desconfianza exagerada, cualquier tripulación, conociendo la mala reputación de las gentes de Vitylo, se hubiese armado, a fin de estar, llegado el caso, en condiciones de defenderse.

Pero, en esta ocasión, no fue así. Después de atracar, el capitán de la sacoleva había abandonado la proa y se había dirigido a popa, mientras sus hombres, sin preocuparse por la llegada de los botes, se dedicaban tranquilamente a plegar las velas, con objeto de dejar libre la cubierta.

El único detalle digno de observación era que no las ataban, de manera que hubiera bastado con drizar para volver a aparejar.

El primer bote abordó la sacoleva por el lado de babor. Los otros toparon con ella casi enseguida. Y como sus bordas empavesadas eran poco elevadas, los asaltantes, profiriendo gritos de muerte, sólo tuvieron que pasar por encima de una zancada para alcanzar la cubierta.

Los más furiosos se precipitaron hacia la popa. Uno de ellos cogió un farol encendido y lo acercó a la cara del capitán.

Éste se apartó la capucha con la mano y la dejó caer sobre sus hombros; su rostro apareció a plena luz.

-¡Vaya! -dijo-. ¿Acaso las gentes de Vitylo no reconocen ya a su compatriota Nicolas Starkos?

Mientras hablaba de este modo, el capitán se había cruzado tranquilamente de brazos.

Un segundo después, los botes, tras haber desatracado a toda velocidad, habían alcanzado de nuevo el fondo del puerto.

II

Cara a cara

Diez minutos más tarde, una ligera embarcación, un gig[7], abandonaba la sacoleva y depositaba al pie del muelle, sin

ningún compañero y sin arma alguna, a aquel hombre ante el cual los vitylianos acababan de batirse en retirada con tanta presteza.
Era el capitán de la Karysta. Así se llamaba el pequeño buque que acababa de fondear en el puerto.

7 En inglés en el original. Especie de falúa, embarcación alargada de remo, al servicio del capitán o Jefe de escuadra.

Hombre de estatura mediana, mostraba, bajo la tupida gorra de marino, una frente ancha y orgullosa. Tenía unos ojos duros, de mirada fija. Sobre el labio, lucía bigotes de klefta[8], dispuestos horizontalmente y rematados en un grueso mechón, no en punta. Era ancho de pecho y de miembros vigorosos.
Los cabellos negros le caían en bucles sobre los hombros. Si pasaba de los treinta y cinco años, debía de ser apenas por unos meses.
Pero su tez curtida por las brisas, la dureza de su fisonomía y el pliegue de su frente, como un surco en el cual ninguna cosa honesta podía germinar, lo hacían parecer mucho más viejo de lo que era.
Por lo que se refiere al atuendo que llevaba en aquel momento, nada tenía que ver con la chaqueta, la almilla y las enagüillas del palikare[9]. El caftán, con capucha de color

8 Del griego moderno klephtés, nombre que se les daba a los bandidos que vivían en las montañas de la región del Olimpo y que representaron un papel importante en la guerra de la Independencia contra los turcos.

9 Del griego moderno pallikári, miliciano griego que

pardo bordada de discretas trencillas, el pantalón verdoso con anchos pliegues, que se perdía dentro de unas botas de caña alta, recordaban más bien la vestimenta de un marino de las costas berberiscas.
Y sin embargo, Nicolas Starkos era griego de nacimiento y originario del puerto de Vitylo. Allí era donde había pasado los primeros años de su juventud. Durante su infancia y adolescencia, había hecho entre aquellas rocas el aprendizaje de la vida del mar. Había navegado al azar por aquellos parajes, dejándose llevar por las corrientes y los vientos. No había una sola ensenada cuyo braceaje y acantilados no hubiera verificado,

ni un escollo, bancal o roca submarina cuya marcación fuera desconocida para él, ni un solo recodo del canal cuyas múltiples sinuosidades no fuera capaz de seguir, sin compás ni piloto. Así pues, resulta fácil comprender cómo, a despecho de las falsas señales de sus compatriotas, había podido dirigir la sacoleva con mano tan segura. combatía contra los turcos.

Además, él sabía que los vitylianos eran poco de fiar. Los había visto en acción anteriormente. Y es muy probable que no desaprobara sus instintos rapaces, en la medida en que no había tenido que sufrirlos personalmente.

Pero si él conocía a los vitylianos, también los vitylianos conocían a Nicolas Starkos. Después de la muerte de su padre, que fue uno entré las miles de víctimas de la crueldad de los turcos, a su madre, ansiosa de venganza, le faltó tiempo para unirse a la primera sublevación contra la tiranía otomana. Él, con dieciocho años, había abandonado la Maina para recorrer los mares, y particularmente el Archipiélago, y aprendió no sólo el oficio de marino, sino también el de pirata. Nadie, a excepción de él mismo, habría podido decir a bordo de qué navíos sirvió durante aquel período de su existencia, ni qué jefes, entre los que mandaban bandas de filibusteros o corsarios, lo tuvieron a sus órdenes, ni bajo qué pabellón llevó a cabo sus primeros hechos de armas, ni qué sangre derramó su mano, si la de los enemigos de Grecia o la de sus defensores, la misma que corría por sus propias venas. Con todo, varias veces había sido visto en los diversos puertos del golfo de Corón. Compatriotas suyos que habían tomado parte en alguna de sus empresas, habían relatado sus más notables actos de piratería: barcos mercantes atacados y destruidos, ricos cargamentos repartidos como botín. Un cierto misterio envolvía el nombre de Nicolas Starkos, y, sin embargo, ese nombre era tan conocido en las provincias de la Maina que, ante él, todos se inclinaban.

Así se explica el recibimiento que le dieron los habitantes de Vitylo, por qué consiguió imponerse tan sólo con su presencia y por qué todos abandonaron el proyecto de saquear la sacoleva en el momento mismo en que reconocieron al hombre que la comandaba.

En cuanto el capitán de la Karysta atracó
en el muelle del puerto, un poco por detrás
de la escollera, hombres y mujeres, que
habían acudido para recibirlo, se alinearon
respetuosamente a su paso. Cuando
desembarcó, ni un solo grito fue proferido.
Parecía como si Nicolas Starkos tuviera
bastante prestigio para imponer el silencio a
su alrededor tan sólo por el respeto que
inspiraba. Esperaban que él hablase, y, si no
lo hacía -lo cual era posible-, nadie se
permitiría la licencia de dirigirle la palabra.
Después de ordenar a los marineros de su
gig que volvieran a bordo, Nicolas Starkos
avanzó hacia el ángulo que forma el muelle al
fondo del puerto. Pero apenas había dado
unos veinte pasos en esa dirección cuando se
detuvo. Luego, viendo al viejo marinero que
lo seguía como si esperase recibir alguna
orden, dijo:
-Gozzo, necesitaré diez hombres vigorosos
para completar mi tripulación.
-Los tendrás, Nicolas Starkos -respondió
Gozzo.
Si el capitán de la Karysta hubiese querido
cien, los habría encontrado también entre
aquella población marinera, y habría podido
incluso elegir. Y esos cien hombres, sin
preguntar adónde se los llevaba, ni a qué
tarea se los destinaba, ni por cuenta de quién
iban a navegar o a batirse, habrían seguido a
su compatriota, dispuestos a compartir su
suerte, sabiendo muy bien que de una manera
u otra saldrían ganando.
-Que dentro de una hora esos diez
hombres estén a bordo de la Karysta -añadió
el capitán.
-Allí estarán -respondió Gozzo.
Nicolas Starkos, indicando con un gesto
que no deseaba ser acompañado, subió por el
malecón, que se redondea al final del muelle,
y desapareció de su vista en una de las
estrechas calles del puerto.
El viejo Gozzo, respetando su voluntad,
volvió al lado de sus compañeros y ya no se
ocupó de otra cosa que de escoger a los diez
hombres destinados a completar la
tripulación de la sacoleva.
Entretanto, Nicolas Starkos subía
lentamente las cuestas de aquel abrupto
acantilado sobre el cual se asienta el poblado
de Vitylo. A aquella altura, no se oía otro
ruido que los ladridos de los perros salvajes,
casi tan temibles para los viajeros como los

chacales o los lobos, unos perros de formidables mandíbulas y ancha cara de dogo, que no se dejan intimidar por el bastón. Algunas gaviotas se arremolinaban en el espacio, agitando con pequeños movimientos sus amplias alas extendidas, de camino hacia las cuevas del litoral.

Pronto, Nicolas Starkos dejó atrás las últimas casas de Vitylo. Tomó entonces el escarpado sendero que rodea la acrópolis de Kelafa. Después de seguir por las ruinas de una ciudadela, levantada en aquel lugar por Ville-Hardouin, en la época en que los cruzados ocupaban diversos puntos del Peloponeso, rodeó la base de las viejas torres que todavía hoy coronan el acantilado. Allí se detuvo un momento y se volvió.

En el horizonte, más acá del cabo Gallo, el cuarto creciente de la luna estaba a punto de apagarse en las aguas del mar Jónico. Unas pocas estrellas centelleaban a través de los estrechos desgarrones de las nubes, un silencio absoluto reinaba alrededor de la acrópolis. Dos o tres pequeñas velas apenas visibles surcaban la superficie del golfo, atravesándolo hacia Corón o remontándolo hacia Calamata. De no ser por el fanal, que se balanceaba en el extremo del mástil, tal vez hubiera sido imposible distinguirlas. Más abajo, siete u ocho luces brillaban también en diferentes puntos de la orilla, y su resplandor se veía doblado por la temblorosa reverberación de las aguas. ¿Eran los faroles de las barcas de pesca o las luces encendidas de las viviendas? Imposible precisarlo.

Nicolas Starkos recorría, con su mirada habituada a las tinieblas, toda aquella inmensidad. Hay en el ojo del marino una capacidad de visión penetrante, que le permite ver cosas allí donde otros no verían nada. Pero en aquel momento, no parecía que las cosas exteriores pudiesen impresionar al capitán de la Karysta, acostumbrado sin duda a escenas totalmente diferentes. No, era dentro de sí mismo donde miraba. Respiraba casi inconscientemente aquel aire natal, que es como el aliento del país. Permanecía inmóvil, pensativo, con los brazos cruzados, y tampoco su cabeza, ahora descubierta, se movía más de lo que lo hubiera hecho de haber estado esculpida en piedra.

Así transcurrió casi un cuarto de hora. Durante ese tiempo, Nicolas Starkos no había

dejado de observar aquel occidente delimitado por un lejano horizonte de mar. Luego, dio unos pasos y subió por el acantilado en diagonal. No caminaba de ese modo al azar. Un secreto pensamiento lo guiaba; pero se habría dicho que sus ojos evitaban aún mirar aquello que habían venido a buscar a las alturas de Vitylo.

Por otra parte, nada hay tan desolado como esta costa, desde el cabo Matapán hasta el último rincón del golfo. Allí no crecían naranjos, ni limoneros, ni escaramuos, ni adelfas, ni jazmines de la Argólida, ni higueras, ni madroños, ni moreras, ni nada de lo que convierte algunas regiones de Grecia en una rica y verdeante campiña. Ni una encina, ni un plátano, ni un granado que se destacasen sobre el sombrío telón de los cipreses y los cedros. Por todas partes, rocas que un próximo desprendimiento de aquellos terrenos volcánicos podría muy bien precipitar a las aguas del golfo. Por todas partes, una aspereza feroz en aquella tierra de la Maina, incapaz de alimentar a su población. Apenas algunos pinos descarnados, contorcidos, extravagantes, cuya resina había sido consumida por completo y a los que faltaba la savia, mostrando las profundas heridas de sus troncos. Aquí y allá, enjutos cactos, verdaderos cardos espinosos, cuyas hojas se parecían a pequeños erizos medio pelados. En parte alguna, en fin, ni en los arbustos achaparrados, ni en el suelo, formado más de guijarros que de tierra, nada con que alimentar aquellas cabras que, dada la sobriedad del entorno, no eran tampoco muy exigentes.

Después de dar unos veinte pasos, Nicolas Starkos se paró de nuevo y se volvió hacia el noreste, donde la lejana cresta del Taigeto dibujaba su perfil sobre el fondo menos oscuro del cielo. Una o dos estrellas, que aparecían a esa hora, descansaban allí todavía, a ras del horizonte, como grandes luciérnagas.

Nicolas Starkos permanecía inmóvil contemplando una casita baja de madera que ocupaba un saliente del acantilado, a unos cincuenta pasos. Era una vivienda modesta, aislada encima del pueblo, a la que sólo se llegaba por abruptos senderos, construida en medio de un cercado de árboles medio desnudos y rodeada por un seto de espinos. Se veía que aquella morada estaba deshabitada

desde hacía mucho tiempo. El seto, en mal estado, espeso en unas partes y lleno de boquetes en otras, ya no era una barrera suficiente para protegerla. Los perros vagabundos, los chacales, que de vez en cuando visitan la región, habían asolado más de una vez aquel pequeño rincón de suelo mainota. Malas hierbas y zarzas, ésa había sido la aportación de la naturaleza a aquel lugar desierto, desde que la mano del hombre dejara de ejercer su dominio sobre él.
¿A qué era debido el abandono? A que el dueño de aquel pedazo de tierra había muerto hacía ya muchos años. A que su viuda, Andronika Starkos, había abandonado el país para ir a ocupar su lugar entre las filas de las valientes mujeres que se destacaron en la guerra de la Independencia. A que el hijo, después de su partida, no había vuelto jamás a pisar la casa paterna.
Y, sin embargo, allí era donde Nicolas Starkos había nacido. Allí habían transcurrido los primeros años de su infancia. Su padre, después de una larga y honorable vida de marino, se había retirado a aquel asilo, pero se mantenía alejado de la población de Vitylo, cuyos excesos le causaban horror. Más instruido y un poco más acomodado que las gentes del puerto, había logrado crearse una existencia aparte con su mujer y su hijo. Vivía en aquel retiro, ignorado y tranquilo, cuando, un día, dejándose arrastrar por la cólera, intentó resistirse a la opresión y pagó con su vida esa resistencia. Nadie podía escapar de los agentes turcos, ni siquiera en los confines más extremos de la península.
No estando ya el padre allí para dirigir al hijo, la madre se vio incapaz de contenerlo. Nicolas Starkos huyó de su casa para ir a recorrer los mares, poniendo al servicio de la piratería y los piratas aquel maravilloso instinto de marino que le venía de su origen.
Hacía diez años, pues, que el hijo había abandonado la casa, y hacía seis que lo había hecho la madre. Sin embargo, en la región se decía que Andronika había vuelto algunas veces. Al menos, algunas personas creían haberla visto, muy de tarde en tarde y durante breves instantes, sin que ella hubiese intentado entrar en contacto con ninguno de los habitantes de Vitylo.
En cuanto a Nicolas Starkos, nunca antes de ese día, aun cuando los azares de sus excursiones lo habían llevado una o dos veces

a la Maina, había manifestado la intención de volver a ver la modesta vivienda del acantilado. Jamás había preguntado a nadie acerca del estado de abandono en el que ésta se encontraba. Jamás una alusión a su madre, para saber si había regresado alguna vez a la desierta morada. Pero tal vez el nombre de Andronika había llegado a sus oídos, en relación con los terribles acontecimientos que ensangrentaban entonces Grecia. Y ese nombre habría debido penetrar como un remordimiento en su conciencia, si su conciencia no hubiese sido impenetrable.
No obstante, si aquel día Nicolas Starkos había hecho escala en el puerto de Vitylo, no había sido únicamente para reforzar la tripulación de la sacoleva con diez hombres más. Un deseo -más que un deseo, un imperioso instinto-, del cual tal vez no tenía completa conciencia, lo había empujado hacia allí. Había sentido la necesidad de volver a ver, por última vez, sin duda, la casa de sus padres, de pisar el suelo donde había dado sus primeros pasos, de respirar el aire encerrado entre aquellas paredes, donde había exhalado su primer aliento, donde había balbuceado sus primeras palabras de niño. Sí, aquélla era la razón por la cual acababa de remontar los escarpados senderos del acantilado, la razón por la cual se encontraba en aquel momento delante de la valla del pequeño cercado.
Entonces tuvo un momento de vacilación.
No hay corazón tan duro que no se encoja en presencia de ciertos recuerdos del pasado. No se nace en un lugar para después no sentir nada ante ese sitio donde uno ha sido acunado por la mano de una madre. Las fibras del ser humano no pueden estar gastadas hasta el punto de que ni una sola vibre todavía cuando uno de estos recuerdos la toca.
Y eso fue lo que sintió Nicolas Starkos, de pie en el umbral de la casa abandonada, tan sombría, silenciosa y muerta en el interior como en el exterior.
-¡Entremos!... ¡Sí... entremos!
Éstas fueron las primeras palabras que pronunció Nicolas Starkos. En realidad, no hizo sino murmurarlas, como si temiese ser oído y evocar alguna aparición del pasado.
Entrar en aquel cercado. ¡Qué podía haber más fácil! La valla estaba desvencijada, los montantes yacían en el suelo. Ni siquiera

había una puerta que abrir, un barrote que empujar.

Nicolas Starkos entró. Se detuvo ante la casa, cuyos aleros, medio podridos por la lluvia, sólo se sostenían gracias a unos trozos de herraje corroídos y oxidados.

En aquel momento, una lechuza lanzó un grito y salió volando de un matorral de lentiscos que obstruía el umbral de la puerta.

Nicolas Starkos vaciló de nuevo. Estaba firmemente decidido a ver hasta el último aposento de la casa. Pero se sintió enojado por lo que le estaba pasando, por sentir aquella especie de remordimiento. Estaba emocionado, pero también irritado. ¡Parecía como si de aquel techo paterno hubiese de surgir un reproche contra él, una última maldición!

Por eso, antes de entrar en la casa, quiso dar una vuelta a su alrededor. La noche era oscura. Nadie lo veía y -¡él no se veía a sí mismo!». Quizá, en pleno día, no hubiese llegado hasta allí. En medio de la noche, se sentía con más valor para desafiar a sus recuerdos.

Allí estaba, pues, andando con paso furtivo, como un malhechor inspeccionando los alrededores de una vivienda a la que piensa llevar a la ruina, avanzando a lo largo de las paredes agrietadas en los ángulos, doblando las esquinas, cuyas aristas erosionadas desaparecían bajo el musgo, tanteando con la mano aquellas piedras debilitadas, como para ver si quedaba todavía un poco de vida en aquel cadáver de casa, escuchando, en fin, si el corazón le latía aún.

Por la parte de atrás, el cercado estaba más oscuro. El oblicuo fulgor del cuarto creciente, que entonces desaparecía, no hubiese podido llegar hasta allí.

Nicolas Starkos había rodeado lentamente la casa. En la sombría morada reinaba un silencio inquietante. Habríase dicho que estaba embrujada o que era frecuentada por espíritus. Volvió hacia la fachada orientada al oeste. Luego se acercó a la puerta, con la intención de empujarla, si se aguantaba tan sólo con un pasador, o de forzarla, si el pestillo estaba sujeto aún en la gacheta de la cerradura.

Pero entonces la sangre le nubló los ojos y una violenta cólera, un ansia de matar, se apoderó de él[10]. Quería visitar aquella casa sólo una vez más y no se atrevía a entrar en

ella. ¡Le parecía que su padre y su madre

10 En francés, Il vit «rouge» comme on dit, mais rouge de feu. Dado que la expresión voir rouge no tiene traducción en castellano, he explicitado su sentido y he dado una versión libre de la frase original.

iban a aparecer en el umbral, con los brazos extendidos, maldiciéndolo, a él, el mal hijo, el mal ciudadano, el traidor a la familia, el traidor a la patria!

En ese momento, la puerta se abrió lentamente. Una mujer apareció en el umbral. Llevaba puesto el traje mainota -un zagalejo de algodón negro con una pequeña orla roja, una camisola de color pardo, ceñida al talle, y, sobre la cabeza, un ancho gorro negruzco, rodeado de un fular con los colores de la bandera griega.

Aquella mujer tenía un rostro enérgico, grandes ojos negros de una vivacidad un poco salvaje y tez curtida, como los pescadores del litoral. Era de estatura elevada y se mantenía erguida, a pesar de que tenía ya más de sesenta años.

Era Andronika Starkos. La madre y el hijo, separados física y espiritualmente desde hacía tanto tiempo, se encontraban en ese momento cara a cara.

Nicolas Starkos no había esperado hallarse en presencia de su madre... Aquella aparición lo espantó.

Andronika, con los brazos extendidos hacia su hijo, prohibiéndole el acceso a la casa, pronunció tan sólo estas palabras, con una voz que, viniendo de ella, las hacía terribles:

-¡Nicolas Starkos no volverá a poner nunca los pies en la casa de su padre!... ¡Nunca!

Y el hijo, encorvado bajo el peso de esa orden terminante, retrocedió poco a poco. Aquella que lo había llevado en sus entrañas lo expulsaba entonces como se expulsa a un traidor. Quiso dar un paso hacia delante... Un gesto aún más enérgico, el gesto de la maldición, lo detuvo.

Nicolas Starkos se echó hacia atrás. Luego huyó del cercado, retomó el sendero del acantilado y descendió dando grandes zancadas, sin volverse, como si una mano invisible lo empujase por los hombros.

Andronika, inmóvil en el umbral de la casa, lo vio desaparecer en la noche.

Diez minutos más tarde, Nicolas Starkos,

sin dejar traslucir su emoción, de nuevo dueño de sí mismo, alcanzaba el puerto, llamaba a su gig y se embarcaba en él.

Los diez hombres elegidos por Gozzo se encontraban ya a bordo de la sacoleva.

Sin pronunciar una sola palabra, Nicolas Starkos su bió a la cubierta de la Karysta y, con un gesto, dio la orden de aparejar.

La maniobra se llevó a cabo rápidamente.

Sólo hizo falta izar las velas que se hallaban dispuestas para una pronta partida. El terral, que acababa de levantarse, facilitaba la salida del puerto.

Cinco minutos más tarde, la Karysta atravesaba los pasos, con seguridad y en silencio, sin que un solo grito hubiera sido proferido por los hombres de a bordo ni por las gentes de Vitylo.

Aún la sacoleva no había llegado a cubrir una milla mar adentro cuando una llama iluminó la cima del acantilado.

Era la morada de Andronika Starkos que ardía hasta los cimientos. La mano de la madre había provocado aquel incendio. No quería que quedase un solo vestigio de la casa en la que su hijo había nacido.

Durante otras tres millas, el capitán no pudo apartar su mirada de aquel fuego que brillaba sobre la tierra de la Maina y lo siguió en la sombra hasta el último resplandor.

Andronika lo había dicho: « ¡Nicolas Starkos no volverá a poner nunca los pies en la casa de su padre!...

¡Nunca!

III

Griegos contra turcos

En los tiempos prehistóricos, cuando la corteza sólida del globo iba tomando forma poco a poco bajo la acción de fuerzas interiores, neptunianas o plutonianas, surgió Grecia. Un cataclismo empujó este pedazo extremo de tierra por encima del nivel de las aguas, al tiempo que engullía, en la zona del Archipiélago, una parte del continente, de la cual sólo quedan las cimas más altas en forma de islas. Grecia se asienta, efectivamente, sobre la línea volcánica que va de Chipre a la Toscana[11].

Se diría que los helenos sacan del suelo inestable de su país el instinto de esa agitación física y moral que, en las empresas heroicas, puede llevarlos a los mayores excesos. Bien es verdad, sin embargo, que

gracias a sus cualidades naturales, valor indomable, sentido del patriotismo, amor a la libertad, han conseguido hacer de estas provincias, sometidas durante tantos siglos a la dominación otomana, un Estado independiente.

Pelásgica en los tiempos más remotos, es decir, poblada por tribus de Asia; helénica del siglo XVI al XIV antes de la era cristiana, con la aparición de los helenos, una de cuyas tribus, la de los grayas, había de darle su nombre, en los tiempos casi mitológicos de

11 Desde la época en la que tiene lugar esta historia, la isla
Santorin ha sido víctima de los fuegos subterráneos.
Vostitsa en 1661, Tebas en 1661 y Santa Maura han sido
devastadas por sendos terremotos.

los argonautas, los heráclidas y la guerra de Troya; totalmente griega, en fin, desde Licurgo, con Milcíades, Temístocles, Arístides, Leónidas, Esquilo, Sófocles, Aristófanes, Herodoto, Tucídides, Pitágoras, Sócrates, Platón, Aristóteles, Hipócrates, Fidias, Pericles, Alcibíades, Pelópidas, Epaminondas y Demóstenes, y después macedonia con Filipo y Alejandro, Grecia terminó siendo romana con el nombre de Acaya, ciento cuarenta y seis años antes de Cristo y por un período de cuatro siglos.

Desde esa época, invadido sucesivamente por visigodos, vándalos, ostrogodos, búlgaros, eslavos, árabes, normandos y sicilianos, conquistado por los cruzados a principios del siglo XIII y dividido en un gran número de feudos durante el XV, este país, sometido a tantas pruebas tanto en la antigua como en la nueva era, cayó final mente en manos de los turcos y quedó bajo la dominación musulmana.

Puede decirse que, durante cerca de doscientos años, la vida política de Grecia fue completamente aniquilada. El despotismo de los funcionarios otomanos, que representaban allí la autoridad, rebasaba todos los límites. Los griegos no eran ni un pueblo anexionado, ni conquistado, ni siquiera vencido: eran esclavos, doblegados bajo el bastón del bajá, con el imán o sacerdote a su derecha y el djellah o verdugo a su izquierda.

Pero la vida no había abandonado todavía este país que agonizaba. Por el contrario, bajo aquel extremo padecimiento, iba a

volver a palpitar. Los montenegrinos del Epiro en 1766, los mainotas en 1769 y los suliotas de Albania se sublevaron por fin y proclamaron su independencia; pero en 1804 todas aquellas tentativas de rebelión fueron definitivamente sofocadas por Alí Tebelen, bajá de Janina.
Si las potencias europeas no querían asistir al total aniquilamiento de Grecia, era el momento de intervenir. Reducida a sus solas fuerzas, sólo podía morir en el intento de recobrar su independencia.
En 1821, Alí Tebelen, que se había sublevado a su vez contra el sultán Mahmud, acababa de pedir ayuda a los griegos, prometiéndoles la libertad, y éstos se levantaron en masa. Los filohelenos acudieron en su auxilio desde todos los puntos de Europa. Italianos, polacos, alemanes y, sobre todo, franceses se alistaron para luchar contra los opresores. Los nombres de Guy de Sainte-Héléne, Gaillard, Chauvassaigne, los capitanes Baleste y Jourdain, el coronel Fabvier, el jefe de escuadrón Regnaud de Saint-Jean-d'Angély y el general Maison, a los que hay que añadir los de tres ingleses, lord Cochrane, lord Byron y el coronel Hastings, han dejado un recuerdo imperecedero en este país por el cual vinieron a batirse y morir.
A estos nombres, ennoblecidos por todo el heroísmo que la entrega a la causa de los oprimidos puede engendrar, Grecia iba a responder con otros tomados de sus más encumbradas familias: tres hidriotas, Tombasis, Tsamados, Miaulis, y también Colocotronis, Marco Botsaris, Mavrocordato, Mavromichalis, Constantino Canaris, Negris, Constantino y Demetrius Hypsilantí, Ulises y tantos otros. Desde el principio, el levantamiento
se convirtió en una guerra a muerte, ojo por ojo, diente por diente, que provocó las más horribles represalias por parte de uno y otro bando.
En 1821, los suliotas y la Maina se sublevan. En Patrás, el obispo Germanos lanza, con la cruz en la mano, el primer grito de guerra. Morea, Moldavia y el Archipiélago se alinean bajo el estandarte de la independencia. Los helenos, victoriosos en el mar, consiguen apoderarse de Trípolis. A estos primeros triunfos de los griegos responden los turcos con la matanza de aquellos compatriotas suyos que se

encontraban en Constantinopla.
En 1822, Alí Tebelen, sitiado en su fortaleza de Janina, es cobardemente asesinado en mitad de una conferencia que le había propuesto el general turco Kourdid. Poco tiempo después, Mavrocordato y los filohelenos son aplastados en la batalla de Arta; pero recuperan la iniciativa en el primer asedio de Misolonghi, obligando al ejército de Omer-Vrione a levantar el bloqueo, no sin pérdidas considerables.
En 1823, las potencias extranjeras comienzan a intervenir más eficazmente. Proponen al sultán una mediación. El sultán la rechaza y para apoyar su negativa desembarca diez mil soldados asiáticos en Eubea. Después entrega el mando del ejército turco a su vasallo Mehmet-Alí, bajá de Egipto. Durante las luchas de ese año sucumbió Marco Botsaris, aquel patriota del cual se ha dicho: «Vivió como Arístides y murió como Leónidas.»
El 24 de enero de 1824, año de grandes reveses para la causa de la independencia, lord Byron desembarcó en Misolonghi y el día de Pascua moría frente a Lepanto, sin haber visto realizado su sueño. Los ipsariotas eran masacrados por los turcos y la ciudad de Candía, en Creta, se entregaba a los soldados de Mehmet-Alí. Únicamente las victorias marítimas pudieron consolar a los griegos de tantos desastres.
En 1825, Ibrahim-Bajá, hijo de Mehmet-Alí, desembarca en Modón, Morea, con once mil hombres. Se apodera de Navarino y derrota a Colocotronis en Trípolis. Fue entonces cuando el gobierno helénico confió un cuerpo de tropas regulares a dos franceses, Fabvier y Regnaud de Saint-Jeand'Angély;
pero antes de que estas tropas se encontraran en disposición de ofrecerle resistencia,
Ibrahim devastaba Mesenia y la Maina. Y si abandonó sus operaciones fue para tomar parte en el segundo asedio a Misolonghi, de la cual no conseguía apoderarse el general Kioutagi, a pesar de haberle dicho el sultán: «¡O Misolonghi o tu cabeza!»
En 1826, el 5 de enero, después de haber incendiado Pirgos, Ibrahim llegaba a Misolonghi. Durante tres días, del 25 al 28, arrojó sobre la ciudad ocho mil bombas y

balas de cañón, sin conseguir entrar, ni siquiera después de un triple asalto, por más que no tenía que habérselas sino con dos mil quinientos combatientes, ya debilitados por el hambre. Sin embargo, había de salir victorioso, sobre todo una vez que Miaulis y su escuadra, que llevaban refuerzos a los sitiados, fueron rechazados. El 23 de abril, después de un asedio que había costado la vida a mil novecientos de sus defensores, Misolonghi caía en poder de Ibrahim, y sus soldados acuchillaron a hombres, mujeres y niños, prácticamente todo lo que había quedado de los nueve mil habitantes de la ciudad. Ese mismo año, los turcos, conducidos por Kioutagi, después de haber asolado Fócida y Beocia, llegaban a Tebas, el 10 de julio, entraban en el Ática, cercaban Atenas, se establecían allí y sitiaban la acrópolis, defendida por mil quinientos griegos. En auxilio de esta ciudadela, la llave de Grecia, el nuevo gobierno envió a Caraiscakis, uno de los combatientes de Misolonghi, y al coronel Fabvier con su cuerpo de regulares. En la batalla que libraron en Chaidari fueron derrotados y Kioutagi continuó sitiando la acrópolis. Entretanto, Caraiscakis emprendía el camino a través de los desfiladeros del Parnaso, vencía a los turcos en Arachova, el 5 de diciembre, y elevaba sobre el campo de batalla un trofeo de trescientas cabezas cortadas. El norte de Grecia había vuelto a ser libre casi totalmente.

Por desgracia, al amparo de estas luchas, el Archipiélago se encontraba abierto a las incursiones de los más temibles corsarios que hubiesen jamás devastado aquellos mares. Y entre éstos se citaba, como uno de los más sanguinarios, el más audaz quizá, al pirata Sacratif, cuyo solo nombre causaba pavor en todos los puertos de Levante.

No obstante, siete meses antes de la época en que empieza esta historia, los turcos se habían visto obligados a refugiarse en algunas de las plazas fuertes de la Grecia septentrional. En el mes de febrero de 1827, los griegos habían reconquistado su independencia desde el golfo de Ambracia hasta los confines del Ática. El pabellón turco sólo ondeaba ya en Misolonghi, Vonitsa y Naupacta[12]. El 31 de marzo, bajo la influencia de lord Cochrane, los griegos del norte y los griegos del Peloponeso, renunciando a sus

disputas internas, iban a reunir a los
representantes de la nación en una asamblea
única, en Trezenas, y a concentrar los
12 Lepanto.
poderes en una sola mano, la de un
extranjero, Capo d'Istria, un diplomático
ruso, griego de nacimiento, y oriundo de
Corfú.
Pero Atenas estaba en poder de los turcos.
Su ciudadela había capitulado el 5 de junio. El
norte de Grecia se vio entonces apremiado a
someterse completamente. El 6 de julio, sin
embargo, Francia, Inglaterra, Rusia y Austria
firmaban una convención que, aun
admitiendo la soberanía de la Puerta13,
reconoocía la existencia de una nación griega.
Además, por un artículo secreto, las potencias
firmantes se comprometían a unirse
contra el sultán si éste rehusaba aceptar un
arreglo pacífico.
Tales son los hechos generales de esta
guerra sangrienta, unos hechos que el lector
debe guardar en la memoria, pues van
ligados estrechamente a todo lo que seguirá.
He aquí ahora los hechos particulares en
los cuales están directamente implicados los
13 Nombre que se daba al Estado y gobierno turcos
en
tiempos de los sultanes
personajes de esta dramática historia, tanto
los que ya conocemos como los que vamos a
conocer.
Entre los primeros debemos citar a
Andronika, la viuda del patriota Starkos.
Aquella lucha para conquistar la
independencia de su país no había
engendrado tan sólo héroes, sino también
heroínas, cuyos nombres van unidos
gloriosamente a los acontecimientos de esta
época.
Así vemos aparecer el nombre de
Bobolina, nacida en una pequeña isla a la
entrada del golfo de Nauplia. En 1812, su
marido es hecho prisionero, llevado a
Constantinopla y empalado por orden del
sultán. El primer grito de la guerra de la
Independencia ha sido proferido. En 1821,
Bobolina, con sus propios recursos, arma tres
navíos y, tal como lo cuenta H. Belle,
siguiendo el relato de un viejo klefta, después
de haber enarbolado su pabellón, que lleva
escritas estas palabras de las mujeres
espartanas:
«O encima o debajo», sale a corso

hasta el litoral de Asia Menor, capturando e incendiando los navíos turcos con la intrepidez de un Tsamados o de un Canaris; luego, tras haber cedido generosamente la propiedad de sus barcos al nuevo gobierno, asiste al sitio de Trípolis, organiza en torno a Nauplia un bloqueo que dura catorce meses y, finalmente, obliga a la ciudadela a rendirse. Esta mujer, cuya vida es una leyenda, había de acabar asesinada por el puñal de su hermano, a causa de una simple disputa familiar.
Otra gran figura debe ser situada en el mismo rango que esta valiente hidriota. Siempre los mismos hechos que traen iguales consecuencias. Una orden del sultán hace que sea estrangulado en Constantinopla el padre de Modena Mavroeinis, mujer de alta cuna y singular belleza. Modena se lanza inmediatamente a la insurrección, llama a los habitantes de Mycona a la revuelta, arma buques a bordo de los cuales viaja ella misma, organiza compañías de guerrilla que dirige personalmente, detiene al ejército de Selim-Bajá en el fondo de las estrechas gargantas del Pelión, y se destaca brillantemente hasta el fin de la guerra, hostigando a los turcos en los desfiladeros de las montañas de Ftiótida.
También hay que hacer mención de Kaidos, que destruye mediante minas los muros de Villa y se bate con indomable coraje en el monasterio de Santa Veneranda; Moskos, su madre, que lucha al lado de su esposo y aplasta a los turcos con enormes trozos de roca; Despo, que para no caer en manos de los musulmanes, se hizo saltar por los aires con sus hijas, sus nueras y sus nietos. Y las mujeres suliotas, y las que protegieron al nuevo gobierno, instalado en Salamina, llevando hasta allí la flotilla que dirigían, y aquella Constancia Zacarías, que, después de haber dado la señal del levantamiento en las llanuras de Laconia, se lanzó sobre Leondari a la cabeza de quinientos campesinos, y tantas otras, en fin, cuya generosa sangre no se economizó en aquella guerra, durante la cual pudo verse de lo que eran capaces las descendientes de los helenos.
Lo mismo había hecho la viuda de Starkos. Con el solo nombre de Andronika -pues no quiso ya usar el que su hijo deshonraba-, se dejó arrastrar a la acción, tanto por un

irresistible instinto de represalia como por amor a la independencia. Como Bobolina, viuda de un esposo sacrificado por haber intentado defender su país, como Modena, como Zacarías, aun cuando no pudo correr con los gastos de armar buques y organizar compañías de voluntarios, se consagró a la lucha sin reparar en sacrificios en medio de los grandes dramas de aquella insurrección.

En 1821, Andronika se unió a los mainotas que Colocotronis, condenado a muerte y refugiado en las islas Jónicas, había reclutado cuando, el 18 de enero de aquel año, había desembarcado en Scardamula. Tomó parte en la primera batalla campal librada en Tesalia, cuando Colocotronis atacó a los habitantes de Fanari y a los de Caritena, que se habían unido a los turcos a orillas del Rufia. También estuvo en la batalla de Valtetsio, el 17 de mayo, que causó la derrota del ejército de Mustafá-Bey. Más señaladamente aún se distinguió en el sitio de Trípolis, donde los espartanos llamaban a los turcos «persas cobardes» y donde los turcos injuriaban a los griegos llamándoles «miserables liebres de Laconia». Pero aquella vez pudieron más las liebres. El 5 de octubre, la capital del Peloponeso, al no haber podido ser liberada del bloqueo por la flota turca, tuvo que capitular y, a pesar de la convención, fue incendiada y sus habitantes masacrados por espacio de tres días, lo que costó la vida, tanto fuera como dentro, a diez mil otomanos de todas las edades y de ambos sexos.

Al año siguiente, el 4 de marzo, durante un combate naval, Andronika, que había embarcado bajo las órdenes del almirante Miaulis, vio cómo después de una lucha de cinco horas los buques turcos huían y buscaban refugio en el puerto de Zante. ¡En uno de aquellos navíos reconoció a su hijo, que pilotaba la escuadra otomana a través del golfo de Patrás!... Aquel día, abrumada por la vergüenza, se lanzó a la lucha allí donde la refriega era más dura, buscando la muerte..., pero la muerte no quiso saber nada de ella.

Y, no obstante, Nicolas Starkos había de llegar aún más lejos en ese camino criminal. ¿Acaso no se unió, unas semanas más tarde, a Kara-Alí, que estaba bombardeando la ciudad de Scio en la isla del mismo nombre? ¿No había participado en aquellas espantosas matanzas en las que perecieron más de

veintitrés mil cristianos, sin contar los cuarenta y siete mil que fueron vendidos como esclavos en los mercados de Esmirna? ¿Y no estaba el hijo de Andronika al mando de uno de los buques que transportó a parte de aquellos desgraciados a las costas berberiscas? ¡Un griego que vendía a sus hermanos!

En el siguiente período, durante el cual los helenos tuvieron que habérselas con los ejércitos combinados de los turcos y los egipcios, Andronika no dejó ni por un instante de imitar a aquellas heroicas mujeres cuyos nombres han sido citados más arriba.

Fue una época lamentable, sobre todo para Morea. Ibrahim acababa de lanzar sobre ella a sus temibles árabes, más feroces que los otomanos. Andronika estaba entre los sólo cuatro mil combatientes que Colocotronis, nombrado comandante en jefe de las tropas del Peloponeso, a duras penas había podido reunir bajo su mando. Pero Ibrahim, después de haber desembarcado once mil hombres en la costa mesenia, se había ocupado, en primer lugar, de levantar el bloqueo de Corón y Patrás; luego se había apoderado de Navarino, cuya ciudadela había de procurarle una base de operaciones y cuyo puerto le proporcionaría un abrigo seguro para su flota. Seguidamente incendió Argos y tomó posesión de Trípolis, lo cual le permitió, hasta la llegada del invierno, saquear las provincias vecinas. Mesenia, en particular, fue víctima de estas horribles devastaciones. Andronika tuvo que huir a menudo hasta lo más recóndito de la Maina para no caer en manos de los árabes. No obstante, ni por un momento pensó en abandonar la lucha. ¿Se puede descansar en una tierra oprimida? La volvemos a encontrar en las campañas de 1825 y 1826, en el combate de los desfiladeros de Verga, después del cual Ibrahim retrocedió hasta Polyaravos, donde los mainotas del norte consiguieron rechazarlo una vez más. Luego se reunió con las fuerzas regulares del coronel Fabvier, durante la batalla de Chaidari, en el mes de julio de 1826. Allí resultó gravemente herida y consiguió escapar de los implacables soldados de Kioutagi tan sólo gracias al coraje de un joven francés que luchaba bajo la bandera de los filohelenos.

Durante varios meses, la vida de

Andronika corrió peligro. Su constitución robusta la salvó, pero el año 1826 terminó sin que hubiese recobrado las fuerzas necesarias para reincorporarse a la lucha.

En estas circunstancias, regresó a las provincias de la Maina, en el mes de agosto de 1827. Quería volver a ver su casa de Vitylo. Un singular azar llevó hasta allí a su hijo el mismo día... Ya conocemos el resultado del encuentro entre Andronika y Nicolas Starkos y la maldición suprema que ella lanzó sobre él desde el umbral de la casa paterna.

Y ahora, no teniendo ya nada que la retuviese en el suelo natal, Andronika se disponía a continuar peleando mientras Grecia no hubiese recuperado su independencia.

Así estaban las cosas el día 10 de marzo de 1827, en el momento en que la viuda Starkos volvía a los caminos de la Maina para ir a reunirse con los griegos del Peloponeso que, paso a paso, iban disputando el terreno a los soldados de Ibrahim.

IV

La triste morada de un rico

Mientras la Karysta se dirigía hacia el norte, con un destino que sólo su capitán conocía, en Corfú sucedía un hecho que, a pesar de su carácter privado, había de atraer la atención pública sobre los principales personajes de esta historia.

Ya sabemos que desde 1815, según lo establecido en los tratados que se firmaron ese año, el grupo de las islas Jónicas había quedado bajo el protectorado de Inglaterra, después de haber aceptado el de Francia hasta 1814[14].

De todo ese grupo que comprende Cerigo, Zante, Itaca, Cefalonia, Leucade, Paxos y Corfú, esta última, la más septentrional, es también la más importante. Se trata de la antigua Corcira, una isla que tuvo como rey al generoso anfitrión de Jasón y Medea, Alcinoo, el cual, más tarde, acogió también al prudente Ulises después de la guerra de Troya, y que tiene, por lo tanto, derecho a ocupar un puesto preferente en la historia antigua. En lucha primero contra los francos, los búlgaros, los sarracenos y los napolitanos, saqueada después por Barbarroja en el siglo XVI, protegida en el XVIII por el conde de

14 En 1864, las islas Jónicas recuperaron su

independencia y, divilas en tres monarquías, quedaron
anexionadas al reino helénico.
Schulembourg y defendida, al terminar el Primer Imperio, por el general Donzalot, era entonces la residencia de un Alto Comisario inglés.
En aquel momento, este Alto Comisario era sir Frederik Adam, gobernador de las islas Jónicas. En previsión de las eventualidades que podía provocar la lucha de los griegos contra los turcos, tenía siempre dispuestas algunas fragatas destinadas a llevar a cabo la vigilancia de aquellos mares. Se necesitaban buques de alto bordo para mantener el orden en aquel archipiélago, entregado a los griegos, los turcos y los portadores de patentes de corso, por no hablar de los piratas, cuya única misión era la que ellos mismos se arrogaban de saquear a su antojo los navíos de todas las nacionalidades.
En aquella época había en Corfú un cierto número de extranjeros, particularmente de aquellos que, desde hacía tres o cuatro años, se habían ido sintiendo atraídos por las diversas fases de la guerra de la Independencia. Era en Corfú donde unos se embarcaban para ir a unirse a los que luchaban en el frente y era a Corfú adonde otros regresaban cuando las fatigas de la guerra les imponían un tiempo de reposo.
Entre estos últimos conviene citar a un joven francés. Apasionado por esta noble causa, durante los cinco años anteriores había tomado parte activa y gloriosa en los principales acontecimientos de que era escenario la península helénica.
Henry d'Albaret, teniente de navío de la Marina Real, uno de los oficiales más jóvenes de su grado, que gozaba entonces de un permiso ilimitado, se había alistado, desde el comienzo mismo de la guerra, bajo la bandera de los filohelenos franceses. Con veintinueve años de edad, estatura mediana y una constitución robusta, que lo hacía apto para soportar todas las fatigas del oficio de marino, este joven oficial, por la gracia de sus ademanes, la distinción de su persona, la franqueza de su mirada, el atractivo de su fisonomía y la seguridad de sus relaciones, inspiraba desde el primer momento una simpatía que con el trato íntimo sólo podía acrecentarse.
Henry d'Albaret pertenecía a una

acaudalada familia de origen parisino. Apenas había conocido a su madre y su padre había muerto al alcanzar él la mayoría de edad, es decir, dos o tres años después de su salida de la escuela naval. Dueño de una bonita fortuna, ni por un momento pensó que esto fuera una razón para abandonar su oficio de marino. Al contrario, siguió adelante con su carrera -una de las más hermosas del mundo- y era teniente de navío cuando el pabellón griego fue enarbolado frente a la media luna turca en el norte de Grecia y el Peloponeso.

Henry d'Albaret no vaciló. Como tantos otros jóvenes valientes, arrastrados de forma irresistible por este movimiento, acompañó a los voluntarios que, guiados por algunos oficiales franceses, se dirigían hacia los confines
de la Europa oriental. Fue uno de aquellos primeros filohelenos que vertieron su sangre por la causa de la independencia. Ya en el año 1822 se hallaba, entre los gloriosos vencidos de Mavrocordato, en la famosa batalla de Arta, y, entre los vencedores, en el primer sitio de Misolonghi. Allí seguía al año siguiente, cuando sucumbió Marco Botsaris. Durante el año 1824, tomó parte, de forma brillante, en los combates navales que compensaron a los griegos por las victorias de Mehmet-Alí. Después de la derrota de Trípolis, en 1825, mandaba un destacamento de regulares bajo las órdenes del coronel Fabvier. En julio de 1826 se batía en Chaidari, donde salvaba la vida de Andronika Starkos, a quien los caballos de Kioutagi tenían ya bajo sus cascos. Fue aquélla una batalla terrible, en la cual los filohelenos sufrieron irreparables pérdidas.

Sin embargo, Henry d'Albaret no quiso abandonar a su jefe y, poco tiempo después, se reunía con él en Metenas.

En ese momento, la acrópolis de Atenas estaba defendida por el comandante Gouras, que tenía mil quinientos hombres a sus órdenes. Dentro de esta ciudadela se habían refugiado quinientas mujeres y niños, que no habían podido huir en el momento en que los turcos se apoderaban de la ciudad. Gouras tenía víveres para un año y un material de catorce cañones y tres obuses, pero las municiones escaseaban.

Entonces Fabvier decidió abastecer la acrópolis. Apeló a los hombres de buena

voluntad para que lo secundaran en este audaz proyecto. Quinientos treinta respondieron a su llamada, entre ellos, cuarenta filohelenos; y entre estos cuarenta, encabezándolos, Henry d'Albaret. Cada uno de aquellos osados partisanos se procuró un saco de pólvora y, bajo el mando de Fabvier, se embarcaron todos en Metenas.
El 13 de diciembre, este pequeño cuerpo desembarca casi al pie de la acrópolis. Un rayo de luna lo delata, y lo acoge la descarga de los turcos. Fabvier grita: «¡Adelante!» Todos, sin abandonar los sacos de pólvora, que pueden hacerles saltar por los aires de un momento a otro, salvan el foso y penetran en la ciudadela, cuyas puertas están abiertas. Los sitiados rechazan victoriosamente a los turcos. Pero Fabvier resulta herido, su segundo muere y Henry d'Albaret cae, al ser alcanzado por una bala. Las tropas regulares y sus jefes se hallaban ahora encerrados en la ciudadela con aquellos a los que, de forma tan valerosa, habían ido a socorrer y que ya no querían dejarlos salir.
Allí, el joven oficial, cuya herida, por suerte, no era grave, tuvo que compartir las miserias de los sitiados, cuyo único sustento se reducía a algunas raciones de cebada. Pasaron seis meses antes de que la rendición de la acrópolis, consentida por Kioutagi, le devolviera la libertad. Hasta el 5 de junio de 1827, Fabvier, sus voluntarios y los sitiados no pudieron abandonar la ciudadela de Atenas y embarcarse en los buques que los transportaron a Salamina.
Henry d'Albaret, muy débil aún, no quiso detenerse en esta ciudad y se dirigió hacia Corfú. Allí se reponía de sus heridas desde hacía dos meses, esperando el momento de reintegrarse a su puesto en primera línea, cuando el azar dio un nuevo sentido a su vida, que hasta entonces sólo había sido la propia de un soldado.
Había en Corfú, en el extremo de la Strada Reale, una vieja casa de apariencia discreta, cuyo aspecto era medio griego, medio italiano. En esta casa habitaba un personaje, que se dejaba ver poco, pero del cual se hablaba mucho. Era el banquero Elizundo. ¿Sexagenario o septuagenario? Nadie habría sido capaz de precisarlo. Desde hacía unos veinte años vivía en aquella sombría morada, que rara vez abandonaba. Pero, si bien él no salía, mucha gente de todos los países y

condiciones -clientes asiduos de su despachovenían
allí a visitarlo. Sin duda, en esta casa de banca, cuya honorabilidad era intachable, se llevaban a cabo negocios de considerable importancia. Se decía, además, que Elizundo era extremadamente rico. Ningún crédito, no ya sólo en las islas Jónicas, sino ni siquiera entre sus colegas dálmatas de Zara o de Ragusa, habría podido rivalizar con el suyo. Una letra de cambio, aceptada por él, valía como el oro. Desde luego, nunca se confiaba imprudentemente. Era muy riguroso en los negocios. Exigía siempre referencias excelentes y garantías completas; con todo, su caja parecía inagotable. Hay que hacer notar la circunstancia de que Elizundo lo hacía casi todo él mismo y tenía como único empleado a un hombre de su casa, del que más tarde hablaremos, que se encargaba de llevar las cuentas sin importancia. Era, a la vez, su propio cajero y su propio contable. Ni un contrato que no fuera redactado por él, ni una carta que no escribiera de su puño y letra. Jamás un empleado venido de fuera se había sentado en el escritorio de su despacho. Esto contribuía, y no poco, a asegurar el secreto de sus negocios.
¿Cuál era el origen de este banquero? Se decía que era ilirio o dálmata; pero no se sabía nada en concreto. Mudo acerca de su pasado, mudo acerca de su presente, nunca se había relacionado con la sociedad corfiota. Cuando aquellas tierras quedaron bajo el protectorado de Francia, su existencia era ya la que había sido desde la época en la que era un gobernador inglés quien ejercía su autoridad sobre las islas Jónicas. Sin duda, no había que tomar al pie de la letra lo que se decía de su fortuna, la cual, según los rumores que corrían, se elevaba a centenares de millones. Pero, con todo, debía de ser muy rico, y efectivamente lo era, aunque su tren de vida fuera el de un hombre modesto, tanto en sus necesidades como en sus gustos.
Elizundo era viudo. Lo era ya al establecerse en Corfú con una niña, que contaba entonces dos años. Ahora la niña, llamada Hadjine, tenía ya veintidós y vivía en aquella mansión, dedicada al cuidado de la casa.
En cualquier lugar, incluso en estos países de Oriente, donde la belleza de las mujeres es indiscutible, Hadjine Elizundo habría sido

considerada extremadamente hermosa, y ello a pesar de la gravedad de su fisonomía, un poco triste. ¿Cómo podría haber sido de otra manera en el ambiente en el que había transcurrido su infancia y su adolescencia, sin una madre para guiarla, sin una compañera a quien hacer partícipe de sus primeros pensamientos de muchacha? Hadjine Elizundo era de estatura mediana, pero elegante. Debido a su origen griego, por parte de madre, recordaba a esas hermosas jóvenes de Laconia, que se destacan en belleza entre todas las del Peloponeso.

Entre padre e hija no había ni podía haber una intimidad profunda. El banquero vivía solo, silencioso y reservado; era uno de esos hombres que vuelven siempre la cabeza y bajan los párpados como si la luz los hiriese. Poco comunicativo, tanto en su vida privada como en su vida pública, nunca daba confianzas, ni siquiera en las relaciones con los clientes de la casa. ¡Cómo habría podido encontrar Hadjine Elizundo algún atractivo en aquella existencia cerrada, si ni siquiera podía hallar entre aquellos muros el corazón de su padre!

Por suerte, tenía cerca de ella a un ser bueno, abnegado, cariñoso, que no vivía más que para su joven ama, que se entristecía con sus penas y cuyo rostro se iluminaba si la veía sonreír. Toda su vida dependía de la de Hadjine. Sin duda, este retrato podría hacer creer que estamos hablando de un perro fiel y valiente, uno de esos «aspirantes a convertirse en humanos», como dice Michelet, «un amigo humilde», como dice Lamartine. ¡No! No era más que un hombre, pero habría merecido ser un perro. Había visto nacer a Hadjine y no se había apartado nunca de su lado, la había acunado de niña y la servía ahora que era ya una mujer.

Era un griego, llamado Xaris, hermano de leche de la madre de Hadjine, que había seguido a su servicio después de que ésta se casara con el banquero de Corfú.

Hacía más de veinte años, pues, que estaba en la casa, ocupando una posición más elevada que la de un simple sirviente y ayudando incluso a Elizundo, cuando se trataba tan sólo de pasar algunas cuentas.

Xaris, como cierto tipo de hombre de Laconia, era alto, ancho de espaldas y de una fuerza muscular excepcional. De rostro

agraciado, tenía unos hermosos ojos de mirada franca y una nariz larga y arqueada que subrayaban sus soberbios bigotes negros. Sobre la cabeza llevaba el casquete de lana oscura, y colgando alrededor de la cintura, las elegantes enagüillas típicas de su país.

Cuando Hadjine Elizundo salía, fuera por necesidades domésticas o para ir a la iglesia católica de San Espiridión, fuera simplemente para respirar un poco de aquella brisa marina que apenas llegaba hasta la mansión de la Strada Reale, Xaris la acompañaba. Los jóvenes de Corfú habían podido verla por la Explanada e incluso por las calles del arrabal de Kastradés, que se extiende a lo largo de la bahía del mismo nombre. Más de uno había intentado llegar hasta su padre. ¿Quién no se habría sentido atraído por la belleza de la muchacha y quizá también por los millones de la casa Elizundo? Pero Hadjine había contestado siempre con una negativa a todas las propuestas de este género. Por su parte, el banquero nunca había intervenido para hacerle cambiar su decisión. En cuanto al honrado Xaris, habría dado, para que su joven ama fuera dichosa en este mundo, toda la parte de felicidad a que su abnegación sin límites le daba derecho en el otro.

Así era, pues, esta casa severa y triste, que se encontraba como aislada en un rincón de la capital de la antigua Corcira; así era este interior en el que los azares del destino iban a introducir a Henry d'Albaret.

Los primeros contactos entre el banquero y el oficial francés fueron por cuestiones de negocios. Al abandonar París, Henry d'Albaret llevaba consigo unas importantes órdenes de pago para la casa Elizundo. Fue en Corfú donde cobró su importe. Y fue también en Corfú de donde sacó después todo el dinero que necesitó durante sus campañas como filoheleno. Volvió a la isla varias veces y así fue como conoció a Hadjine Elizundo. La belleza de la joven lo había cautivado. Su recuerdo lo acompañó en los campos de batalla de Morea y el Ática.

Después de la rendición de la acrópolis, Henry d'Albaret no tenía nada mejor que hacer que volver a Corfú. No estaba bien restablecido de su herida. Las excesivas penurias que había pasado durante el asedio habían alterado su salud. En Corfú, aunque vivía fuera de la casa del banquero,

encontraba cada día en ella, durante algunas horas, una hospitalidad de la que ningún extranjero
había podido gozar hasta entonces.
Hacía aproximadamente tres meses que Henry d'Albaret vivía de este modo. Poco a poco, sus visitas a Elizundo, que al principio eran sólo por negocios, se volvieron más interesadas, al tiempo que se convertían en cotidianas. Al joven oficial le gustaba mucho Hadjine. ¡Y cómo pensar que ella no se daba cuenta, si lo tenía siempre a su lado, entregado por completo al placer de mirarla y escucharla! Por su parte, Hadjine no había dudado en darle todos los cuidados que el comprometido estado de su salud exigía.
Henry d'Albaret no podía por menos de sentirse maravillosamente bien en tal situación.
Por otro lado, Xaris no disimulaba la simpatía que le inspiraba el carácter tan franco y amable de Henry d'Albaret, a quien iba queriendo cada día más.
-Tienes razón, Hadjine -le repetía a menudo a la muchacha-. Grecia es tu patria, como también la mía. ¡Y no debemos olvidar que si este joven oficial ha sufrido ha sido luchando por ella!
-¡Me ama! -le confesó un día a Xaris.
Y lo dijo con la sencillez que ponía en todas las cosas.
-Bueno, pues déjate querer -contestó Xaris-. Tu padre se está haciendo viejo, Hadjine. ¡Yo no voy a estar siempre aquí!... ¿Dónde encontrarías, en toda tu vida, mejor protector que Henry d'Albaret?
Hadjine no contestó. Tendríamos que haber dicho que, si era cierto que se sentía amada, no lo era menos que también amaba.
Una reserva muy natural le impedía confesar este sentimiento, incluso a Xaris.
Sin embargo, así eran las cosas. Entre la sociedad corfiota, ya no era un secreto para nadie. Antes incluso de que se tratara el asunto de forma oficial, se hablaba de la boda entre Henry d'Albaret y Hadjine Elizundo como si el matrimonio ya estuviese decidido.
Debemos hacer notar que el banquero no parecía lamentar la asiduidad con que el joven oficial visitaba a su hija. Tal como decía Xaris, se sentía envejecer rápidamente. Por seco que tuviera el corazón, tenía que preocuparle
que Hadjine se quedara sola en la

vida, aunque supiera que iba a estar bien respaldada por la fortuna que heredaría. El tema del dinero, por otra parte, nunca había interesado a Henry d'Albaret. Que la hija del banquero fuese rica o no, no era algo que pudiese preocuparlo lo más mínimo. El amor que sentía por la joven nacía de unos sentimientos mucho más elevados, no de vulgares intereses. La quería por su bondad, tanto como por su belleza. Y también por la viva simpatía que le inspiraba la situación de Hadjine en aquel triste ambiente en el que vivía. Por la nobleza de sus ideas, la grandeza de su visión de las cosas, el coraje del que la sentía capaz, si alguna vez tenía que demostrarlo.

Y eso se comprendía muy bien cuando Hadjine hablaba de la Grecia oprimida y de los esfuerzos sobrehumanos que sus hijos hacían para devolverle la libertad. En este terreno, los dos jóvenes no podían por menos de estar siempre de acuerdo.

¡Qué horas de emoción pasaron conversando acerca de todas estas cosas en aquella lengua griega que Henry d'Albaret hablaba ya como la suya propia! ¡Qué alegría íntimamente compartida cada vez que una victoria naval venía a compensar los reveses de los que eran escenario la Morea o el Ática! Henry d'Albaret tuvo que narrarle con detalle todas las operaciones en las que había intervenido

y darle los nombres de todos aquellos, nacionales o extranjeros, que se habían destacado en las sangrientas luchas, y los de las mujeres a las que Hadjine Elizundo, de haber sido libre, habría deseado imitar: Bobolina, Modena, Zacarías, Kaidos, sin olvidar a la valerosa Andronika, a quien el joven oficial había salvado de la matanza de Chaidari.

Un día, habiendo pronunciado Henry d'Albaret el nombre de esta mujer, Elizundo, que escuchaba la conversación, reaccionó de una forma que llamó la atención de su hija.

-¿Qué tenéis, padre mío? -preguntó la joven.

-Nada -respondió el banquero.

Después, dirigiéndose al joven oficial, con el tono de quien quiere parecer indiferente a sus propias palabras, preguntó:

-¿Habéis conocido a esa Andronika?

-Sí, señor Elizundo.

-¿Y sabéis qué ha sido de ella?

-Lo ignoro -respondió Henry d'Albaret-. Creo que después del combate de Chaidari debió de regresar a las provincias de la Maina, su país natal. Pero, un día u otro, espero verla reaparecer en los campos de batalla de Grecia...
-¡Sí! -añadió Hadjine-. ¡Allí es donde hay que estar!
¿Por qué había hecho Elizundo aquella pregunta acerca de Andronika? Nadie se lo preguntó. Seguramente, él tampoco hubiera contestado más que de una forma evasiva. Pero aquello no dejó de preocupar a su hija, que se hallaba poco al corriente de las relaciones del banquero. ¿Podía existir algún lazo entre su padre y aquella Andronika a quien ella admiraba?
Por otra parte, en lo que se refería a la guerra de la Independencia, la reserva de Elizundo era absoluta. ¿De parte de quién estaba, de los opresores o de los oprimidos? Habría sido difícil decirlo, aun en el supuesto de que hubiese sido hombre capaz de comprometerse con alguien o con algo. Lo cierto era que el correo le traía al menos tantas cartas procedentes de Turquía como de Grecia.
Ahora bien, y es importante decirlo, aunque el joven oficial se había entregado a la causa de los helenos, Elizundo no había dejado por ello de darle buena acogida en su casa.
No obstante, Henry d'Albaret no podía prolongar su estancia en Corfú por más tiempo. Totalmente repuesto de sus heridas, estaba decidido a llegar hasta el final en lo que consideraba como su deber. A menudo, le hablaba de ello a la muchacha.
-Es vuestro deber, en efecto -le respondía Hadjine-. Por mucho dolor que me cause vuestra partida, Henry, comprendo que debéis reuniros con vuestros compañeros de armas. ¡Sí! ¡Mientras Grecia no haya recobrado su independencia, hay que luchar por ella!
-¡Me iré, Hadjine, me iré! -le dijo un día Henry d'Albaret-. Pero si pudiera llevar conmigo la certeza de que me amáis como yo os amo...
-Henry, no tengo ningún motivo para ocultar los sentimientos que me inspiráis -respondió Hadjine-. Ya no soy una niña y debo enfrentarme seriamente al porvenir. Tengo fe en vos -añadió tendiéndole la mano-

. ¡Tened vos fe en mí! ¡Tal como me dejaréis al marchar, me hallaréis a vuestro regreso!
Henry d'Albaret había estrechado con fuerza la mano que le tendía Hadjine como prenda de sus sentimientos.
-¡Os doy las gracias con toda mi alma! -contestó-. ¡Sí! ¡Somos el uno del otro!... ¡Lo somos ya! Y aunque nuestra separación es muy penosa, al menos llevo conmigo la seguridad de que me amáis... Pero antes de marcharme, Hadjine, quisiera hablar con vuestro padre... Quiero tener la certeza de que aprueba nuestro amor y de que no nos pondrá ningún obstáculo...
-Haréis bien, Henry -respondió la joven-. ¡Obtened su promesa como habéis obtenido la mía!
Y Henry d'Albaret no tardó en hacerlo, pues estaba decidido a reincorporarse al servicio a las órdenes del coronel Fabvier.
En efecto, las cosas iban de mal en peor para la causa de la independencia. La convención de Londres no había surtido aún ningún efecto útil y cabía preguntarse si las potencias se limitarían a hacerle al sultán observaciones puramente oficiosas y, en consecuencia, totalmente ineficaces.
Por otra parte, los turcos, envanecidos por sus éxitos, no parecían muy dispuestos a ceder ni un ápice en sus pretensiones.
Aunque dos escuadras, una inglesa mandada por el almirante Codrington, y otra francesa, a las órdenes del almirante De Rigny, recorrían entonces el mar Egeo, y a pesar de que el gobierno griego se había instalado en Egina para deliberar en las mejores condiciones de seguridad, los turcos daban muestras de una obstinación que los hacía temibles.
Y era muy comprensible, teniendo en cuenta que en la espaciosa rada de Navarino había anclado, el 7 de septiembre, toda una flota de noventa y dos buques otomanos, egipcios y tunecinos. Esta flota traía un inmenso cargamento de provisiones destinadas a Ibrahim, para que éste atendiese las necesidades de una expedición que estaba preparando contra los hidriotas.
Y era precisamente en Hidra donde Henry d'Albaret había resuelto incorporarse al cuerpo de voluntarios. Esta isla, situada en el extremo de la Argólida, es una de las más ricas del Archipiélago. Después de haber dado tanto, en sangre y dinero, por la causa de los

helenos, defendida ésta por sus intrépidos marinos Tombasis, Miaulis y Tsamados, tan temidos por los capitanes turcos, se veía entonces amenazada por las represalias más terribles.

Henry d'Albaret no podía, por lo tanto, tardar mucho en marcharse de Corfú, si quería llegar a Hidra antes que los soldados de Ibrahim. De manera que fijó definitivamente su partida para el 21 de octubre.

Unos días antes, tal como habían convenido, el joven oficial fue a ver a Elizundo y le pidió la mano de su hija. No le escondió que Hadjine se sentiría muy feliz si él aceptaba aquella petición. Por otra parte, se trataba sólo de que diera su consentimiento. El matrimonio no se celebraría hasta el regreso de Henry d'Albaret.

Su ausencia, al menos así lo esperaba, ya no podía ser muy larga.

El banquero conocía la situación del joven oficial, su posición económica y la consideración de que disfrutaba su familia en Francia. No tenía, pues, nada que objetar a ese respecto. Por lo que a él mismo se refería, su honorabilidad era perfecta, y nunca había circulado con relación a su casa el menor rumor desfavorable. Acerca de su propia fortuna, como Henry d'Albaret no le habló del asunto, Elizundo guardó silencio. Y en relación con la proposición misma, dijo que la aceptaba. Aquel matrimonio sólo podía hacerlo feliz, ya que había de ser también la felicidad de su hija.

Todo esto fue dicho con bastante frialdad, pero lo importante era que se dijese. Henry d'Albaret tenía ahora la palabra de Elizundo y, a cambio, el banquero recibió de su hija un agradecimiento que aceptó con su reserva acostumbrada.

Todo, pues, parecía ir conforme a los deseos de los dos jóvenes y, debemos añadir, con el mayor contento de Xaris. Este hombre excelente lloró como un niño y de buena gana hubiera estrechado al joven oficial entre sus brazos.

Sin embargo, a Henry d'Albaret le quedaba poco tiempo para estar al lado de Hadjine Elizundo. Había tomado la decisión de embarcarse en un bergantín levantino, y éste debía abandonar Corfú el 21 de aquel mes con rumbo a Hidra.

No es difícil adivinar lo que fueron aquellos

últimos días en la casa de la Strada Reale.
Henry d'Albaret y Hadjine no se separaron ni un minuto. Conversaban largamente en el salón que había en la planta baja de aquella sombría morada. La nobleza de sus sentimientos daba a aquellas conversaciones un encanto penetrante que endulzaba la seriedad de la estancia. Se decían que el futuro les pertenecía, aunque el presente, por así decirlo, todavía se les escapara. Y era aquel presente lo que querían afrontar con sangre fría. Juntos calcularon todas las posibilidades, buenas o malas, pero sin descorazonarse, sin debilidad. Y mientras hablaban de estas cosas, iban exaltándose por aquella causa a la cual Henry d'Albaret iba a entregarse de nuevo.

Una noche, el 20 de octubre, se repetían aquellas cosas por última vez, con más emoción quizá. Al día siguiente, el joven oficial debía partir.

De pronto, Xaris entró en la sala. No podía hablar. Jadeaba. ¡Había corrido y de qué manera! En pocos minutos, sus piernas robustas lo habían llevado, atravesando toda la ciudad, desde la ciudadela hasta el final de la Strada Reale.

-¿Qué quieres?... ¿Qué te pasa, Xaris?... ¿Por qué tanta emoción?... -preguntó Hadjine.

-¡Es que tengo...! ¡Tengo...! ¡Una noticia...! ¡Una noticia importante... grave!

-¡Hablad!... ¡Hablad!... ¡Xaris! -dijo a su vez Henry d'Albaret, no sabiendo si debía alegrarse o inquietarse.

-¡No puedo!... ¡No puedo! -respondió Xaris, ahogado por la emoción.

-¿Se trata de una noticia acerca de la guerra? -preguntó la joven cogiéndole la mano.

-¡Sí!... ¡Sí!

-Pero, ¡habla!... -repetía ella-. ¡Habla ya, mi buen Xaris!... ¿Qué pasa?

-Los turcos... hoy... vencidos... ¡en Navarino!

Así fue como Henry d'Albaret y Hadjine se enteraron de la noticia de la batalla naval del 20 de octubre.

El banquero Elizundo acababa de entrar en la sala, atraído por el ruido de la irrupción de Xaris. Cuando supo de qué se trataba, apretó los labios involuntariamente y arrugó la frente, pero no demostró ni satisfacción ni descontento, mientras los dos jóvenes

dejaban 1 que la alegría de su corazón se desbordase.

En efecto, la noticia de la batalla de Navarino acababa de llegar a Corfú. Apenas se hubo difundido por toda la ciudad, se conocieron los detalles, que fueron transmitidos telegráficamente a través de los aparatos aéreos de la costa albanesa.

Las escuadras inglesa y francesa, a las cuales se había unido la escuadra rusa, en total veintisiete buques y mil doscientos setenta y seis cañones, habían atacado a la flota otomana forzando los pasos de la rada de Navarino. A pesar de que los turcos eran superiores en número, pues tenían sesenta barcos de todas las medidas, armados con mil novecientos noventa y cuatro cañones, habían sido vencidos. Varios de sus navíos se habían hundido o habían volado por los aires con gran número de oficiales y marineros. Por lo tanto, Ibrahim ya no podía esperar que la marina del sultán lo ayudase en su expedición contra Hidra.

Aquél era un hecho de una importancia considerable. En efecto, éste iba a ser el punto de partida de un nuevo período para los asuntos de Grecia. Si bien las tres potencias habían decidido previamente no sacar partido de esta victoria aplastando la Puerta, parecía seguro que su acuerdo acabaría por arrancar el país de los helenos a la dominación otomana, y también que, en un período de tiempo más o menos corto, la autonomía del nuevo reino sería un hecho.

Éste fue el juicio que se formaron acerca del suceso en casa del banquero Elizundo. Hadjine, Henry d'Albaret y Xaris habían dado palmas de alegría. Su júbilo encontró eco en toda la ciudad. Lo que los cañones de Navarino acababan de asegurar a todos los hijos de Grecia era la independencia.

Para empezar, los proyectos del joven oficial quedaron absolutamente modificados por la victoria de las potencias aliadas, o, más bien -para expresarlo mejor-, por la derrota de la marina turca. De resultas de ésta, Ibrahim tendría que renunciar a emprender la campaña que preparaba contra Hidra y ya no se volvería a hablar de ese tema.

De manera que Henry d'Albaret cambió los planes que había hecho antes de aquella fecha del 20 de octubre. Ya no era necesario que fuera a reunirse con los voluntarios que

habían acudido en ayuda de los hidriotas. Resolvió, pues, esperar en Corfú los acontecimientos que serían la consecuencia natural de la batalla de Navarino.
En cualquier caso, la suerte de Grecia ya no podía ser objeto de duda. Europa no dejaría que la aplastaran. En poco tiempo, en toda la península helénica, la media luna cedería su lugar a la bandera de la independencia. Ibrahim, que ya únicamente ocupaba el centro y las ciudades litorales del Peloponeso, se vería por fin obligado a evacuar esas zonas.
En aquellas condiciones, ¿hacia qué punto de la península se habría dirigido Henry d'Albaret? Sin duda, el coronel Fabvier se disponía a abandonar Mitilene para ir a hacer campaña contra los turcos en la isla de Scio; pero aún no había acabado los preparativos y no lo haría antes de algún tiempo. No cabía, pues, pensar en una partida inmediata.
Así juzgó la situación el joven oficial. Y así la juzgó también Hadjine. Por lo tanto, ya no había motivo para retrasar la boda. Elizundo, por otra parte, no puso objeción alguna a que ésta se celebrase sin demora. De manera que la fecha fue fijada para diez días más tarde, es decir, a finales del mes de octubre.
Es inútil insistir sobre los sentimientos que la proximidad de su unión hizo nacer en el corazón de los prometidos. ¡Henry d'Albaret ya no partiría hacia aquella guerra en la cual podía dejar la vida! ¡Hadjine ya no tendría que sufrir aquella espera dolorosa durante la cual habría contado los días y las horas!
Xaris, si es que eso es a posible, era el más feliz de la casa. Si se hubiese tratado de su propia boda, su alegría no hubiese sido más desbordante. Incluso el banquero, a pesar de su frialdad habitual, daba muestras visibles de su satisfacción. ¡El porvenir de su hija estaba asegurado!
Acordaron que las cosas se harían con toda sencillez y les pareció inútil invitar a la ciudad entera a la ceremonia. Ni Hadjine ni Henry d'Albaret eran de los que gustan de tener muchos testigos de su felicidad. Pero, a pesar de todo, eran necesarios ciertos preparativos, de los cuales se ocuparon sin ostentación.
Era el 23 de octubre. Faltaban sólo siete días para la celebración de la boda. No parecía, pues, que hubiese que preocuparse por la aparición de ningún obstáculo ni temer

retraso alguno. Y, no obstante, se produjo un hecho que habría inquietado vivamente a Hadjine y Henry d'Albaret, si hubieran tenido conocimiento de él.
Aquel día, entre el correo de la mañana, Elizundo encontró una carta, cuya lectura supuso para él un golpe inesperado. La estrujó, la rompió en pedazos e incluso la quemó, lo cual denotaba una profunda inquietud en un hombre tan dueño de sí mismo como era el banquero.
Y habría podido oírsele murmurar estas palabras:
-¿Por qué no habrá llegado esta carta ocho días más tarde? ¡Maldito sea el que la ha escrito!

V

La costa mesenia

Durante toda la noche, después de haber abandonado Vitylo, la Karysta se había dirigido hacia el sudoeste, atravesando oblicuamente el golfo de Corón. Nicolas Starkos había bajado a su camarote y ya no volvería a aparecer en cubierta antes de que se hiciese de día.
El viento era favorable, una de esas frescas brisas del sudeste que generalmente reinan en aquellos mares, al final del verano y al principio de la primavera, hacia la época de los solsticios, cuando los vapores del Mediterráneo se convierten en lluvia.
Por la mañana, doblaron el cabo Gallo, situado en el extremo de Mesenia, y las últimas cumbres del Taigeto, que delimitan sus abruptos flancos, quedaron pronto sumergidas en la neblina del sol naciente. Cuando la punta del cabo ya había sido rebasada, Nicolas Starkos reapareció sobre el puente de la sacoleva. Su primera mirada se dirigió hacia el este.
Ya no se veía la tierra de la Maina. Por aquel lado se alzaban ahora los poderosos contrafuertes del monte Agios Dimitros, un poco por detrás del promontorio.
Durante un instante, el brazo del capitán se alargó en dirección a la Maina. ¿Era un gesto de amenaza? ¿Era un adiós para siempre a su tierra natal? ¿Quién hubiera podido decirlo? ¡Pero no había nada bueno en la mirada que lanzaron en aquel momento los ojos de Nicolas Starkos!
La sacoleva, bien asentada bajo sus velas cuadradas y sus velas latinas, puso las amuras a estribor y comenzó a avanzar hacia

el noroeste. Como el viento venía de tierra, el mar ofrecía todas las condiciones para una navegación rápida.
La Karysta dejó a la izquierda las islas Enusas, Cabrera, Sapienza y Venético; luego, picó recto a través del canalizo entre Sapienza y la tierra, para pasar a la vista de Modón.
Ante ella se extendía entonces la costa mesenia con el maravilloso panorama de sus montañas, que presentan un carácter volcánico muy marcado. Mesenia estaba destinada a convertirse, después de la constitución definitiva del reino, en uno de los trece nomos o prefecturas de que se compone la Grecia moderna, incluyendo las islas Jónicas. Pero en aquella época no era todavía más que uno de los numerosos escenarios de la lucha, tan pronto en manos de Ibrahim como en manos de los griegos, según la suerte de las armas, del mismo modo que, en otro tiempo, había sido el escenario de aquellas tres guerras de Mesenia contra los espartanos, en las que sobresalieron los nombres de Aristómenes y Epaminondas.
Nicolas Starkos, sin pronunciar una sola palabra, después de haber verificado con el compás la dirección de la sacoleva y de haber observado el aspecto que tenía el tiempo, había ido a sentarse a popa.
Mientras tanto, en la proa, los miembros de la tripulación de la Karysta cambiaban impresiones con los diez hombres embarcados la víspera en Vitylo; en total, eran una veintena de marineros, con sólo un contramaestre a las órdenes del capitán para dirigirlos. En aquel momento, el segundo de la sacoleva no se encontraba a bordo.
Y he aquí lo que decían acerca del destino al que se dirigía en aquel momento el pequeño buque y del rumbo que seguía, remontando las costas de Grecia. Es evidente que las preguntas las hacían los marineros nuevos y las respuestas las daban los antiguos.
-¡No habla mucho el capitán Starkos!
-Lo menos posible; pero cuando habla, lo hace bien, y hay que obedecerle inmediatamente.
-¿Adónde se dirige la Karysta?
-Nunca se sabe adónde va la Karysta.
-¡Por todos los diablos! Nos hemos enrolado con toda confianza y, después de

todo, ¡qué más da!
-¡Sí! Y podéis estar seguros de que adonde nos lleva el capitán es adonde hay que ir.
-¡Pero no será con estas dos pequeñas carronadas de proa con las que la Karysta se atreva a dar caza a los buques mercantes del Archipiélago!
-¡Tampoco es su función saquear los mares! ¡El capitán Starkos tiene otros navíos, y ésos sí que están bien armados y bien equipados para perseguir y dar caza a cualquier buque! La Karysta es, como si dijéramos, su yate de placer. ¡Observad qué aspecto más frágil tiene! ¡Los cruceros franceses, ingleses, griegos o turcos se dejarán engañar completamente!
-¿Y el botín...?
-El botín es para quienes se hacen con él, ¡y vosotros seréis de ésos cuando la sacoleva haya terminado su campaña! ¡No vais a estar ociosos, y, si hay peligro, también habrá beneficio!
-¿Así pues, ahora no hay nada que hacer en los parajes de Grecia y de las islas?
-Nada... ni tampoco en las aguas del Adriático, si es que la fantasía del capitán nos lleva hacia ese lado. De manera que, hasta nueva orden, somos tan sólo unos honrados marineros, a bordo de una honrada sacoleva, surcando honradamente el mar Jónico. ¡Pero ya cambiarán las cosas!
-¡Y cuanto antes, mejor!
Como se ve, los recién embarcados, al igual que los demás marineros de la Karysta, no eran gente que pusiese peros a una faena, cualquiera que ésta fuese. De la población marinera de la baja Maina no cabía esperar ni escrúpulos, ni remordimientos, ni tan siquiera simples prejuicios. En verdad, eran dignos de quien los capitaneaba y éste sabía que podía contar con ellos.
Pero si los de Vitylo conocían al capitán Starkos, no conocían, en cambio, a su segundo, al mismo tiempo oficial de la marina y hombre de negocios: su instrumento ciego, en una palabra. Era un tal Skopelo, originario de Cerigoto, pequeña isla de bastante mala fama, situada en el límite meridional del Archipiélago, entre Cerigo y Creta. Por eso, uno de los nuevos, dirigiéndose al contramaestre de la Karysta, preguntó:
-¿Y el segundo de a bordo?
-El segundo no está embarcado -le contestaron.

-¿Y no lo veremos?
-Sí.
-¿Cuándo?
-¡Cuando llegue el momento!
-Pero, ¿dónde está?
-¡Donde debe estar!

Tuvo que contentarse con esta respuesta, que no decía nada. En aquel momento, además, el silbido del contramaestre llamó a todo el mundo arriba para tensar las escotas. De modo que la conversación que tenía lugar en el castillo de proa quedó cortada en ese punto.

En efecto, había que ceñir un poco más el viento, a fin de arranchar, a la distancia de una milla, la costa mesenia. Hacia el mediodía, la Karysta pasaba ante Modón. Aquél no era su destino y, por lo tanto, no fue a recalar en esta pequeña ciudad, levantada sobre las ruinas de la antigua Metona, en el extremo de un promontorio que proyecta su punta rocosa hacia la isla de Sapienza. Pronto, el faro que se alza a la entrada del puerto se perdió detrás de una vuelta de los acantilados.

Entretanto, a bordo de la sacoleva se había dado una señal. Un gallardete negro cuartelado por una media luna roja había sido izado a la punta de la entena mayor. Pero desde tierra no hubo respuesta. De modo que siguieron ruta en dirección al norte.

A última hora de la tarde, la Karysta llegaba a la entrada de la rada de Navarino, que es como un gran lago marítimo, enmarcado por una orla de grandes montañas. La ciudad, dominada por la confusa masa de su ciudadela, apareció a través de la brecha abierta en el centro de una gigantesca roca. Aquélla era la punta extrema de esta escollera natural, que contiene el furor de los vientos del noroeste, vertidos a torrentes sobre el mar Jónico por ese larguísimo odre que es el Adriático.

El sol poniente iluminaba todavía la cima de las últimas montañas, al este; pero la sombra oscurecía ya la vasta rada.

Esta vez, la tripulación habría podido creer que la Karysta iba a hacer escala en Navarino, pues, en efecto, se metió resueltamente por el paso de Megalo-Thouro, al sur de la estrecha isla de Esfacteria, que se extiende a lo largo de una distancia de unos cuatro mil metros. En aquel lugar se alzaban ya entonces dos tumbas, erigidas en

memoria de dos de las más nobles víctimas de la guerra: la del capitán francés Mallet, muerto en 1825, y, en el fondo de una gruta, la del conde de Santa Rosa, un filoheleno de origen italiano, antiguo ministro del Piamonte, muerto el mismo año por defender la misma causa.
Cuando la sacoleva estuvo a una distancia de la ciudad de tan sólo unos diez cables, se puso de través, con el foque cazado a barlovento. Un fanal rojo subió, como lo había hecho anteriormente el gallardete negro, a la punta de la entena mayor. Tampoco hubo respuesta a esta señal.
La Karysta no tenía nada que hacer en aquella rada, donde en ese momento había un gran número de bajeles turcos. Así pues, maniobró para costear el islote blanquecino de Kouloneski, situado más o menos en el centro. Luego, siguiendo las órdenes del contramaestre, después de que las escotas hubieran sido ligeramente amolladas, la caña del timón fue orientada hacia estribor, lo cual permitió a la nave volver hacia la orilla de la isla de Esfacteria.
Había sido precisamente en el islote de Kouloneski donde, al principio de la guerra, en 1821, habían sido confinados varios centenares de turcos, al ser sorprendidos por los griegos. Y allí habían muerto de hambre, a pesar de que, confiando en la promesa de que serían transportados a tierra otomana, se habían rendido.
Más tarde, en 1825, y como consecuencia de ello, cuando las tropas de Ibrahim pusieron sitio a Esfacteria, defendida por Mavrocordato en persona, ochocientos griegos fueron degollados en el islote como represalia.
La sacoleva se dirigía en aquel momento hacia el paso de Sikia, de unos doscientos metros de ancho, abierto al norte de la isla, entre su punta septentrional y el promontorio de Corifasion. Había que conocer bien el canal para aventurarse por él, ya que es casi impracticable para los navíos cuyo calado exige cierta profundidad. Pero Nicolas Starkos, tal y como lo hubiera hecho el mejor de los pilotos de la rada, arranchó audazmente las rocas escarpadas de la punta de la isla y dobló el promontorio de Corifasion. Luego, al darse cuenta de que fuera del canalizo estaban ancladas varias escuadras -una treintena de buques

franceses, ingleses y rusos- las evitó prudentemente, volvió a avanzar, durante la noche, a lo largo de la costa mesenia, se deslizó entre la tierra y la isla de Prodano, y, cuando llegó la mañana, la sacoleva, llevada por una brisa fresca del sudeste, seguía las sinuosidades del litoral sobre las aguas apacibles del golfo de Arcadia.

El sol se elevaba entonces por detrás de la cima del Ithomo, desde donde la vista, después de abarcar todo el territorio sobre el que se asentaba la antigua Mesenia, se pierde, por una parte, en el golfo de Corón y, por otra, en el golfo al cual la ciudad de Arcadia ha dado su nombre. El mar rielaba bajo los primeros rayos del día formando largas placas que la brisa rizaba.

Desde el alba, Nicolas Starkos maniobró de modo que la sacoleva pasase lo más cerca posible de la ciudad, situada en una de las concavidades de la costa que se redondea formando una ancha rada exterior.

Hacia las diez, el contramaestre se acercó a popa y se plantó delante del capitán con la actitud de quien espera órdenes.

Toda la inmensa madeja de las montañas de Arcadia se extendía entonces al este. Pueblos perdidos a media colina entre macizos de olivares, almendros y viñas, riachuelos que corrían hacia el lecho de algún afluente, entre los ramilletes de arrayanes y adelfas; más allá, plantadas a todas las alturas, en todos los bancales, según todas las orientaciones, millares de cepas de las famosas viñas de Corinto, que no dejaban desocupada ni una pulgada de tierra; más abajo, sobre las primeras rampas, las casas rojas de la ciudad, resplandecientes como grandes pedazos de estameña sobre un telón de fondo de cipreses: así se presentaba el magnífico panorama de una de las más pintorescas costas del Peloponeso.

Pero, al acercarse más a Arcadia, la antigua Kiparissia, que fue el principal puerto de Mesenia en tiempos de Epaminondas, y luego uno de los feudos del francés Ville-Hardouin, después de las Cruzadas, ¡qué espectáculo más desolador! ¡Qué doloroso pesar para cualquiera que tuviera la religión de los recuerdos!

¡Dos años antes, Ibrahim había destruido la ciudad y asesinado a niños, mujeres y ancianos! ¡En ruinas se hallaba el viejo

castillo, construido en el lugar en el que había estado la antigua acrópolis! ¡En ruinas, la iglesia de San Jorge, que los fanáticos musulmanes habían arrasado! ¡En ruinas también, las casas y edificios públicos!
-¡Se ve que nuestros amigos los egipcios han pasado por aquí! -murmuró Nicolas Starkos, que no sintió ni la más mínima congoja ante aquella escena de desolación.
-¡Y ahora, los turcos son los amos! -respondió el contramaestre.
-Sí... lo serán por mucho tiempo... ¡Esperemos incluso que para siempre! -añadió el capitán.
-¿Atracará la Karysta o largamos?
Nicolas Starkos observó atentamente el puerto, que se hallaba ya a una distancia de tan sólo algunos cables. Luego, su mirada se dirigió a la ciudad misma, edificada una milla por detrás, sobre un contrafuerte del monte Psykhro. Parecía dudar acerca de lo que convendría hacer a la vista de Arcadia: atracar en el muelle o hacerse a la mar de nuevo.
El contramaestre seguía esperando que el capitán respondiera a su pregunta:
-¡Mandad la señal! -dijo al fin Nicolas Starkos.
El gallardete rojo con la media luna de plata fue izado al extremo de la entena y ondeó al viento.
Unos minutos más tarde, un gallardete idéntico flotaba en el extremo de un mástil que se erguía sobre la cabeza del muelle del puerto.
-¡Atracar! -dijo el capitán.
Pusieron caña a barlovento y la sacoleva se colocó todo a ceñir. En cuanto la entrada del puerto estuvo suficientemente abierta, largó sin vacilación. Enseguida las velas de trinquete fueron amainadas, después lo fue la vela mayor y la Karysta entró en el canal bajo su ala de cangreja y su foque. La velocidad que llevaba bastó para alcanzar el centro del puerto. Allí dejó caer el ancla y los marineros se ocuparon de las diversas maniobras que siguen al fondeo.
Casi al momento, un bote era echado al agua y el capitán se embarcaba en él, se alejaba de la nave empujado por cuatro remos y atracaba junto a una pequeña escalera de piedra, esculpida en el macizo del muelle. Allí lo esperaba un hombre que le dio la bienvenida en estos términos:

-¡Skopelo a las órdenes de Nicolas Starkos!

Un gesto de familiaridad por parte del capitán fue la única respuesta. Éste tomó la delantera y subió por la cuesta para alcanzar las primeras casas de la ciudad. Después de haber pasado por las ruinas del último asedio, en medio de calles obstruidas por soldados turcos y árabes, se detuvo delante de una posada más o menos intacta, con un letrero con el nombre Minerva, en la cual su compañero entró tras él.

Al cabo de un instante, el capitán Starkos y Skopelo estaban en una habitación sentados a una mesa, con dos vasos y, frente a ellos, una botella de raki[15], fuerte alcohol extraído del asfódelo. Con el rubio y

15 Aguardiente de arroz fermentado.

perfumado tabaco de Misolonghi, liaron cigarrillos, los encendieron y se los fumaron; después comenzó la conversación entre aquellos dos hombres, uno de los cuales se presentaba de buen grado como el humilde servidor del otro.

Era una fisonomía siniestra la de Skopelo, baja, cautelosa, y, sin embargo, inteligente. Tenía cincuenta años a lo sumo, aunque parecía un poco más viejo. Un rostro de prestamista, con unos ojillos falsos pero vivos, el pelo rapado, la nariz curvada, las manos con dedos ganchudos y largos pies, de los que habría podido decirse lo que se dice de los pies de los albaneses: «que el dedo gordo está en Macedonia cuando el talón todavía está en Beocia». En fin, una cara redonda, sin bigote, con una perilla grisácea en el mentón, una cabeza fuerte y pelada, sobre un cuerpo enjuto y de estatura mediana. Este tipo de judío árabe aunque cristiano de nacimiento, llevaba un atuendo muy simple -la chaqueta y el calzón del marinero levantino-, escondido bajo una especie de hopalanda.

Skopelo era justamente el hombre de negocios adecuado para gestionar los intereses de aquellos piratas del Archipiélago, muy hábil para ocuparse de colocar el botín y de la venta de los prisioneros, entregados en los mercados turcos y transportados a las costas berberiscas.

No es difícil imaginar lo que podía ser una conversación entre Nicolas Starkos y Skopelo, los temas de los que trataría, el modo en que los hechos de la guerra que estaba teniendo

lugar serían apreciados y los beneficios que se proponían sacar de ella.
-¿Cómo están las cosas en Grecia? -preguntó el capitán.
-Más o menos en el estado en que vos las dejasteis. ¡Sin duda! -respondió Skopelo-. ¡Hace ya un mes largo que la Karysta navega por las costas de Tripolitania y probablemente, desde vuestra partida, no habéis recibido noticia alguna al respecto!
-Ninguna, en efecto.
-Pues os informo, capitán, de que los bajeles turcos están listos para transportar a Ibrahim y sus tropas a Hidra.
-Sí -dijo Nicolas Starkos-. Los vi ayer por la noche, al atravesar la rada de Navarino.
-¿No habéis recalado en ningún sitio después de abandonar Trípolis? -preguntó Skopelo.
-Sí... una sola vez. Me detuve unas horas en Vitylo... Para completar la tripulación de la Karysta. Pero desde que perdí de vista las costas de la Maina, nadie ha respondido a mis señales hasta que he llegado a Arcadia.
-Probablemente no había por qué responder -replicó Skopelo.
-Dime -prosiguió Nicolas Starkos-, ¿qué están haciendo en este momento Miaulis y Canaris?
-Se han visto reducidos a intentar sólo golpes de mano, capitán. ¡Acciones que pueden asegurarles algunos triunfos parciales, pero nunca una victoria definitiva! Con todo, mientras ellos dan caza a los navíos turcos, los piratas pueden moverse a sus anchas en todo el Archipiélago.
-¿Y todavía se habla de...?
-¿De Sacratif? -replicó Skopelo bajando un poco la voz-. ¡Sí!... ¡Por todas partes!... ¡Y a todas horas! ¡Y sólo depende de él, Nicolas Starkos, que se hable más todavía!
-¡Se hablará!
Después de haber vaciado su vaso, que Skopelo volvió a llenar, Nicolas Starkos se había levantado. Caminaba de un lado para otro; luego, parándose ante la ventana con los brazos cruzados, escuchó el canto grosero de los soldados turcos, que se oía a lo lejos. Por fin, volvió a sentarse de cara a Skopelo y, cambiando bruscamente el tema de la conversación, preguntó:
-Según tu señal, tienes aquí un cargamento de prisioneros, ¿lo he entendido bien?

-¡Sí, Nicolas Starkos, suficientes para llenar un navío de cuatrocientas toneladas! Es todo lo que queda de la matanza que siguió a la derrota de Cremmidi. ¡Dios! ¡Esta vez a los turcos se les ha ido la mano! ¡Si les hubiéramos dejado, no habría quedado ni un solo prisionero!
-¿Son hombres? ¿Mujeres?
-Sí, y niños... ¡Vaya, de todo!
-¿Dónde están?
-En la ciudadela de Arcadia.
-¿Has pagado mucho por ellos?
-¡Hum! El bajá no se mostró muy complaciente -respondió Skopelo-. Cree que la guerra de la Independencia está tocando a su fin... ¡Por desgracia! Si ya no hay guerra, no hay batallas, si no hay batallas, no hay razzias, como dicen allá abajo, en Berbería, ¡y si no hay razzias, se acabó la mercancía humana o de cualquier otro tipo! ¡Si los prisioneros escasean, los precios suben! Es una compensación, capitán. Sé de buena fuente que, en este momento, faltan esclavos en los mercados de África y nosotros vamos a vender éstos a un precio ventajoso.
-¡Sea! -respondió Nicolas Starkos-. ¿Lo tienes todo listo para embarcarte a bordo de la Karysta?
-Todo está a punto y ya no hay nada que me retenga aquí.
-Está bien, Skopelo. Dentro de ocho o diez horas, como muy tarde, un buque enviado desde Escarpanto vendrá a recoger la carga. ¿Podremos entregarla sin dificultad?
-Sin problema. Todo está perfectamente convenido -contestó Skopelo-, pero hay que pagar en el acto. Así que primero habrá que ponerse de acuerdo con el banquero Elizundo para que avale nuestros pagarés. ¡Su firma es buena y el bajá aceptará sus valores como si fueran dinero contante y sonante!
-Voy a escribir a Elizundo para comunicarle que no tardaré en atracar en Corfú, y allí remataré este asunto...
-¡Este asunto... y otro no menos importante, Nicolas Starkos! -añadió Skopelo.
-Tal vez... -respondió el capitán.
-¡En realidad, sería tan sólo lo justo! Elizundo es rico... excesivamente... dicen... ¿Y quién lo ha enriquecido, sino nuestro comercio... y nosotros... a riesgo de acabar colgando del extremo de una verga de trinquete, cuando el contramaestre diera la señal con un silbido?... ¡Sí, en los tiempos

que corren, hace bien siendo el banquero de los piratas del Archipiélago! ¡Por lo tanto, lo repito, Nicolas Starkos, sería sólo lo justo!
-¿Qué es lo que sería sólo lo justo? -preguntó el capitán mirando a su segundo fijamente a la cara.
-¡Eh! ¿No lo sabéis? -respondió Skopelo-. La verdad, capitán, es que sólo me lo preguntáis para oírmelo repetir por centésima vez. ¡Confesadlo!
-Quizá.
-La hija del banquero Elizundo...
-¡Lo que es justo será! -respondió simplemente Nicolas Starkos levantándose.
Y, sin más, salió de la posada Minerva y, seguido de Skopelo, regresó al puerto, al lugar donde lo esperaba su bote.
-Embarquemos -dijo a Skopelo-. Negociaremos las órdenes de pago con Elizundo en cuanto lleguemos a Corfú. Después, una vez hecho eso, volverás a Arcadia para recoger el cargamento.
-¡Embarquemos! -respondió Skopelo.
Una hora más tarde, la Karysta salía del golfo. Pero antes de finalizar la jornada, Nicolas Starkos pudo escuchar un rugido lejano, cuyo eco le llegaba del sur.
Eran los cañones de las escuadras combinadas que tronaban sobre la rada de Navarino.

VI
¡Guerra a los piratas del Archipiélago!

La dirección de nornoroeste que llevaba la sacoleva había de conducirla a través del pintoresco semillero de las islas Jónicas, donde en cuanto se pierde una de vista, ya se divisa la otra.
Por suerte para ella, la Karysta, con su aspecto de honrado navío levantino, mitad yate de placer, mitad buque mercante, no dejaba traslucir nada acerca de su origen. De no ser por eso, no hubiera sido prudente por parte de su capitán arriesgarse de tal forma, pasando bajo los cañones de los fuertes británicos y poniéndose a merced de las fragatas del Reino Unido.
Tan sólo unas quince leguas marinas separan Arcadia de la isla de Zante, «la flor de Levante», como la llaman poéticamente los italianos. Desde el fondo del golfo, por donde cruzaba entonces la Karysta, se divisan incluso las cumbres verdeantes del monte Scopos, sobre cuya ladera, y

reemplazando los espesos bosques cantados por Homero y Virgilio, se escalonan los macizos de olivares y naranjos.
El viento era bueno, un terral bien formado que le enviaba el sudeste. De modo que la sacoleva, bajo sus bonetas de gavia y de juanete, hendía rápidamente las aguas de Zante, entonces casi tan tranquilas como las de un lago.
Hacia el anochecer, pasó ante la capital, que lleva el mismo nombre que la isla. Se trata de una bonita ciudad italiana, surgida sobre la tierra de Zacinto, hijo del troyano Dárdano. Desde la cubierta de la Karysta, sólo se veían las luces de la ciudad, que se curva sobre un espacio de una media legua siguiendo el borde de una bahía circular. Aquellas luces, esparcidas a diferentes alturas, desde los muelles del puerto hasta la punta más elevada del castillo de origen veneciano, edificado a trescientos pies por encima del nivel del mar, formaban como una enorme constelación, cuyas estrellas más brillantes señalaban el emplazamiento de los palacios renacentistas de la calle principal y de la catedral de San Dionisio de Zacinto.
Nicolas Starkos no podía establecer con la población zantia, profundamente cambiada a raíz de los contactos con los venecianos, los franceses, los ingleses y los rusos, el tipo de relaciones comerciales que lo unían a los turcos del Peloponeso. No había, pues, ninguna señal que enviar a los vigías del puerto ni había tampoco razón alguna para recalar en aquella isla, que fue la patria de dos poetas célebres: uno, Hugo Foscolo, italiano de finales del siglo XVIII; el otro, Salomos, una de las glorias de la Grecia moderna.
La Karysta atravesó el estrecho brazo de mar que separa Zante de la Acaya y de la Élida. Sin duda, hubo a bordo más de un oído que se sintió ofendido al escuchar los cantos que traía la brisa como si hubiesen sido otras tantas barcarolas escapadas del Lido. Pero había que resignarse. La sacoleva pasó por entre aquellas melodías italianas y, a la mañana siguiente, se encontraba atravesando el golfo de Patrás, profunda escotadura que continúa el golfo de Lepanto hasta el istmo de Corinto.
Nicolas Starkos se hallaba entonces sobre la proa de la Karysta. Su mirada recorría toda aquella costa de Acarnania, que dibujaba el

límite septentrional del golfo. De allí surgían grandes e imperecederos recuerdos, que habrían debido encoger el corazón de un hijo de Grecia, ¡si ese hijo no hubiera, desde hacía ya tanto tiempo, negado y traicionado a su madre!
-¡Misolonghi! -dijo entonces Skopelo, tendiendo la mano en dirección al noreste-. ¡Mala gente! ¡Prefieren saltar por los aires antes que rendirse!
En efecto, dos años antes, los compradores de prisioneros y los vendedores de esclavos no habrían tenido nada que hacer allí. Después de diez meses de lucha, los asediados de Misolonghi, quebrantados por la fatiga y exhaustos a causa del hambre, en vez de capitular ante Ibrahim, habían hecho estallar la ciudad y la fortaleza. Hombres, mujeres, niños, todos habían perecido en la explosión, que no perdonó tampoco a los vencedores.
Y, el año anterior, casi en el mismo lugar donde acababa de ser enterrado Marco Botsaris, uno de los héroes de la guerra de la Independencia, había venido a morir el descorazonado y desesperado lord Byron, cuyos despojos reposan ahora en Westminster. ¡Sólo su corazón permaneció en esta tierra de Grecia que amaba y que no volvió a ser libre hasta después de su muerte!
Un gesto violento, ésa fue toda la respuesta que Nicolas Starkos dio a la observación de Skopelo. Luego, la sacoleva, alejándose rápidamente del golfo de Patrás, se encaminó hacia Cefalonia.
Con aquel viento que los impulsaba, no se necesitaban más que algunas horas para cubrir la distancia que separa Cefalonia de la isla de Zante. Además, la Karysta no se dirigió hacia Argostolion, la capital, cuyo puerto, poco profundo, es cierto, no es por ello menos excelente para los navíos de tonelaje mediano. Por el contrario, se metió audazmente por los estrechísimos canales que bañan su costa oriental y, hacia las seis y media de la tarde, alcanzaba la punta de Thiaki, la antigua Ítaca.
Esta isla, de ocho leguas de largo por una legua y media de ancho, singularmente rocosa, soberbiamente salvaje, rica en aceite y en vino, que produce en abun- dancia, cuenta con unos diez mil habitantes. Sin tener una historia propia, ha dejado, sin embargo, un nombre célebre en la

antigüedad. Fue la patria de Ulises y Penélope, cuyos recuerdos se encuentran aún en las cimas del Anogi, en las profundidades de la caverna del monte de San Esteban, en medio de las ruinas del monte CE, a través de los campos de Eumea y al pie del Roquedal de los Cuervos, sobre el cual debieron de fluir las poéticas aguas de la fuente de Aretusa.

A medida que caía la noche, la tierra del hijo de Laertes había ido desapareciendo poco a poco en la sombra, unas quince leguas más allá del último promontorio de Cefalonia.

Durante la noche, la Karysta, haciéndose un poco a la mar con el fin de evitar el estrecho paso que separa la punta norte de Itaca de la punta sur de San Mauro, siguió, a unas dos millas de la orilla, la costa oriental de esta isla.

Bajo la luz de la luna, se habría podido percibir vagamente, dominando el mar desde una altura de ciento ochenta metros, una especie de acantilado blanquecino: era el salto de Léucade, que Safo y Artemisa hicieron famoso. Pero cuando salió el sol, no quedaba, al sur, ningún rastro de esta isla, que se conoce también por el nombre de Léucade, y la sacoleva, acercándose a la costa albanesa, se dirigió, a toda vela a barlovento, hacia la isla de Corfú.

Nicolas Starkos tenía que hacer todavía unas veinte leguas aquel día si quería entrar, antes de la noche, en las aguas que bañan la capital de la isla.

La audaz Karysta, forzando de tal modo las velas que su borda se deslizaba a ras de agua, cubrió rápidamente aquellas veinte leguas. La brisa había arreciado considerablemente. El timonel tuvo, pues, que poner toda su atención para no empeñar bajo aquel enorme velamen. Por suerte, los mástiles eran sólidos y el aparejo casi nuevo y de calidad superior. No se tomó ni un rizo, ni se amainó una boneta.

La sacoleva se comportó como lo habría hecho si se hubiese tratado de una carrera de velocidad en alguna competición internacional.

De este modo, pasaron ante la pequeña isla de Paxos. Hacia el norte, se dibujaban ya las primeras alturas de Corfú. A la derecha, la costa albanesa se perfilaba en el horizonte con los recortes dentados de los montes Acrauceronianos. En

aquellos parajes tan frecuentados del mar Jónico, se veían algunos buques de guerra, que llevaban pabellón inglés o pabellón turco. La Karysta no intentó evitar a unos más que a otros. Si le hubieran hecho alguna señal para que se pusiera de través, habría obedecido sin vacilación, pues no llevaba a bordo cargamento ni papel alguno que pudiese denunciar su origen.
A las cuatro de la tarde, la sacoleva ceñía un poco el viento para entrar en el estrecho que separa la isla de Corfú de la tierra firme. Las escotas fueron tensadas, y el timonel orzó un cuarto, a fin de rebasar el cabo Blanco, en el extremo sur de la isla.
En esta primera porción del canal el paisaje es más placentero que en su parte septentrional. Por eso mismo, produce un afortunado contraste con la costa albanesa, entonces prácticamente inculta y medio salvaje. Algunas millas más lejos, el estrecho se ensancha por la escotadura del litoral corfiota. La sacoleva pudo, pues, largar un poco, para atravesarlo oblicuamente. Son estas hendiduras, profundas y multiplicadas, las que dan a la isla sesenta y cinco leguas de perímetro, mientras que sólo cuentan veinte en su longitud máxima y seis en su máxima anchura.
Hacia las cinco, la Karysta arranchaba, cerca del islote de Ulises, la abertura que comunica el lago Kalikiopulo, el antiguo puerto hilaico, con el mar. Luego siguió los contornos de ese encantador «canalón», plantado de acíbares y agaves, frecuentado ya entonces por los coches y los jinetes, que van a buscar, una legua al sur de la ciudad, junto con la frescura marina, todo el encanto de un admirable panorama, cuyo horizonte, al otro lado del canal, es la costa albanesa. Pasó por delante de la bahía de Kardakio y las ruinas que la dominan, por delante del palacio de verano de los Altos Lores Comisarios, de jando a su izquierda la bahía de Kastradés, sobre la cual se extiende formando un arco el arrabal del mismo nombre, la Strada Marina, que es menos una calle que un paseo, luego la prisión, el antiguo fuerte Salvador y las primeras casas de la capital corfiota. La Karysta dobló entonces el cabo Sidero sobre el que se asienta la ciudadela, suerte de pequeña villa militar, suficientemente grande como para albergar la residencia del comandante, los alojamientos

de sus oficiales, un hospital y una iglesia griega, de la cual los ingleses habían hecho un templo protestante. Finalmente, dirigiéndose sin vacilar al oeste, el capitán Starkos dobló la punta San Nikolo y, después de haber avanzado a lo largo de la orilla, en la cual se escalonan las casas del norte de la ciudad, fondeó a una distancia del muelle de medio cable.

Prepararon el bote. Nicolas Starkos y Skopelo ocuparon su lugar en él, no sin que el capitán hubiese pasado por su cinturón uno de esos cuchillos de hoja corta y ancha, muy usados en las provincias de Mesenia. Ambos desembarcaron en la Oficina de Sanidad y mostraron los papeles de a bordo, que estaban perfectamente en regla. Así pues, después de acordar encontrarse de nuevo a las once para regresar a bordo, quedaron libres para ir adonde les conviniera.

Skopelo, encargado de los intereses de la Karysta, se hundió en la parte comercial de la ciudad, a través de callecitas estrechas y tortuosas, con nombres italianos y tiendas con soportales, con toda la mezcolanza de un barrio napolitano.

Nicolas Starkos, por su parte, quería consagrar aquella tarde a sondear el ambiente. Se dirigió, pues, hacia la explanada, el barrio más elegante de la ciudad corfiota.

La explanada o plaza de armas, plantada lateralmen
te de hermosos árboles, se extiende entre la ciudad y la ciudadela, de la cual se halla separada por un ancho foso.

Extranjeros e indígenas formaban entonces allí un incesante vaivén, que no era en absoluto el de una fiesta. Los mensajeros entraban en el palacio, construido al norte de la plaza por el general Maitland, y volvían a salir por las puertas de San Jorge y San Miguel, que flanquean su fachada de piedra blanca. Un incesante intercambio de comunicaciones se llevaba a cabo de este modo entre el palacio del gobernador y la ciudadela, cuyo puente levadizo estaba bajado delante de la estatua del mariscal de Schulembourg.

Nicolas Starkos se mezcló con la multitud. Se dio perfecta cuenta de que toda aquella gente estaba bajo el dominio de una emoción fuera de lo común. No siendo hombre al que gustara preguntar, se contentó con escuchar.

Lo que más impacto causó en su ánimo fue un nombre, invariablemente repetido en todos los corrillos con calificaciones que denotaban poca simpatía: el nombre de Sacratif.
Al principio, ese nombre pareció excitar ligeramente su curiosidad; pero, después de haberse encogido levemente de hombros, continuó descendiendo por la explanada, hasta la terraza en la que ésta termina dominando el mar.
Allí, algunos curiosos se habían colocado alrededor de un pequeño templo en forma circular, que había sido levantado recientemente a la memoria de sir Thomas Maitland. Unos años más tarde, un obelisco sería erigido en aquel lugar en honor de uno de sus sucesores, sir Howard Douglas, para hacer pareja con la estatua del Alto Lord Comisario que había entonces, Frederik Adam, cuyo lugar estaba ya señalado delante del palacio del gobierno. Es probable que, si el protectorado de Inglaterra no hubiese acabado y las islas Jónicas no hubiesen entrado a formar parte del reino helénico, las calles de Corfú hubiesen estado plagadas de estatuas de sus gobernadores. De todos modos, una buena parte de los corfiotas no pensaba siquiera en censurar aquella prodigalidad de hombres de bronce o de piedra y, tal vez, más de uno echa de menos ahora, junto con el antiguo estado de cosas, las actuaciones administrativas de los representantes del Reino Unido.
Pero si, a este respecto, existen opiniones bastante diversas; si, entre los setenta mil habitantes que cuenta la antigua Corcira y entre los veinte mil habitantes de su capital, hay cristianos ortodoxos, cristianos griegos y gran número de judíos, que, en aquella época, ocupaban un barrio aislado, una especie de gueto; si, en la existencia ciudadana de estas razas diferentes, había ideas divergentes a propósito de intereses diversos, aquel día toda disensión parecía haberse fundido en un pensamiento común, en una suerte de maldición dirigida contra aquel nombre que se repetía sin cesar:
-¡Sacratif! ¡Sacratif! ¡Guerra al pirata Sacratif!
Y aunque aquellas gentes que iban y venían hablasen inglés, italiano o griego, aunque la pronunciación de aquel nombre execrado difiriese, los anatemas con los

cuales se lo abrumaba eran, sin embargo, la expresión del mismo sentimiento de horror.
Nicolas Starkos seguía escuchando y no decía nada. Desde lo alto de la terraza, sus ojos podían fácilmente recorrer gran parte del canal de Corfú, cerrado como un lago hasta las montañas de Albania, que el sol poniente doraba en la cima.
Luego, volviéndose hacia el lado del puerto, el capitán de la Karysta observó que había en él un movimiento considerable. Numerosas embarcaciones se dirigían hacia los navíos de guerra. Se intercambiaban señales entre estos navíos y el asta de bandera erigida en la cima de la ciudadela, cuyas baterías y casamatas desaparecían detrás de una cortina de acíbares gigantescos. Evidentemente -y, ante todos estos síntomas, un marino no podía equivocarse-, uno o varios navíos se preparaban para abandonar Corfú. Si así era, la población corfiota, hay que reconocerlo, se tomaba en ello un interés verdaderamente extraordinario.
El sol había desaparecido ya detrás de las altas cumbres de la isla, y, dado que el crepúsculo es bastante corto en esa latitud, no tardaría en hacerse de noche.
Nicolas Starkos juzgó, pues, que era el momento de abandonar la terraza. Volvió a bajar la explanada, dejando en aquel lugar a la mayoría de los espectadores, a los que un sentimiento de curiosidad retenía aún allí. Luego se dirigió con paso tranquilo hacia los soportales de la hilera de casas que limita el lado oeste de la plaza de Armas.
Allí no faltaban ni los cafés, llenos de luces, ni las hileras de sillas dispuestas sobre la calzada, ocupadas ya por numerosos consumidores. Es necesario hacer notar, sin embargo, que éstos charlaban más que «consumían», si es que, de todos modos, tal palabra, por ser demasiado moderna, puede aplicarse a los corfiotas de hace cincuenta años.
Nicolas Starkos se sentó a una pequeña mesa, con la clara intención de no perderse ni una sola palabra de las frases que se intercambiaban en las mesas vecinas.
-¡La verdad -decía un armador de la Strada Marinaes que ya no hay seguridad para el comercio y nadie se atrevería a arriesgar un cargamento de valor en los puertos de Levante!

-¡Y pronto -añadió su interlocutor, uno de esos ingleses gordos que parecen estar siempre sentados sobre un fardo, como el presidente de su cámara- no se encontrarán tripulaciones que quieran servir a bordo de los navíos del Archipiélago!
-¡Oh! ¡Ese Sacratif!... ¡Ese Sacratif! -se repetía con verdadera indignación en los diferentes grupos.
«¡El nombre ideal para desollar el gaznate -pensaba el dueño del café- y que debería empujar a refrescarlo! »
-¿A qué hora debe partir la Syphanta? -preguntó el hombre de negocios.
-A las ocho -respondió el corfiota-. ¡Pero -añadió en un tono que no denotaba una confianza absoluta- no basta con partir, hay que llegar al destino!
-¡Llegará! -exclamó otro corfiota-. Nadie podrá decir que un pirata haya hecho fracasar a la marina británica...
-¡Ni a la marina griega, ni a la marina francesa, ni a la marina italiana! -añadió flemáticamente un oficial inglés que quería que cada Estado tuviese su parte en aquel enojoso asunto.
-En cualquier caso -dijo el hombre de negocios levantándose-, se acerca el momento, y si queremos asistir a la partida de la Syphanta, ya va siendo hora de que nos dirijamos a la explanada.
-No -respondió su interlocutor-, no hay prisa. Por otra parte, tienen que anunciar la maniobra de salida con un cañonazo.
Y los contertulios siguieron tocando su parte en el concierto de las maldiciones proferidas contra Sacratif.
Sin duda, Nicolas Starkos creyó que el momento era favorable para intervenir, y, sin que el menor acento pudiese revelar en él a un nativo de la Grecia meridional, dijo dirigiéndose a sus vecinos de mesa:
-Señores, ¿podría preguntaros, si no os importa, qué es esa Syphanta de la que todo el mundo habla hoy?
-Es una corbeta, señor -le respondieron-, una corbeta comprada, equipada y armada por una compañía de hombres de negocios ingleses, franceses y corfiotas, en la cual viaja una tripulación de esas diferentes nacionalidades y que debe zarpar bajo las órdenes del bravo capitán Stradena. ¡Tal vez él consiga lo que no han logrado los buques de guerra de Inglaterra y Francia!

-¡Ah! -dijo Nicolas Starkos-. ¡Lo que parte es una corbeta!... Y, por favor, ¿hacia qué parajes?
-¡Hacia aquellos en los que podrá encontrar, apresar y colgar al famoso Sacratif!
-¿Y seríais tan amables de decirme -insistió Nicolas Starkos- quién es ese famoso Sacratif?
-¿Preguntáis quién es Sacratif? -exclamó estupefacto el corfiota, a quien el inglés hizo eco, acentuando su respuesta con un «¡oh!» de sorpresa.
El hecho es que un hombre que ignoraba todavía quién era Sacratif, en medio de la ciudad de Corfú y en el momento mismo en que ese nombre estaba en todas las bocas, podía ser mirado como un fenómeno.
El capitán de la Karysta se dio cuenta enseguida del efecto que producía su ignorancia. Por eso, se apresuró a añadir:
-Soy extranjero, señores, acabo de llegar de Zara, que es tanto como decir que vengo del fondo del Adriático, y no estoy al corriente de lo que pasa en las islas Jónicas.
-¡Decid mejor de lo que pasa en el Archipiélago! -exclamó el corfiota-. ¡Es todo el Archipiélago lo que Sacratif ha tomado como el teatro de sus piraterías!
-¡Ah! -dijo Nicolas Starkos-. ¿Se trata de un pirata?
-Un pirata, un corsario, un parásito del mar -replicó el obeso inglés-. ¡Sí! ¡Sacratif merece todos esos nombres e incluso todos los que sería necesario inventar para calificar a semejante malhechor!
En ese punto, el inglés respiró un instante para retomar aliento. Luego añadió:
-¡Lo que me sorprende, señor, es que sea posible encontrar a un europeo que no sepa quién es Sacratif!
-¡Oh! -respondió Nicolas Starkos-. Ese nombre no me es totalmente desconocido, señor, creedme; pero ignoraba que hubiese sido él quien ha revolucionado hoy a toda la ciudad. ¿Acaso Corfú se halla amenazada por una incursión de ese pirata?
-¡No se atrevería! -exclamó el hombre de negocios-. ¡Jamás se arriesgaría a poner los pies en nuestra isla!
-¡Ah! ¿De veras? -respondió el capitán de la Karysta.
-¡Sin lugar a dudas, señor, y si lo hiciera, las horcas, sí, las horcas brotarían por sí

mismas en todos los rincones de la isla para atraparlo cuando pasase!
-Pero entonces, ¿de dónde viene toda esta agitación? -preguntó Nicolas Starkos-. He llegado hace apenas una hora y no comprendo tanto movimiento...
-Pues veréis, señor -respondió el inglés-. Dos buques mercantes, el Three Brothers y el Carnatic, fueron capturados, hace un mes aproximadamente, por Sacratif, y todos los sobrevivientes de las dos tripulaciones han sido vendidos en los mercados de Tripolitania.
-¡Oh! -respondió Nicolas Starkos-. Ése sí que es un feo asunto. ¡Sacratif podría tener que arrepentirse de ello!
-Entonces -prosiguió el corfiota-, algunos hombres de negocios se asociaron para armar una corbeta de guerra, un excelente velero, con una tripulación elegida y al mando de un intrépido marino, el capitán Stradena, que va a dar caza a ese Sacratif. ¡Esta vez, cabe esperar que ese pirata, que tiene en jaque todo el comercio del Archipiélago, no escape a su suerte!
-Será muy difícil, efectivamente -respondió Nicolas Starkos.
-Y si veis la ciudad conmocionada -añadió el hombre de negocios inglés-, si toda la población se ha dirigido hacia la explanada, es para asistir a la salida de la Syphanta, a la que saludarán con varios miles de hurras cuando descienda por el canal de Corfú.
Nicolas Starkos sabía, sin duda, todo lo que deseaba saber. Dio las gracias a sus interlocutores y luego, levantándose, fue de nuevo a mezclarse con la multitud que llenaba la explanada.
Lo que aquellos ingleses y aquellos corfiotas habían dicho no tenía nada de exagerado. ¡Era sólo la verdad! Desde hacía algunos años, las depredaciones de Sacratif se manifestaban por medio de actos indignantes. Muchos buques mercantes de todas las nacionalidades habían sido atacados por aquel pirata, tan audaz como sanguinario. ¿De dónde venía? ¿Cuál era su origen? ¿Pertenecía a esa raza de corsarios procedentes de las costas de Berbería? ¿Quién hubiera podido precisarlo? Nadie lo conocía. Nadie lo había visto jamás. Ni uno solo de aquellos que se habían hallado bajo el fuego de sus cañones había regresado. Unos habían sido asesinados. Otros, reducidos a la

esclavitud. ¿Quién hubiera podido identificar los barcos en los que viajaba? Pasaba sin cesar de uno a otro. Tan pronto atacaba con un rápido bergantín levantino, como con una de esas ligeras corbetas que era imposible superar en velocidad, y siempre bajo pabellón negro. Si en esos encuentros no era el más fuerte, si se veía obligado a salvarse por medio de la fuga, en presencia de algún temible navío de guerra, desaparecía de repente. ¿Y en qué refugio desconocido, en qué rincón ignorado del Archipiélago, hubiera nadie intentado dar con él? Conocía los más secretos pasos de aquellas costas, cuya hidrografía dejaba todavía mucho que desear en esa época.

Si el pirata Sacratif era un buen marino, también era un hombre terrible en el combate. Siempre secundado por tripulaciones que no retrocedían ante nada, no olvidaba nunca concederles, después del combate, la «parte del diablo», es decir, algunas horas de matanza y pillaje. Por eso, sus compañeros lo seguían a todas partes adonde quería llevarlos. Ejecutaban sus órdenes, cualesquiera que fuesen. Todos se habrían dejado matar por él. La amenaza del más espantoso suplicio no los hubiese hecho denunciar a su jefe, que ejercía sobre ellos una verdadera fascinación. Es raro que un navío pueda resistir a tales hombres lanzados al abordaje, sobre todo un buque mercante, que carece de medios de defensa suficientes. En todo caso, si Sacratif, a pesar de toda su habilidad, hubiese sido sorprendido por un barco de guerra, se habría hecho saltar por los aires antes de rendirse. Se decía incluso que, en un caso como ése, faltándole proyectiles, había cargado sus cañones con las cabezas recién cortadas de los cadáveres que cubrían la cubierta.

Tal era el hombre que la Syphanta tenía la misión de perseguir. Así era aquel temible pirata, cuyo nombre, execrado por todos, causaba tanta agitación en la ciudad corfiota.

Pronto, una detonación resonó. Una humareda se elevó con un vivo relámpago sobre el terraplén de la ciudadela. Era la señal de partida. La Syphanta zarpaba e iba a atravesar el canal de Corfú para alcanzar los parajes meridionales del mar Jónico.

Toda la multitud se dirigió al borde de la explanada, hacia la terraza del monumento a sir Maitland.

Nicolas Starkos, arrastrado
imperiosamente por un sentimiento más
intenso quizá que el de una simple curiosidad,
se encontró pronto en primera fila
de los espectadores.
Poco a poco, bajo la claridad de la luna,
apareció la corbeta con sus luces de posición.
Avanzaba bolineando, con objeto de pasar a
bordadas el cabo Blanco, que se alarga al sur
de la isla. Un segundo cañonazo partió de la
ciudadela, luego un tercero, a los que
respondieron tres detonaciones que
iluminaron las portas de la Syphanta. A las
detonaciones sucedieron miles de hurras. Los
últimos llegaron a la corbeta cuando ésta
doblaba la bahía de Kardakio.
Después, todo volvió a sumirse en el
silencio. Poco a poco, la multitud, fluyendo a
través de las calles del arrabal de Kastradés,
dejó el campo libre a los raros paseantes que
un interés de negocios o de placer retenía
sobre la explanada.
Todavía durante una hora permaneció
pensativo Nicolas Starkos, en la vasta plaza
de Armas, casi desierta. Pero el silencio no
debía de reinar ni en su cabeza ni en su
corazón. Sus ojos brillaban con un fuego que
sus párpados no conseguían enmascarar. Su
mirada, como por un movimiento
involuntario, se orientaba en dirección a
aquella corbeta que acababa de desaparecer
detrás de la masa confusa de la isla.
Cuando las once sonaron en la iglesia de
San Espiridión, Nicolas Starkos se dispuso a
reunirse con Skopelo en el lugar en el que lo
había citado, cerca de la Oficina de Sanidad.
Así pues, remontó las calles del barrio que
van hacia el Fuerte Nuevo y pronto llegó al
muelle.
Skopelo lo esperaba allí.
El capitán de la sacoleva fue hacia él:
-¡La corbeta Syphanta acaba de partir! -le
dijo.
-¡Ah! -dijo Skopelo.
-Sí... ¡Para dar caza a Sacratif!
-¡Ésa u otra, qué importa! -respondió
simplemente Skopelo señalando el gig, que
se balanceaba, al pie de la escala, sobre las
últimas ondulaciones de la resaca.
Instantes después, la embarcación
atracaba junto a la Karysta, y Nicolas Starkos
saltaba a bordo diciendo:
-¡Hasta mañana, en casa de Elizundo!
VII

Lo inesperado

Al día siguiente, hacia las diez de la mañana, Nicolas Starkos desembarcaba en el muelle y se dirigía hacia la casa de banca. No era la primera vez que se presentaba en el despacho y siempre había sido recibido como un cliente cuyos asuntos no hay que desdeñar.

Sin embargo, Elizundo lo conocía. Debía de saber muchas cosas acerca de su vida. Ni siquiera ignoraba que fuese el hijo de aquella patriota, de la cual había hablado un día a Henry d'Albaret. Pero nadie sabía ni podía saber lo que era el capitán de la Karysta.

Era evidente que se esperaba a Nicolas Starkos, ya que fue recibido en cuanto se presentó. En efecto, la carta, fechada en Arcadia, que había llegado cuarenta y ocho horas antes era suya. Por lo tanto, fue inmediatamente conducido al despacho donde se encontraba el banquero, quien tomó la precaución de cerrar la puerta con llave.

Elizundo y su cliente estaban ahora solos frente a frente. Nadie vendría a molestarlos. Nadie oiría lo que iba a ser dicho en aquella conversación.

-Buenos días, Elizundo -dijo el capitán de la Karysta, dejándose caer sobre un sillón con la familiaridad de un hombre que estuviese en su propia casa-. ¡Pronto hará seis meses que no os había visto, aunque hayáis tenido a menudo noticias mías! Por eso, no he querido pasar tan cerca de Corfú sin detenerme, para tener el placer de estrecharos la mano.

-No es para verme ni para hacerme cumplidos para lo que habéis venido, Nicolas Starkos -respondió el banquero con voz sorda-. ¿Qué queréis de mí?

-¡Eh! -exclamó el capitán-. ¡Ahora reconozco a mi viejo amigo Elizundo! ¡Nada a los sentimientos, todo a los negocios! ¡Hace mucho tiempo que habéis debido de meter vuestro corazón en el cajón más secreto de vuestra caja, un cajón cuya llave habéis perdido!

-¿Queréis explicarme lo que os trae aquí y por qué me habéis escrito? -insistió Elizundo.

-¡Tenéis razón, Elizundo! ¡Dejémonos de tonterías! ¡Seamos serios! ¡Hoy tenemos que discutir asuntos muy graves y no pueden esperar!

-Vuestra carta me habla de dos asuntos -continuó el banquero-, uno que entra en la categoría de nuestras relaciones habituales y

otro que es puramente personal.
-En efecto, Elizundo.
-¡Y bien, hablad, Nicolas Starkos! ¡Tengo prisa por conocer los dos!
Como se ve, el banquero se expresaba muy categóricamente. Quería, de ese modo, exhortar a su visitante a que se explicara, sin utilizar subterfugios o escapatorias. Pero lo que contrastaba con la nitidez de estas preguntas era el tono un poco sordo con que las hacía. Evidentemente, de aquellos dos hombres, situados uno frente a otro, no era precisamente el banquero quien controlaba la situación.
Por eso, el capitán de la Karysta no pudo esconder una media sonrisa, que Elizundo, con los ojos bajos, no vio.
-¿Cuál de las dos cuestiones abordaremos primero? -preguntó Nicolas Starkos.
-¡Primero la que es puramente personal! -respondió vivamente el banquero.
-Yo prefiero comenzar por la que no lo es -replicó el capitán en un tono cortante.
-Está bien, Nicolas Starkos. ¿De qué se trata?
-Se trata de un convoy de prisioneros que tenemos que recoger en Arcadia. Allí hay doscientas treinta y siete cabezas, hombres, mujeres y niños, que serán transportados a la isla de Escarpanto, desde donde yo me encargaré de conducirlos a la costa berberisca. Pero vos ya sabéis, Elizundo, pues hemos hecho a menudo operaciones de esta clase, que los turcos sólo entregan su mercancía a cambio de dinero o de papel, a condición de que una buena firma le dé un valor seguro. Así pues, vengo a pediros vuestra firma y cuento con que se la daréis de buen grado a Skopelo cuando os traiga las órdenes de pago preparadas. No habrá ninguna dificultad, ¿verdad que no?
El banquero no respondió, pero su silencio no podía ser sino el otorgamiento de lo que el capitán pedía. Por otra parte, había precedentes que lo comprometían.
-Tengo que añadir -prosiguió negligentemente Nicolas Starkos- que no será un mal negocio. Las operaciones otomanas están tomando un mal cariz en Grecia. La batalla de Navarino tendrá funestas consecuencias para los turcos, pues las potencias europeas se están metiendo por en medio. Si se ven obligados a renunciar a la lucha, se acabaron los prisioneros, las ventas

y los beneficios. Por eso, estos últimos convoyes que nos entregan, todavía en buenas condiciones, encontrarán compradores a precios altos en las costas de África. De manera que nosotros sacaremos nuestro provecho de este negocio y, en consecuencia, vos el vuestro. ¿Puedo contar con vuestra firma?

-Os descontaré las letras -respondió Elizundo-; no tendré que daros mi firma.

-Como queráis, Elizundo -respondió el capitán-, pero nosotros nos habríamos contentado con vuestra firma. ¡No vacilabais en darla otras veces!

-Hoy no es como otras veces -dijo Elizundo-. ¡Ahora tengo ideas diferentes sobre todo eso!

-¡Ah! ¿De veras? -exclamó el capitán-. ¡Como gustéis, pues! ¿Pero entonces es verdad, como he oído decir, que pretendéis retiraros de los negocios?

-¡Sí, Nicolas Starkos! -respondió el banquero con voz más firme-. Y, por lo que a vos respecta, ésta es la última operación que haremos juntos... ¡Ya que os empeñáis en que la haga yo!

-¡Me empeño, Elizundo! -respondió Nicolas Starkos en tono seco.

Luego se levantó y dio algunas vueltas por el gabinete, sin dejar de envolver al banquero en una mirada poco agradable. Plantándose de nuevo frente a él, dijo en tono burlón:

-¿Así pues, maestro Elizundo, sois muy rico, ya que pensáis en retiraros de los negocios?

El banquero no respondió.

-Y bien -prosiguió el capitán-, ¿qué haréis con todos esos millones que habéis ganado? ¡No os los llevaréis al otro mundo! ¡Sería un poco molesto para el último viaje! Cuando os hayáis ido, ¿a quién irán a parar?

Elizundo persistió en guardar silencio.

-¡Irán a vuestra hija -continuó Nicolas Starkos-, la bella Hadjine Elizundo! ¡Ella heredará la fortuna de su padre! ¿Qué puede haber más justo? Pero ¿qué hará con esa fortuna? ¿Sola en la vida, a cargo de tantos millones?

El banquero se puso de pie, no sin cierto esfuerzo, y, rápidamente, como un hombre que hace una confesión cuyo peso lo ahoga, dijo:

-¡Mi hija no estará sola!

-¿La casaréis? -respondió el capitán-. ¿Y

con quién, si sois tan amable? ¿Qué hombre querrá a Hadjine Elizundo cuando sepa de dónde viene en gran parte la fortuna de su padre? Y, añadiría, cuando ella misma lo sepa, ¿a quién osaría dar su mano Hadjine Elizundo?
-¿Cómo podría saberlo ella? -dijo el banquero-. Hasta ahora lo ignora y ¿quién se lo dirá?
-¡Yo, si hace falta!
-¿Vos?
-¡Yo! Escuchad, Elizundo, y tened en cuenta mis palabras -respondió el capitán de la Karysta con calculada desvergüenza-, porque no volveré sobre lo que voy a deciros. Habéis ganado esa enorme fortuna sobre todo gracias a mí, a las operaciones que hemos hecho juntos y en las cuales yo arriesgaba mi cabeza. ¡Traficando con cargamentos robados y con prisioneros comprados y vendidos durante la guerra de la Independencia es como habéis llenado vuestra caja con esas ganancias, cuya suma asciende a millones! Pues bien, lo justo es que esos millones vengan a parar a mis manos. Yo no tengo prejuicios. ¡Vos lo sabéis, además! ¡No os preguntaré cuál es el origen de vuestra fortuna! Cuando la guerra termine, también yo me retiraré de los negocios. Pero tampoco deseo estar solo en la vida y quiero, entendedme bien, quiero que Hadjine Elizundo se convierta en la mujer de Nicolas Starkos.
El banquero se dejó caer de nuevo en su butaca. Sabía muy bien que estaba en las manos de aquel hombre, su cómplice desde hacía tanto tiempo. Sabía que el capitán de la Karysta no retrocedería ante nada para conseguir su objetivo. No dudaba de que, si era necesario, era hombre capaz de contarlo todo acerca del pasado de la casa de banca. Para responder negativamente a la demanda de Nicolas Starkos, a riesgo de provocar un estallido, a Elizundo sólo le quedaba una cosa por decir y, no sin cierta vacilación, la dijo:
-¡Mi hija no puede ser vuestra mujer, Nicolas Starkos, porque ha de ser la mujer de otro!
-¡De otro! -exclamó Nicolas Starkos-. ¡Verdaderamente, he llegado a tiempo! ¡Ah! ¿La hija del banquero Elizundo se casa?...
-¡Dentro de cinco días!
-¿Y con quién se casa?... -preguntó el

capitán, cuya voz se estremecía de cólera.
-Con un oficial francés.
-¡Un oficial francés! ¿Sin duda, uno de los filohelenos que han venido en socorro de Grecia?
-¡Sí!
-¿Y se llama?...
-Es el capitán Henry d'Albaret:
-Bien, maestro Elizundo -prosiguió Nicolas Starkos, que se acercó al banquero y le habló mirándole a los ojos-, os lo repito, cuando el capitán Henry d'Albaret sepa quién sois, ya no querrá saber nada de vuestra hija, y cuando vuestra hija sepa la fuente de la fortuna de su padre, ya no podrá ni siquiera pensar en ser la mujer de ese capitán Henry d'Albaret. De manera que si no rompéis ese matrimonio hoy mismo, mañana se romperá por sí solo, ¡porque mañana los dos prometidos lo sabrán todo!... ¡Sí!... ¡Sí!... ¡Por todos los diablos, lo sabrán!
El banquero se levantó de nuevo. Miró fijamente al capitán de la Karysta y entonces, con un acento de sesperación, que no daba lugar a error, dijo:
-¡Está bien!... ¡Me mataré, Nicolas Starkos, y ya no seré una vergüenza para mi hija!
-¡Sí -respondió el capitán-, lo seréis en el futuro como lo sois en el presente, y vuestra muerte no borrará jamás que Elizundo ha sido el banquero de los piratas del Archipiélago!
Elizundo cayó de nuevo, abrumado, y no pudo responder nada. El capitán añadió:
-¡Y ésa es la razón por la cual Hadjine Elizundo no será la mujer de ese Henry d'Albaret, la razón por la cual será, lo quiera ella o no, la mujer de Nicolas Starkos!
Durante otra media hora, la conversación se prolongó en súplicas por parte d e uno y amenazas por parte del otro. Ciertamente, si Nicolas Starkos se imponía a sí mismo a la hija de Elizundo, no era por amor, no. Se trataba tan sólo de los millones cuya completa posesión deseaba, y ningún argumento lo haría ceder.
Hadjine Elizundo no sabía nada de aquella carta que había llegado anunciando la llegada del capitán de la Karysta; pero, desde el día en que se había recibido, le había parecido que su padre estaba más triste, más sombrío que de costumbre, como si se hallase

oprimido por alguna preocupación secreta.
Por eso, cuando Nicolas Starkos se presentó en la casa de banca, no pudo evitar sentir una inquietud aún más viva. En efecto, ella conocía a aquel personaje, pues lo había visto venir varias veces durante los últimos años de la guerra. Aunque no tenía plena conciencia de ello, Nicolas Starkos siempre le había inspirado repulsión. Al parecer, la miraba de una forma que le desagradaba, a pesar de que nunca le había dirigido más que palabras insignificantes, como hubiera podido hacerlo uno de los clientes habituales del despacho. Pero la joven no había dejado de observar que, después de las visitas del capitán de la Karysta, su padre era siempre, y durante algún tiempo, presa de una especie de postración, mezclada con espanto. De ahí su antipatía, que nada justificaba, al menos hasta entonces, contra Nicolas Starkos.
Hadjine Elizundo no le había hablado todavía de aquel hombre a Henry d'Albaret. El lazo que lo unía a la casa de banca no podía ser más que un vínculo comercial, y, en sus encuentros, nunca habían tratado de los negocios de Elizundo, cuya naturaleza ella, por otra parte, ignoraba. Así pues, el joven oficial no sabía nada de la relación que existía no sólo entre el banquero y Nicolas Starkos, sino también entre ese capitán y la valiente mujer a quien había salvado la vida en el combate de Chaidari, a la que sólo conocía por el nombre de Andronika.
Al igual que Hadjine, Xaris había tenido varias veces ocasión de ver y recibir a Nicolas Starkos en el despacho de la Strada Reale. También él experimentaba en relación con Starkos el mismo sentimiento de repulsión que la muchacha. Sólo que, dada su naturaleza vigorosa y decidida, este sentimiento se traducía en él de otro modo. Si Hadjine Elizundo evitaba toda ocasión de encontrarse en presencia de aquel hombre, Xaris más bien las hubiera buscado, para «romperle las costillas», como le gustaba decir:
«Evidentemente -pensaba-, no tengo derecho a hacerlo, pero tal vez llegue ese momento. »
De todo lo cual resulta, por tanto, que la nueva visita del capitán de la Karysta al banquero Elizundo no podía agradar en absoluto ni a Xaris ni a la muchacha. Por eso, fue un alivio para ambos ver que Nicolas

Starkos, después de una conversación de la que nada había traslucido, abandonaba la casa y retomaba el camino del puerto.
Durante una hora, Elizundo permaneció encerrado en su gabinete. No se le oía ni siquiera moverse. Pero sus órdenes eran terminantes: ni su hija ni Xaris debían entrar si no habían sido llamados expresamente. Puesto que esta vez la visita había durado largo rato, su ansiedad había crecido a razón del tiempo transcurrido.
De pronto, se oyó el sonido de la campanilla de Elizundo, un tañido tímido, procedente de una mano insegura.
Xaris respondió a esta llamada, abrió la puerta, que ya no estaba cerrada por dentro, y se encontró en presencia del banquero. Elizundo estaba todavía en su sillón, medio hundido, y tenía el aspecto de un hombre que acaba de sostener una violenta lucha contra sí mismo. Levantó la cabeza, miró a Xaris, como si le costara cierto esfuerzo reconocerlo, y, pasándose la mano por la frente, dijo con voz sofocada:
-¿Hadjine?
Xaris hizo un gesto afirmativo y salió. Al cabo de un instante, la joven se encontraba ante su padre. Enseguida, sin más preámbulo, pero con los ojos bajos, éste le dijo con una voz alterada por la emoción:
-¡Hadjine, tenemos que... tenemos que renunciar al matrimonio que habíamos proyectado con el capitán Henry d'Albaret!
-¿Qué decís, padre?... -exclamó la muchacha, a quien aquel golpe imprevisto alcanzaba en lo más íntimo de su corazón.
-¡Es preciso, Hadjine! -repitió Elizundo.
-Padre, ¿me diréis por qué os desdecís de vuestra palabra, la que nos disteis a él y a mí? -preguntó la joven-. No tengo por costumbre discutir vuestros deseos, vos lo sabéis, y esta vez no los discutiré tampoco, cualesquiera que sean... Pero, en fin, ¿me diréis por qué razón debo renunciar a casarme con Henry d'Albaret?
-Porqué es necesario, Hadjine... ¡Es necesario que seas la mujer de otro! -murmuró Elizundo.
Aunque había hablado muy bajo, su hija lo oyó.
-¡Otro! -dijo, conmocionada por este segundo golpe, de modo no menos cruel que por el primero-. ¿Y ese otro?...
-¡Es el capitán Starkos!

-¡Ese hombre!... ¡Ese hombre!
Aquellas palabras escaparon involuntariamente de los labios de Hadjine, que tuvo que apoyarse en la mesa para no caer.
Luego, en un último movimiento de rebeldía provocado por aquella resolución, dijo:
-¡Padre, en esa orden que me dais, a pesar vuestro tal vez, hay algo que no puedo explicarme! ¡Hay un secreto que vaciláis en decirme!
-¡No me preguntes nada! -exclamó Elizundo-. ¡Nada!
-¿Nada?... ¡Padre!... ¡Está bien!... ¡Así será! ¡Pero si, para obedeceros, puedo renunciar a ser la mujer de Henry d'Albaret... aunque ello me cause la muerte... no puedo casarme con Nicolas Starkos!... ¡Vos no lo querríais!
-¡Es necesario, Hadjine! -repitió Elizundo.
-¡Está en juego mi felicidad! -exclamó la joven.
-¡Y mi honor!
-¿El honor de Elizundo puede depender de otro que no sea él mismo? -preguntó Hadjine.
-¡Sí!... ¡De otro!... ¡Y ese otro... es Nicolas Starkos!
Dicho esto, el banquero se levantó, con la mirada perdida y el rostro contraído, como si fuera a darle una congestión.
Frente a este espectáculo, Hadjine recuperó toda su energía. Y, verdaderamente, le hizo falta para, al tiempo que se retiraba, decir:
-¡Está bien, padre!... ¡Os obedeceré!
Su vida estaba destrozada para siempre, pero había comprendido que en las relaciones entre el banquero y el capitán de la Karysta había algún secreto espantoso. ¡Había comprendido que el anciano estaba en las manos de aquel personaje odioso!... ¡Se doblegó! ¡Se sacrificó!... ¡El honor de su padre exigía este sacrificio!
Xaris acogió entre sus brazos a la joven, casi desfalleciente. La llevó a su habitación. Allí supo por ella todo lo que había pasado, a qué renuncia había consentido... Y a consecuencia de ello, ¡cómo se redobló en él el odio contra Nicolas Starkos!
Una hora más tarde, según su costumbre, Henry d'Albaret se presentaba en la casa de banca. Una de las sirvientas le contestó que Hadjine Elizundo no podía recibirlo. Pidió ver

al banquero... El banquero no podía atenderlo. Pidió hablar con Xaris... Xaris no estaba en el despacho.

Henry d'Albaret regresó al hotel, extremadamente inquieto. Nunca le habían dado semejantes respuestas. Resolvió volver por la noche y esperó en medio de una profunda ansiedad.

A las seis, le enviaron una carta al hotel. Miró la dirección y reconoció en ella la mano del propio Elizundo. Aquella carta no contenía más que estas líneas:

Se ruega al señor Henry d'Albaret que considere anulados los proyectos de unión previstos entre él y la hija del banquero Elizundo. Por razones que le son totalmente ajenas, ese matrimonio no puede tener lugar y el señor Henry d'Albaret será tan amable de suspender sus visitas a la casa de banca.

ELIZUNDO

Al principio, el joven oficial no comprendió nada de lo que acababa de leer. Después releyó la carta... Se sintió aterrado. ¿Qué había sucedido en casa de Elizundo? ¿Por qué aquel cambio repentino? ¡La víspera, había abandonado aquella casa y en ella todavía se hacían los preparativos de la boda! ¡El banquero había estado con él como estaba siempre! ¡Y en cuanto a la muchacha, nada indicaba que sus sentimientos respecto a él hubiesen cambiado!

«¡Y además, la carta no está firmada por Hadjine! -se repetía-. ¡Está firmada por Elizundo!... ¡No! ¡Hadjine no lo sabe, no sabe lo que me escribe su padre!... ¡Ha cambiado sus planes sin que ella lo sepa!... ¿Por qué?... No he dado ningún motivo que haya podido... ¡Debo saber cuál es el obstáculo que se interpone entre Hadjine y yo!»

Y puesto que ya no podía ser recibido en la casa del banquero, le escribió «teniendo todo el derecho -decía- a conocer las razones por las que se rompía aquel matrimonio la víspera de su celebración».

Su carta quedó sin respuesta. Escribió otra, y otras dos: idéntico silencio.

Se dirigió entonces a Hadjine Elizundo. ¡Le suplicaba, en nombre de su amor, que le contestase, aunque tuviese que hacerlo rehusando volver a verlo nunca!... No obtuvo respuesta.

Es probable que su carta no llegara hasta la muchacha. Henry d'Albaret, al menos, así lo creyó. Conocía suficientemente su carácter

como para estar seguro de que le habría contestado.
Entonces, el joven oficial, desesperado, intentó ver a Xaris. Ya no abandonó la Strada Reale. Deambuló durante horas enteras alrededor de la casa de banca. Fue inútil. Xaris, obedeciendo quizá las órdenes del banquero, tal vez por ruego de Hadjine, ya no salía.
Así transcurrieron, en vanas diligencias, los días 24 y 25 de octubre. En medio de indecibles angustias, Henry d'Albaret creía haber alcanzado el límite máximo del sufrimiento. Se equivocaba.
En efecto, el día 26 se difundió una noticia que iba a golpearlo de manera aún más terrible.
¡No sólo su matrimonio con Hadjine Elizundo se había roto -ruptura que a la sazón era conocida ya en toda la ciudad-, sino que además Hadjine Elizundo iba a casarse con otro!
Henry d'Albaret se quedó anonadado al enterarse de esta noticia. ¡Otro hombre sería el marido de Hadjine!
-¡Voy a saber quién es ese hombre! -exclamó-. ¡Sea quien sea, lo conoceré!... ¡Llegaré hasta él!... Le hablaré... ¡Y tendrá que responderme!
El joven oficial no iba a tardar en enterarse de quién era su rival. En efecto, lo vio entrar en la casa de banca; lo siguió cuando salió de allí; lo espió hasta el puerto, donde lo esperaba su bote al pie de la escollera, y lo vio regresar a la sacoleva, anclada a una distancia de medio cable mar adentro.
Era Nicolas Starkos, el capitán de la Karysta.
Esto sucedía el 27 de octubre. De las informaciones precisas que Henry d'Albaret pudo obtener se deducía que el matrimonio de Nicolas Starkos y Hadjine Elizundo estaba muy próximo, pues los preparativos se llevaban a cabo de forma apresurada. La ceremonia religiosa había sido encargada en la iglesia de San Espiridión para el 30 de aquel mes, es decir, la misma fecha que había sido fijada anteriormente para el matrimonio de Henry d'Albaret. ¡Sólo que el novio ya no sería él! ¡Sería aquel capitán, que venía de no se sabe dónde para ir adonde nadie sabía!
Henry d'Albaret, presa de un furor que ya no podía dominar, estaba decidido a provocar

a Nicolas Starkos, a ir a buscarlo hasta el pie del altar. ¡Si no lo mataba, Starkos lo mataría a él, pero, por lo menos, habría terminado con aquella situación intolerable!

En vano se repetía que, si aquel matrimonio se celebraba, era con el asentimiento de Elizundo. En vano se decía que el que disponía de la mano de Hadjine era su padre.

«¡Sí, pero es contra su voluntad!... ¡Se ve obligada a entregarse a ese hombre!... ¡Se sacrifica!»

Durante la jornada del 28 de octubre, Henry d'Albaret trató de encontrar a Nicolas Starkos. Lo acechó en el desembarcadero, lo acechó a la entrada del despacho, pero fue en vano. Y, en dos días, aquel odioso matrimonio se habría realizado, dos días durante los cuales el joven oficial lo intentó todo para llegar hasta la joven o para encontrarse frente a Nicolas Starkos.

Pero, el día 29, hacia las seis de la tarde, se produjo un hecho inesperado que iba a precipitar el desenlace de aquella situación.

A primera hora de la tarde, se difundió el rumor de que el banquero acababa de sufrir una congestión cerebral.

Y, en efecto, dos horas más tarde, Elizundo estaba muerto.

VIII

¡Veinte millones en juego!

Nadie hubiese podido prever todavía cuáles serían las consecuencias de aquel acontecimiento. Henry d'Albaret, en cuanto lo supo, pensó, naturalmente, que tales consecuencias no podrían serle sino favorables. En todo caso, el matrimonio de Hadjine Elizundo sería aplazado. Aunque la muchacha debía de estar afectada por un dolor profundo, el joven oficial no dudó en presentarse en la casa de la Strada Reale, pero no pudo ver ni a Hadjine ni a Xaris. No le restaba, pues, sino esperar.

«¡Si, casándose con el capitán Starkos -pensaba-, Hadjine se sacrificaba a la voluntad de su padre, ese matrimonio no se celebrará ahora que su padre ya no existe! »

Era un razonamiento justo. Y era natural deducir que si las posibilidades de Henry d'Albaret se habían acrecentado, las de Nicolas Starkos habían disminuido.

A nadie extrañará, pues, que, al día siguiente, tuviese lugar a bordo de la

sacoleva una conversación sobre este tema, provocado por Skopelo, entre su capitán y él. Había sido el segundo de la Karysta quien, al regresar a bordo hacia las diez de la mañana, había llevado la noticia de la muerte de Elizundo, noticia que provocaba un gran revuelo en la ciudad.

Era de esperar que Nicolas Starkos, al escuchar las primeras palabras que le dijo Skopelo, se abandonase a algún arrebato de cólera. No fue así en absoluto. El capitán sabía dominarse y no le gustaba despotricar contra los hechos consumados.

-¡Ah! ¿Elizundo está muerto? -dijo simplemente.

-¡Sí!... ¡Está muerto!

-¿Acaso se habrá matado? -añadió Nicolas Starkos a media voz, como si hablase consigo mismo.

-¡No, no! -respondió Skopelo, que había oído la reflexión del capitán-. Los médicos han comprobado que el banquero Elizundo ha muerto de una congestión...

-¿Fulminado?

-Más o menos. ¡Perdió inmediatamente el conocimiento y no pudo pronunciar una sola palabra antes de morir!

-¡Tanto da que haya sido así, Skopelo!

-Sin duda, capitán, sobre todo si el asunto de Arcadia estaba ya terminado...

-Totalmente -respondió Nicolas Starkos-. Las letras nos han sido descontadas y ahora podrás recoger el convoy de prisioneros pagándolo al contado.

-¡Vaya! ¡Por todos los diablos! ¡Ya era hora! -exclamó el segundo-. Pero si esta operación está acabada, ¿qué pasa con la otra?

-¿La otra?... -respondió tranquilamente Nicolas Starkos-. ¡Bueno, la otra acabará como tenía que acabar! ¡No veo que la situación haya cambiado! ¡Hadjine Elizundo obedecerá a su padre muerto, como hubiese obedecido a su padre vivo, y por las mismas razones!

-Así pues, capitán -prosiguió Skopelo-, ¿no tenéis intención de abandonar la partida?

-¡Abandonarla! -exclamó Nicolas Starkos con un tono que indicaba su firme voluntad de superar todos los obstáculos-. Dime, Skopelo, ¿crees tú que habrá un hombre en el mundo, uno solo, que consienta en cerrar la mano, cuando sólo tiene que abrirla para que caigan en ella veinte millones?

-¡Veinte millones! -repitió Skopelo, que sonreía meneando la cabeza-. ¡Sí! ¡Más o menos en veinte millones había yo estimado la fortuna de nuestro viejo amigo Elizundo!
-Fortuna limpia, clara, en buenos valores -prosiguió Nicolas Starkos- y cuya realización podrá hacerse sin tardanza...
-En cuanto seáis su propietario, capitán, porque ahora toda esa fortuna pasará a manos de la bella Hadjine...
-¡Quien, a su vez, pasará a mis manos! ¡No temas, Skopelo! Con una sola palabra, puedo destruir el honor del banquero y, tanto después de su muerte como antes, su hija valorará más ese honor que su fortuna. Pero yo no diré nada, ¡no tendré nada que decir! ¡La presión que ejercía sobre su padre, la ejerceré sobre ella! Y estará más que contenta de aportar esos veinte millones como dote para Nicolas Starkos. ¡Si lo dudas, Skopelo, es que no conoces al capitán de la Karysta!
Nicolas Starkos hablaba con tal seguridad, que su segundo, aunque poco dado a hacerse ilusiones, recuperó la convicción de que el suceso de la víspera no impediría que el negocio se llevase a cabo. Habría tan sólo un retraso, eso era todo.
La única cuestión que preocupaba a Skopelo e incluso a Nicolas Starkos, aunque éste no quisiese reconocerlo, era cuánto duraría ese retraso. No dejó de asistir, al día siguiente, a las exequias del rico banquero, que se celebraron muy sencillamente y no reunieron más que un pequeño número de personas. Allí se encontró con Henry d'Albaret; pero entre ellos no hubo más que algunas miradas cruzadas, sólo eso.
Durante los cinco días que siguieron a la muerte de Elizundo, el capitán de la Karysta intentó en vano llegar hasta la muchacha. La puerta del despacho estaba cerrada para todo el mundo. Parecía que la casa de banca hubiese muerto con el banquero.
Por lo demás, Henry d'Albaret no fue más afortunado que Nicolas Starkos. No pudo comunicarse con Hadjine ni a través de una visita ni por carta. Era para preguntarse si la joven no habría abandonado Corfú bajo la protección de Xaris, que no aparecía por ninguna parte.
No obstante, el capitán de la Karysta, lejos de abandonar sus proyectos, repetía que su realización sólo se había retrasado. Gracias a

él, gracias a las maniobras de Skopelo, a los rumores que éste difundía intencionadamente, nadie dudaba del matrimonio de Nicolas Starkos y Hadjine Elizundo. Había que esperar tan sólo a que el primer período de duelo hubiese transcurrido y quizá también a que la situación financiera de la casa hubiese sido regularizada.

En cuanto a la fortuna que dejaba el banquero, se sabía que era enorme. Engrandecida, naturalmente, por las habladurías del barrio y los rumores de la ciudad, que ya la habían quintuplicado. ¡Sí! ¡Se afirmaba que Elizundo dejaba no menos de un centenar de millones! ¡Y qué heredera, la joven Hadjine, y qué hombre afortunado, aquel Nicolas Starkos, al cual estaba prometida su mano! No se hablaba de otra cosa en Corfú, en sus dos arrabales y hasta en las últimas aldeas de la isla. Por eso los papanatas afluían a la Strada Reale. A falta de algo mejor, querían por lo menos contemplar aquella casa famosa, en la cual había entrado tanto dinero y donde tanto debía de quedar, pues muy poco había salido.

La verdad es que aquella fortuna era enorme. Ascendía a casi veinte millones y, como había dicho Nicolas Starkos a Skopelo en su última conversación, se trataba de una fortuna en valores fácilmente realizables, no en propiedades inmobiliarias.

Esto fue lo que comprobó Hadjine Elizundo, y lo que Xaris comprobó con ella, durante los primeros días que siguieron a la muerte del banquero. Pero también se vieron obligados a comprobar los medios por los que aquella fortuna había sido ganada. En efecto, Xaris estaba suficientemente acostumbrado a los negocios de banca para darse cuenta de lo que había pasado en el despacho en cuanto tuvo a su disposición los libros y los papeles. Elizundo tenía, sin duda, la intención de destruirlos más tarde, pero la muerte lo había sorprendido. Estaban allí. Hablaban por sí mismos.

¡Ahora Hadjine y Xaris sabían perfectamente de dónde venían aquellos millones! ¡Ya nadie tenía que decirles sobre cuántos tráficos odiosos, sobre cuántas miserias descansaba toda aquella riqueza! ¡Ése era, pues, el cómo y el porqué de que Nicolas Starkos tuviese en su poder a Elizundo! ¡Era su cómplice! ¡Podía deshonrarlo con una palabra! ¡Luego, si le convenía desaparecer,

habría sido imposible encontrar su pista! ¡Y era por su silencio por lo que hacía pagar al padre arrancándole la hija!
-¡Miserable!... ¡Miserable! -exclamó Xaris.
-¡Cállate! -respondía Hadjine.
Y él se callaba, porque sentía que sus palabras llegaban más allá de Nicolas Starkos.
Sin embargo, aquella situación no podía tardar en resolverse. Era necesario, por otra parte, que Hadjine Elizundo tomara la responsabilidad de precipitar ese desenlace en interés de todos.
El sexto día después de la muerte de Elizundo, hacia las siete de la tarde, se rogaba a Nicolas Starkos, a quien Xaris esperaba en la escalera del muelle, que acudiese inmediatamente a la casa de banca. Decir que este mensaje fue dado en un tono amable, sería ir demasiado lejos. El tono de Xaris no era precisamente dulce cuando abordó al capitán de la Karysta. Pero éste no era hombre que se dejase inquietar por tan poco, y siguió a Xaris hasta el despacho, donde fue inmediatamente introducido.
Para los vecinos, que vieron entrar a Nicolas Starkos en aquella casa, tan obstinadamente cerrada hasta entonces, ya no cabía duda de que era él quien tenía todas las probabilidades a su favor.
Nicolas Starkos encontró a Hadjine Elizundo en el gabinete de su padre. Estaba sentada delante del escritorio, sobre el cual se veía un gran número de papeles, documentos y libros. El capitán comprendió que la joven debía de haberse puesto al corriente de los negocios de la casa, y no se equivocaba. Pero, ¿conocía las relaciones que el banquero había mantenido con los piratas del Archipiélago? Eso era lo que se preguntaba.
Al entrar el capitán, Hadjine Elizundo se levantó -lo cual la dispensaba de ofrecerle que se sentase- e hizo una señal a Xaris para que los dejara solos. Estaba vestida de luto. Su fisonomía grave, sus ojos fatigados a causa del insomnio, indicaban, en toda su persona, un gran cansancio físico, pero ningún abatimiento moral. -En aquella conversación, que iba a tener tan graves consecuencias para todos los implicados en ella, la calma no debía abandonarla ni un solo instante.
-Aquí me tenéis, Hadjine Elizundo -dijo el

capitán-, y estoy a vuestras órdenes. ¿Por qué me habéis hecho llamar?
-Por dos motivos, Nicolas Starkos -respondió la joven, que quería ir directa al grano-. En primer lugar, tengo que deciros que ese compromiso matrimonial entre nosotros, que mi padre me imponía, vos los sabéis bien, debe ser considerado como roto.
-Y yo -replicó fríamente Nicolas Starkosme limitaré a responder que, si Hadjine Elizundo habla de ese modo, tal vez es que no ha reflexionado acerca de las consecuencias de sus palabras.
-He reflexionado -respondió la joven- y comprenderéis que mi resolución ha de ser irrevocable, ya que no me queda nada por saber acerca de la naturaleza de los negocios que la casa Elizundo ha hecho con vos y con los vuestros, Nicolas Starkos.
Con vivo desagrado el capitán de la Karysta recibió esta respuesta tan clara. Sin duda, esperaba que Hadjine Elizundo le notificara su rechazo en términos categóricos, pero contaba también con doblegar su resistencia haciéndole saber lo que había sido su padre y qué relaciones lo unían a él. Y resultaba que ella lo sabía todo. Aquélla era, pues, un arma, la mejor tal vez, que se quebraba en su mano. De todos modos, no se sintió desarmado, y prosiguió con un tono algo irónico:
-Así que conocéis los negocios de la casa Elizundo, ¿y conociéndolos mantenéis vuestras palabras?
-¡Las mantengo, Nicolas Starkos, y las mantendré siempre, porque es mi deber mantenerlas!
-Debo, pues, creer -respondió Nicolas Starkos- que el capitán Henry d'Albaret...
-¡No mezcléis el nombre de Henry d'Albaret en todo esto!
Luego, más dueña de sí misma y para evitar cualquier provocación que pudiera producirse, añadió:
-¡Vos sabéis bien, Nicolas Starkos, que el capitán D'Albaret nunca consentirá en unirse con la hija del banquero Elizundo!
-¡Es un hombre exigente!
-¡Es un hombre honrado!
-¿Y por qué?
-¡Porque nadie se casa con una heredera cuyo padre ha sido el banquero de los piratas! ¡No! ¡Un hombre honesto no puede aceptar una fortuna adquirida de un modo

infame!
-Pero -prosiguió Nicolas Starkos- me parece que hablamos de cosas absolutamente ajenas al asunto que hay que resolver.
-¡Este asunto está resuelto!
-Permitidme que os haga observar que era con el capitán Starkos, y no con el capitán D'Albaret, con quien Hadjine Elizundo debía casarse. ¡La muerte de su padre no debe de haber cambiado sus intenciones más de lo que ha cambiado las mías!
-Obedecía a mi padre -respondió Hadjine-, le obedecía sin saber nada de los motivos que lo obligaban a sacrificarme. ¡Ahora sé que salvaba su honor obedeciéndole!
-Y bien, si lo sabéis... -respondió Nicolas Starkos.
-Sé -prosiguió Hadjine interrumpiéndole-, sé que fuisteis vos, su cómplice, quien lo arrastró a esos negocios odiosos, vos quien ha hecho entrar esos millones en esta casa de banca, antes honorable. Sé que habéis debido de amenazarlo con revelar públicamente su infamia, si rehusaba daros a su hija. ¿De verdad alguna vez habéis podido creer, Nicolas Starkos, que consintiendo en desposaros hacía otra cosa que obedecer a mi padre?
-Está bien, Hadjine Elizundo, ya no me queda nada de lo que informaros. Pero si estabais preocupada por el honor de vuestro padre durante su vida, debéis estarlo del mismo modo después de su muerte y, por poco que persistáis en no mantener vuestro compromiso conmigo...
-¡Lo diréis todo, Nicolas Starkos! -exclamó la joven con tal expresión de disgusto y desprecio que un ligero rubor apareció en la frente del desvergonzado personaje.
-¡Sí... todo! -replicó.
-¡No lo haréis, Nicolas Starkos!
-¿Y por qué?
-¡Sería acusaros vos mismo!
-¡Acusarme, Hadjine Elizundo! ¿Pensáis acaso que esos negocios han sido hechos bajo mi nombre? ¿Imagináis que es Nicolas Starkos quien recorre el Archipiélago y trafica con prisioneros de guerra? ¡No! ¡Hablando, no me comprometería! ¡Y si vos me forzáis, hablaré!
La muchacha miró al capitán a la cara. Sus ojos, que tenían toda la audacia de la honestidad, no se apartaron de los de él, a pesar de lo espantosos que eran.

-Nicolas Starkos -prosiguió-, podría desarmaros con una palabra, pues no es ni por simpatía ni por amor hacia mí por lo que habéis exigido este matrimonio! ¡Es simplemente para convertiros en el dueño de la fortuna de mi padre! ¡Sí! Podría deciros: ¡Lo único que queréis son esos millones!... ¡Pues bien, aquí están!... ¡Tomadlos!... ¡Y que no vuelva a veros jamás!... ¡Pero no diré tal cosa, Nicolas Starkos!... Esos millones, que yo heredo..., no los tendréis... ¡Me los quedaré yo!... ¡Y haré de ellos el uso que me convenga!... ¡No! ¡No los tendréis!... ¡Y, ahora, salid de esta habitación!... ¡Salid de esta casa!... ¡Fuera!
Hadjine Elizundo, con el brazo extendido y la cabeza alta, parecía entonces maldecir al capitán, como Andronika lo había maldecido, algunas semanas antes, desde el umbral de la casa paterna. Pero si aquel día Nicolas Starkos había retrocedido ante el gesto de su madre, esta vez caminó resueltamente hacia la muchacha:
-Hadjine Elizundo -dijo en voz baja-. ¡Sí! ¡Necesito esos millones!... ¡De una forma u otra, los necesito... y los tendré!
-¡No!... ¡Antes los destruiré! ¡Antes los tiraré a las aguas del golfo! -respondió Hadjine.
-¡Os digo que los tendré!... ¡Los quiero!
Nicolas Starkos había agarrado a la joven por el brazo. La cólera lo ofuscaba. Ya no era dueño de sí mismo.
Su mirada se nublaba. ¡Habría sido capaz de matarla!
Hadjine Elizundo vio todo eso en un instante. ¡Morir! ¡Qué le importaba ahora! La muerte no la hubiese aterrorizado. Pero la enérgica joven había dispuesto para sí misma algo muy diferente... Se había condenado a vivir.
-¡Xaris! -gritó.
La puerta se abrió. Apareció Xaris. -¡Xaris, echa a este hombre!
Nicolas Starkos no había tenido tiempo de volverse y ya estaba sujeto por dos brazos de hierro. Le faltó la respiración. Quiso hablar, gritar... No lo consiguió, como tampoco consiguió liberarse de aquella horrible presión. Luego, todo magullado, medio ahogado, incapacitado para rugir..., fue dejado en la puerta de la casa.
Allí, Xaris sólo pronunció estas palabras:
-No os mato, porque ella no me ha dicho

que os mate. ¡Cuando me lo diga, lo haré!
Y volvió a cerrar la puerta.
A esa hora, la calle estaba ya desierta.
Nadie había podido ver lo que acababa de pasar, es decir, que Nicolas Starkos acababa de ser expulsado de la casa del banquero Elizundo. Pero lo habían visto entrar en ella y eso bastaba. Así pues, cuando Henry d'Albaret se enteró de que su rival había sido recibido allí donde a él se le negaba la entrada, tuvo que pensar, como todo el mundo, que el capitán de la Karysta seguía estando en relación con la muchacha, en condición de prometido.
¡Qué golpe fue para él! Nicolas Starkos, admitido en aquella casa de la que él se veía excluido por una consigna despiadada. Al principio sintió la tentación de maldecir a Hadjine, ¿y quién no lo hubiera hecho en su lugar? Pero consiguió dominarse, el amor venció a la cólera y, aunque las apariencias estuviesen contra la muchacha, exclamó:
-¡No! ¡No!... ¡Eso no es posible!... ¡Ella... de ese hombre!... ¡No puede ser! ¡No es así!
Entretanto, a pesar de las amenazas que había hecho a Hadjine Elizundo, Nicolas Starkos, después de haber reflexionado, había decidido callarse. Resolvió no revelar nada acerca de aquel secreto que pesaba sobre la vida del banquero. Aquello le dejaba en completa libertad para actuar, y siempre habría tiempo de hacerlo, más tarde, si las circunstancias lo exigían.
Esto fue lo que convinieron Skopelo y él.
No ocultó nada al segundo de la Karysta acerca de lo que había pasado durante su visita a Hadjine Elizundo. Skopelo aprobó su decisión de no decir nada y de reservarse, todo y observando que las cosas no tomaban en absoluto un cariz favorable a sus proyectos. Lo que lo inquietaba, sobre todo, era que la heredera no quisiese comprar su discreción dándoles la herencia. ¿Por qué? Verdaderamente, no comprendía nada.
Durante los días siguientes, hasta el 12 de noviembre, Nicolas Starkos no abandonó su barco, ni siquiera una hora. Buscaba y combinaba los diversos medios que podrían llevarlo a conseguir su objetivo. Además, contaba también con la buena suerte, que siempre lo había servido durante el curso de su abominable existencia... Esta vez, se equivocaba al contar con ella.
Por su parte, Henry d'Albaret no vivía

menos apartado. No había creído oportuno renovar sus tentativas de ver a la joven. Pero no desesperaba.

El día 12, por la noche, le llevaron una carta a su hotel.

Aquella carta no contenía más que unas líneas, escritas por la mano de la muchacha. He aquí lo que decía:

Henry,

La muerte de mi padre me ha devuelto la libertad, pero debéis renunciar a mí. Nunca seré de Nicolas Starkos, ¡un miserable!, pero tampoco puedo ser vuestra. La hija del banquero Elizundo no es digna de vos. ¡Un hombre honrado! ¡Perdón y adiós!

HADJINE ELIZUNDO

Al recibir esta carta, Henry d'Albaret, sin detenerse a reflexionar, corrió a la casa de la Strada Reale...

La casa estaba cerrada, abandonada, desierta, como si Hadjine Elizundo la hubiese dejado con su fiel Xaris para no volver a ella jamás.

IX

El Archipiélago en llamas

La isla de Scio, llamada generalmente Chio desde esa época, está situada en el mar Egeo, al oeste del golfo de Esmirna, cerca del litoral de Asia Menor. Con Lesbos al norte y Samos al sur, pertenece al grupo de las Espóradas, situado al este del Archipiélago. Se extiende sobre una superficie que alcanza cuarenta leguas de perímetro. El monte Pelineo, ahora monte Elías, que la domina, se eleva a una altura de dos mil quinientos pies por encima del nivel del mar.

De las principales ciudades que encierra esta isla, Voliso, Pitys, Delphinio, Leuconia, Caucasa, Scio, la capital, es la más importante. Allí fue donde, el 30 de octubre de 1827, el coronel Fabvier desembarcó un pequeño cuerpo expedicionario, cuyos efectivos se elevaban a setecientos regulares, doscientos jinetes y mil quinientos irregulares a sueldo de los sciotas, con un material que comprendía diez obuses y diez cañones.

La intervención de las potencias europeas, después del combate de Navarino, todavía no había resuelto definitivamente la cuestión griega. Inglaterra, Francia y Rusia no querían dar al nuevo reino ningún territorio más allá de los límites mismos que la insurrección no había traspasado nunca. Pero esta

determinación no podía convenir al gobierno helénico. Lo que éste exigía era, junto con toda la Grecia continental, Creta y la isla de Scio, necesarias para su autonomía. Por eso, mientras que Miaulis tomaba Creta como objetivo y Ducas la tierra firme, Fabvier desembarcaba en Maurolimena, en la isla de Scio, en la fecha indicada más arriba.
Se entiende que los helenos quisiesen arrebatar a los turcos aquella isla soberbia, magnífica joya de ese rosario que son las Espóradas. Su cielo, el más puro de Asia Menor, le proporciona un clima maravilloso, sin calores extremos, sin fríos excesivos, la refresca con el soplo de una brisa moderada y hace de ella la más saludable entre todas las islas del Archipiélago. Por eso, en un himno atribuido a Homero -a quien Scio reivindica como uno de sus hijos-, el poeta la llama la «generosa». Hacia el oeste, destila vinos deliciosos que rivalizarían con las mejores cosechas de la antigüedad y una miel que puede competir con la del Himeto. Hacia el este, hace madurar naranjas y limones, cuya fama se propaga hasta Europa occidental. Hacia el sur, se cubre de diversas especies de lentiscos que producen una goma preciosa, la almáciga, tan empleada en las artes e incluso en la medicina, gran riqueza del país. En fin, en este lugar, bendecido por los dioses, crecen, junto con las higueras, las datileras, los almendros, los granados y los olivares, todos los más bellos ejemplares arbóreos de las zonas meridionales de Europa.
Así pues, el gobierno quería englobar esta isla en el nuevo reino. Y ésta es la razón por la cual el osado Fabvier, a despecho de todas las recriminaciones con las que lo habían abrumado aquellos mismos por los cuales venía a verter su sangre, se había encargado de conquistarla.
Sin embargo, durante los últimos meses de aquel año, los turcos no habían cesado en sus matanzas y razzias a través de la península helénica, y eso en la víspera del desembarco en Nauplia de Capo d'Istria. La llegada de este diplomático debía poner fin a las querellas intestinas de los griegos y concentrar el gobierno en una sola mano.
Pero, aunque Rusia hubiese de declarar la guerra al sultán seis meses después, y de ese modo contribuyera a la constitución del nuevo reino, Ibrahim tenía todavía la parte

central y las ciudades marítimas del Peloponeso. Y si bien, ocho meses más tarde, el 6 de julio de 1828, se preparaba para abandonar el país, al que había hecho tanto daño; si en septiembre del mismo año no había de quedar ni un solo egipcio en tierra griega, aquellas hordas salvajes iban a saquear Morea todavía durante algún tiempo.
De todos modos, ya que los turcos o sus aliados ocupaban ciertas ciudades del litoral, tanto en el Peloponeso como en Creta, a nadie extrañará que fuesen numerosos los piratas que recorrían los mares vecinos. Si el daño que causaban a los buques que comerciaban de una isla a otra era considerable, no era porque los comandantes de las flotillas griegas, Miaulis, Canaris, Tsamados, dejaran de perseguirlos; aquellos corsarios eran numerosos, infatigables, y ya no había ninguna seguridad a la hora de atravesar aquellos parajes. De Creta a la isla de Metelin, de Rodas a Negroponto, el Archipiélago estaba en llamas.
También, en la propia Scio, estas bandas, compuestas del desecho de todas las naciones, esquilmaban los alrededores de la isla y constituían una ayuda para el bajá, encerrado en la ciudadela, cuyo asedio iba a comenzar el coronel Fabvier en unas condiciones detestables.
Recordemos que los comerciantes de las islas Jónicas, asustados ante este estado de cosas común a todas las escalas de Levante, se habían asociado para armar una corbeta, destinada a dar caza a los piratas. Desde hacía cinco semanas, la Syphanta había abandonado Corfú, con el fin de alcanzar los mares del Archipiélago. Dos o tres combates de los que había salido bien librada, la captura de varios navíos, sospechosos con razón, no podían sino animarla a proseguir resueltamente su obra. Avistado en varias ocasiones en las aguas de Psara, Scyros, Zea, Lemnos, Paros, Santorin, el comandante Stradena cumplía su tarea con tanta osadía como buena fortuna. Sólo que, por lo visto, no había podido encontrar aún al escurridizo Sacratif, cuya aparición siempre estaba marcada por las más sangrientas catástrofes. Se oía hablar de él a menudo, no se le veía nunca.
Pues bien, hacía quince días como mucho, hacia el 13 de noviembre, la Syphanta había sido vista en los alrededores de Scio. En esa

fecha, el mismo puerto de la isla recibió una de sus presas, y Fabvier hizo pronta justicia con la tripulación pirata.
Pero, desde entonces, no se tenía ninguna noticia de la corbeta. Nadie podía decir en qué parajes acosaba en ese momento a los piratas del Archipiélago. Había incluso razones para inquietarse por ella. Hasta entonces, en aquellos mares estrechos, sembrados de islas, y, en consecuencia, de puntos en los que recalar, había sido raro que transcurriesen varios días sin que su presencia fuera detectada.
En estas circunstancias, Henry d'Albaret llegó a Scio, el 27 de noviembre, ocho días después de haber abandonado Corfú. Venía a reunirse con su antiguo comandante, para continuar su campaña contra los turcos.
La desaparición de Hadjine Elizundo había sido para él un golpe terrible. ¡La joven rechazaba a Nicolas Starkos como a un miserable indigno de ella, y se negaba a entregarse a aquel que había aceptado por considerarse indigna de él! ¿Qué misterio había en todo aquello? ¿Dónde había que buscarlo? ¿En la vida de ella, tan sosegada, tan pura? ¡Evidentemente, no! ¿En la vida de su padre, tal vez? ¿Pero qué tenían en común el banquero Elizundo y el capitán Nicolas Starkos?
¿Quién hubiera podido responder a estas preguntas? La casa de banca estaba abandonada. El propio Xaras había debido de dejarla al mismo tiempo que la muchacha. Henry d'Albaret sólo podía contar consigo mismo para descubrir los secretos de la familia Elizundo.
Tuvo entonces la idea de registrar la ciudad de Corfú, y luego la isla entera. ¿Tal vez Hadjine había buscado refugio allí, en algún lugar ignorado? Hay, en efecto, un cierto número de pueblos, diseminados sobre la superficie de la isla, en los que es fácil encontrar un abrigo seguro. Para quien quiere sustraerse al mundo y hacer que lo olviden, Benizza, Santa Decca, Leucime y otros veinte ofrecen un retiro tranquilo. Henry d'Albaret se lanzó a todos los caminos, buscó hasta en las más pequeñas aldeas algún rastro de la muchacha: no encontró nada.
Entonces, un indicio le hizo suponer que Hadjine Elizundo había debido de abandonar la isla de Corfú. En efecto, en el pequeño

puerto de Alipa, en el oestenoroeste de la isla, le informaron de que un ligero speronare se había hecho a la mar recientemente, después de haber esperado a dos pasajeros por cuenta de los cuales había sido fletado secretamente.
Pero no era más que un indicio muy vago. Por otra parte, ciertas coincidencias en hechos y fechas vinieron pronto a dar al joven oficial un nuevo motivo de temor.
En efecto, cuando estuvo de regreso en Corfú, se enteró de que también la sacoleva había abandonado el puerto. Y lo que resultaba más grave era que esa partida se había efectuado el mismo día en que Hadjine. Elizundo había desaparecido. ¿Existía alguna relación entre estos dos acontecimientos? La joven, llevada a alguna trampa, al mismo tiempo que Xaris, había sido raptada por la fuerza. ¿No estaría ahora en poder del capitán de la Karysta?
Aquel pensamiento rompió el corazón de Henry d'Albaret. Pero ¿qué hacer? ¿En qué lugar del mundo podría buscar a Nicolas Starkos? ¿Quién era, en realidad, aquel aventurero? ¡La Karysta, que había venido de no se sabe dónde y partido quién sabe hacia qué lugar, podía considerarse, con toda razón, un barco sospechoso! Sin embargo, en cuanto recuperó el dominio de sí mismo, el joven oficial rechazó totalmente aquella idea. Puesto que Hadjine Elizundo se declaraba indigna de él, puesto que no quería volver a verlo, ¿qué más natural sino admitir que se había alejado voluntariamente bajo la protección de Xaris?
Y bien, si era así, Henry d'Albaret sabría encontrarla. Tal vez su patriotismo la había empujado a tomar parte en aquella lucha en la que se decidía la suerte de su país. ¿Quizá había querido poner al servicio de la guerra de la Independencia aquella enorme fortuna, de la cual podía disponer libremente? ¿Por qué no habría de haber seguido, en el mismo escenario, a Bobolina, Modena, Andronika y tantas otras, por las cuales sentía una admiración
sin límites?
De modo que Henry d'Albaret, seguro de que Hadjipe Elizundo no se encontraba ya en Corfú, se decidió a ocupar de nuevo su lugar en el cuerpo de los filohelenos. El coronel Fabvier estaba en Scio con sus regulares. Resolvió

ir a reunirse con él. Abandonó las islas Jónicas, atravesó el norte de Grecia, pasó los golfos de Patrás y de Lepanto, se embarcó en el golfo de Egina, escapó, no sin dificultades, de algunos piratas que saqueaban el mar de las Cícladas y llegó a Scio, después de una rápida travesía.
Fabvier ofreció al joven oficial una cordial acogida, prueba de la alta estima en que lo tenía. Aquel valiente soldado veía en él no sólo a un compañero de armas entregado, sino también a un amigo fiel, a quien podía confiar sus preocupaciones, que eran grandes. La indisciplina de los irregulares, que constituían una parte importante del cuerpo expedicionario, la soldada mal pagada e incluso no pagada, las dificultades suscitadas por los propios sciotas, todo eso obstaculizaba y retrasaba sus operaciones. Sin embargo, el asedio de la ciudadela de Scio había comenzado. Henry d'Albaret llegó a tiempo para tomar parte en las maniobras de aproximación. Por dos veces, las potencias aliadas exhortaron al coronel Fabvier para que cesara en los preparativos; el coronel, abiertamente apoyado por el gobierno helénico, no hizo ningún caso de estas órdenes y continuó imperturbable con su obra.
Pronto, este asedio fue convertido en una especie de bloqueo, pero cerrado de modo tan insuficiente que las provisiones y las municiones pudieron en todo momento ser recibidas por los sitiados. Sea como fuere, tal vez Fabvier habría conseguido apoderarse de la ciudadela, si su ejército, que el hambre debilitaba día a día, no se hubiese desperdigado por la isla para saquear y alimentarse. En estas circunstancias, una flota otomana, compuesta de cinco bajeles, pudo forzar el puerto de Scio y llevar a los turcos un refuerzo de dos mil quinientos hombres.
Es verdad que, poco tiempo después, Miaulis apareció con su escuadra para acudir en ayuda del coronel Fabvier, pero era demasiado tarde y tuvo que retirarse.
Con el almirante griego habían llegado algunos buques en los cuales se habían embarcado un cierto número de voluntarios, destinados a reforzar el cuerpo expedicionario de Scio.
Una mujer se había unido a ellos.
Después de haber luchado hasta el último

momento contra los soldados de Ibrahim en el Peloponeso, Andronika, que había tomado parte en el inicio de la guerra, quería también tomar parte en el final. Por eso había venido a Scio, decidida, si hacía falta, a hacerse matar en aquella isla que los griegos pretendían anexionar a su nuevo reino. Eso hubiera sido para ella como una compensación del mal que su indigno hijo había causado en aquellos mismos lugares, con ocasión de las espantosas matanzas de 1822.
En aquella época, el sultán había dictado contra Scio esta terrible sentencia: fuego, hierro, esclavitud. El bajá capitán, Kara-Alí, fue el encargado de ejecutarla y lo hizo hasta sus últimas consecuencias. Sus hordas sanguinarias desembarcaron en la isla. Los hombres por encima de los doce años y las mujeres por encima de los cuarenta fueron degollados sin piedad. Los demás, reducidos a la esclavitud, debían ser llevados a los mercados de Esmirna y de Berbería. La isla entera fue ocupada a sangre y fuego por treinta mil turcos. Veintitrés mil sciotas habían sido asesinados. Cuarenta y siete mil fueron destinados a ser vendidos.
Fue entonces cuando intervino Nicolas Starkos. Él y sus compañeros, después de haber participado en las matanzas y los saqueos, se hicieron los principales corredores de aquel tráfico, que había de entregar todo un rebaño humano a la avidez otomana. Fueron los navíos de este renegado los que sirvieron para transportar a miles de desgraciados a las costas de Asia Menor y de África. Fue a causa de estas odiosas operaciones como Nicolas Starkos había entrado en relación con el banquero Elizundo. De ahí habían salido enormes beneficios, la mayor parte de los cuales fue para el padre de Hadjine.
Pues bien, Andronika conocía de sobras la participación de Nicolas Starkos en las matanzas de Scio, el papel que había desempeñado en aquellos hechos espantosos. Por eso había querido ir allí, donde se la habría maldecido cien veces, si se hubiera sabido que ella era la madre de aquel miserable. Le parecía que combatir en aquella isla, verter su sangre por la causa de los sciotas, sería como una reparación, como una expiación suprema de los crímenes de su hijo.

Desde el momento en que Andrónika había desembarcado en Sció, era difícil que Henry d'Albaret y ella no se encontrasen un día u otro. En efecto, algún tiempo después de su llegada, el 15 de enero, Andrónika se encontró inopinadamente en presencia del joven oficial que la había salvado en el campo de batalla de Chaidari.

Fue ella quien se acercó a él, abriendo los brazos y exclamando:

-¡Henry d'Albaret!

-¡Vos!... ¡Andrónika!... ¡Vos! -dijo el joven oficial-. ¿Sois vos... y os encuentro aquí?

-¡Sí! -respondió ella-. ¿Acaso mi sitio no está allí donde todavía es necesario luchar contra los opresores?

-¡Andrónika! -respondió Henry d'Albaret-. ¡Estad orgullosa de vuestro país! ¡Estad orgullosa de sus hijos, que lo han defendido con vos! ¡Dentro de poco tiempo, no habrá ni un solo soldado turco sobre el suelo de Grecia!

-Lo sé, Henry d'Albaret, ¡y que Dios me conserve la vida hasta ese día!

Y entonces Andronika tuvo que contarle lo que había sido su existencia desde que ambos se habían separado después de la batalla de Chaidari. Le contó su viaje a la Maina, su país natal, que había querido ver por última vez, luego su reaparición en el ejército del Peloponeso, finalmente su llegada a Sció.

Por su parte, Henry d'Albaret le explicó en qué condiciones había regresado a Corfú, cuáles habían sido sus relaciones con el banquero Elizundo, su matrimonio decidido y roto, la desaparición de Hadjine, a quien no perdía la esperanza de encontrar un día.

-¡Sí, Henry d'Albaret -respondió Andrónika-, aunque ignoréis todavía el misterio que pesa sobre la vida de esa muchacha, ella no puede ser sino digna de vos! ¡Sí! ¡Volveréis a verla, y seréis felices como ambos merecéis serlo!

-Pero, decidme, Andrónika -preguntó Henry d'Albaret-, ¿no conocéis al banquero Elizundo?

-No -respondió Andrónika-. ¿Cómo podría conocerlo? Y, ¿por qué me hacéis esa pregunta?

-Es que varias veces tuve ocasión de pronunciar vuestro nombre delante de él -respondió el joven oficial- y ese nombre atraía su atención de un modo bastante

singular. Un día me preguntó si sabía lo que había sido de vos desde nuestra separación.
-¡No lo conozco, Henry d'Albaret, y el nombre del banquero Elizundo no ha sido siquiera pronunciado nunca en mi presencia!
-Entonces, hay ahí un misterio que no puedo explicarme y que, sin duda, nunca me será desvelado, pues Elizundo ha muerto.
Henry d'Albaret se había quedado silencioso. Sus recuerdos de Corfú habían retornado. Volvía a pensar en todo lo que había sufrido, ¡en todo lo que habría de sufrir todavía lejos de Hadjine!
Luego, dirigiéndose a Andrónika, le preguntó:
-Y cuando esta guerra haya acabado, ¿qué pensáis hacer?
-Entonces, Dios me concederá la gracia de retirarme de este mundo -respondió ella-, ¡de este mundo donde tengo el remordimiento de haber vivido!
-¿El remordimiento, Andronika?
-¡Sí!
¡Y lo que aquella madre quería decir era que su sola vida había sido un mal, puesto que tal hijo había nacido de ella!
Pero, rechazando aquella idea, prosiguió:
-En cuanto a vos, Henry d'Albaret, sois joven y Dios os reserva una larga vida. Empleadla, pues, en en contrar a aquella a la que habéis perdido... y que os ama.
-Sí, Andronika, la buscaré por todas partes, ¡del mismo modo que, también por todas partes, buscaré al odioso rival que ha venido a interponerse entre ella y yo!
-¿Quién es ese hombre? -preguntó Andronika.
-Un capitán, comandante de un navío sospechoso -respondió Henry d'Albaret-, ¡y que abandonó Corfú enseguida después de la desaparición de Hadjine!
-¿Cómo se llama?...
-¡Nicolas Starkos!
-¡Él!...
Una palabra más y habría desvelado su secreto, Andronika se habría declarado la madre de Nicolas Starkos.
Aquel nombre, pronunciado tan inopinadamente por Henry d'Albaret, le había causado espanto. A pesar de su energía, acababa de palidecer horriblemente ante el nombre de su hijo. ¡Así pues, todo el mal hecho al joven oficial, a aquel que la había salvado arriesgando su vida, todo aquel mal

venía de Nicolas Starkos.
A Henry d'Albaret no le pasó por alto el efecto que el nombre de Starkos acababa de producir en Andronika, y se comprende que quisiese presionarla sobre este punto.
-¿Qué tenéis?... ¿Qué tenéis? -exclamó-. ¿Por qué esa turbación ante el nombre del capitán de la Karysta?... ¡Hablad!... ¡Hablad!... ¿Conocéis a quien lo lleva?
-¡No!... ¡Henry d'Albaret, no! -respondió Andronika, que balbuceaba a pesar suyo.
-¡Sí!... ¡Lo conocéis!... Andronika, os suplico que me digáis quién es ese hombre... lo que hace... dónde está en este momento... ¡dónde podría encontrarlo!
-¡Lo ignoro!
-¡No... no lo ignoráis!... Lo sabéis, Andronika, y rehusáis decírmelo... ¡a mí, a mí!... Tal vez, con una sola palabra, podéis ponerme sobre su pista... Tal vez, sobre la de Hadjine... ¡y os negáis a hablar!
-Henry d'Albaret -respondió Andronika, cuya firmeza ya no había de desmentirse-, ¡no sé nada!... ¡Ignoro dónde está ese capitán!... ¡No conozco a Nicolas Starkos!
Dicho esto, dejó al joven oficial, que permaneció bajo el impacto de una profunda emoción. Desde ese momento, todos los esfuerzos que hizo para volver a encontrar a Andronika fueron inútiles. Sin duda, había abandonado Scio para volver a la tierra de Grecia. Henry d'Albaret tuvo que renunciar a toda esperanza de volver a encontrarla.
Por otra parte, la campaña del coronel Fabvier había de llegar pronto a su fin, sin haber obtenido ningún resultado.
En efecto, la deserción no había tardado en penetrar en las filas del cuerpo expedicionario. Los soldados, a pesar de las súplicas de sus oficiales, desertaban y se embarcaban para dejar la isla. Los artilleros, en los cuales Fabvier creía poder confiar especialmente, abandonaban sus piezas. ¡Ya no había nada que hacer ante un desánimo semejante, que alcanzaba hasta a los mejores!
Tuvieron, pues, que levantar el sitio y volver a Syra, donde se había organizado aquella desgraciada expedición. Allí, como premio a su heroica resistencia, el coronel Fabvier no había de recoger más que reproches, más que testimonios de la más negra ingratitud.
En cuanto a Henry d'Albaret, tenía la

intención de abandonar Scio al mismo tiempo que su jefe. Pero ¿hacia qué punto del Archipiélago orientaría su búsqueda? Aún no lo sabía cuando un hecho inesperado vino a poner fin sus vacilaciones.
La víspera del día en que iba a embarcarse hacia Grecia, le llegó una carta por el correo de la isla.
Aquella carta, sellada en Corinto, dirigida al capitán Henry d'Albaret, sólo contenía esta notificación.
Hay una plaza vacante en el estado mayor de la corbeta Syphanta, de Corfú.
¿Convendría al capitán d'Albaret embarcarse en ella y continuar la campaña iniciada contra Sacratif y los piratas del Archipiélago?
Durante los primeros días de marzo, la Syphanta estará en las aguas del cabo Anapomera, al norte de la isla, y su bote permanecerá en la ensenada de Ora, al pie del cabo.
¡Que el capitán Henry d'Albaret haga lo que le ordene su patriotismo!
No había ninguna firma y la escritura era desconocida para él. Nada había que pudiese indicar al joven oficial de dónde venía aquella carta.
En todo caso, eran noticias de la corbeta, de la que no se oía hablar desde hacía algún tiempo. Era también, para Henry d'Albaret, la ocasión de reanudar su oficio de marino. Era, en fin, la posibilidad de perseguir a Sacratif, tal vez de librar de él al Archipiélago, quizá también -y esto no dejó de influir en su decisión- una oportunidad de encontrarse en aquellos mares con Nicolas Starkos y su sacoleva.
Henry d'Albaret tomó, pues, inmediatamente su decisión: aceptar la proposición que le hacía aquella nota anónima. Se despidió del coronel Fabvier, en el momento en que éste se embarcaba hacia Syra; luego fletó una embarcación ligera y se dirigió hacia el norte de la isla.
La travesía no podía ser larga, sobre todo con un terral que soplaba del sudoeste. La embarcación pasó por delante del puerto de Coloquinta, entre las islas Anossai y el cabo Pampaca. A partir de este cabo, se dirigió hacia el de Ora y siguió la costa, con el fin de alcanzar la ensenada del mismo nombre.
Allí desembarcó Henry d'Albaret en la tarde del primero de marzo.
Un bote lo esperaba, amarrado al pie de

las rocas. Mar adentro, una corbeta estaba al pairo.

-Soy el capitán Henry d'Albaret -dijo el joven oficial al cabo que comandaba la embarcación.

-¿El capitán Henry d'Albaret desea subir a bordo? -preguntó el cabo.

-Al instante.

El bote desatracó. Llevado por sus seis remos, cubrió rápidamente la distancia que lo separaba de la corbeta. A lo sumo, una milla.

En cuanto Henry d'Albaret arribó al portalón de la Syphanta por la aleta de estribor, se oyó un largo silbido, luego resonó un cañonazo, que fue pronto seguido por otros dos. En el momento en el que el joven oficial ponía los pies sobre la cubierta, toda la tripulación, alineada como para una revista de honor, le presentó armas, y los colores corfiotas fueron izados al extremo del pico de cangreja.

Entonces, el segundo de la corbeta se adelantó y, con voz fuerte, a fin de ser oído por todos, dijo:

-¡Los oficiales y la tripulación de la Syphanta se congratulan de recibir a bordo al comandante Henry d'Albaret!

X

Campaña en el Archipiélago

La Syphanta, corbeta de segundo rango, llevaba en batería veintidós cañones de 24, y, sobre la cubierta -aunque entonces fuese raro en los navíos de esta claseseis carronadas de 12. De roda esbelta en la popa y de gálibos realzados, podía rivalizar con los mejores buques de la época. Sin fatigar, cualquiera que fuese la marcha, lenta en los balances, avanzando admirablemente todo a ceñir como los buenos veleros, no habría sido un problema para ella mantener izados, con viento fuerte, incluso los sobrejuanetes. Su comandante, si era un marino osado, podía desplegar velas sin temer nada. La Syphanta no habría volcado más de lo que lo hubiera hecho una fragata. Habría roto su arboladura antes de irse a pique con las velas altas desplegadas. De ahí la posibilidad de imprimirle, incluso con mar agitado, una gran velocidad. De ahí también las grandes probabilidades que tenía de salir con bien del aventurado viaje al cual la habían destinado sus armadores, aliados contra los piratas del Archipiélago.

Aunque no fuese en absoluto un navío de guerra, en el sentido de que era propiedad no de un Estado, sino de simples particulares, la Syphanta estaba comandada militarmente.
Sus oficiales y su tripulación habrían honrado la más bella corbeta de Francia o del Reino Unido. La misma regularidad en las maniobras, la misma disciplina a bordo, la misma conducta tanto durante la navegación como en las escalas. Nada del abandono propio de un barco armado en corso, donde la bravura de los marineros no está siempre reglamentada como lo exigiría el comandante de un buque de la marina militar.
La Syphanta tenía doscientos cincuenta hombres inscritos en su rol, la mitad franceses, occidentales o provenzales, el resto, en parte ingleses, griegos y corfiotas. Era gente hábil a la hora de maniobrar, firme en el combate, marinos en el alma, en los cuales se podía confiar absolutamente: habían demostrado su capacidad. Cabos, sargentos y contramaestres de segunda eran dignos de sus funciones de intermediarios entre la tripulación y los oficiales. Por lo que se refiere al estado mayor, estaba formado por cuatro lugartenientes, ocho alféreces de navío, igualmente de origen corfiota, inglés o francés, y un segundo. Éste, el capitán Todros, era un perro viejo del Archipiélago, un hombre muy experimentado en esos mares, cuyos parajes más recónditos debía recorrer la corbeta. Ni una sola isla que no conociera en todas sus bahías, golfos, ensenadas y calas. Ni un islote cuya situación no hubiese sido ya marcada por él en sus campañas precedentes. Ni un braceaje cuyo valor no estuviera acotado en su cabeza con tanta precisión como en los mapas.
Este oficial, de unos cincuenta años de edad, griego originario de Hidra, habiendo ya servido bajo las órdenes de gente como Canaris y Tomasis, había de ser un precioso auxiliar para el comandante de la Syphanta.
La corbeta había hecho la primera parte del crucero por el Archipiélago bajo las órdenes del capitán Stradena. Las primeras semanas de navegación fueron bastante afortunadas, según se dijo. Barcos destruidos, capturas importantes, aquello era un buen comienzo. Pero la campaña no se llevó a cabo sin pérdidas muy sensibles en la tripulación y el cuerpo de oficiales. Si durante bastante tiempo no se tuvieron noticias de la

Syphanta, fue porque, el 27 de febrero, había sostenido un combate contra una flotilla de piratas frente a las costas de Lemnos.
Aquel combate no sólo había costado la vida a cuarenta hombres, muertos o heridos, sino que además el comandante Stradena, alcanzado mortalmente por una bala de cañón, había caído sobre el puente de mando.
El capitán Todros se hizo entonces cargo de la corbeta; luego, después de asegurarse la victoria, se acercó al puerto de Egina, a fin de hacer urgentes reparaciones en el casco y la arboladura.
Allí, unos días después de la llegada de la Syphanta, se enteraron, no sin sorpresa, de que acababa de ser comprada a un precio muy alto, por cuenta de un banquero de Ragusa, cuyo apoderado fue a Egina para regularizar los papeles de a bordo. Todo esto se hizo sin que pudiera alzarse protesta alguna y quedó bien y debidamente establecido que la corbeta ya no pertenecía a sus antiguos propietarios, los armadores corfiotas, cuyo beneficio en la venta había sido muy considerable.
Pero si la Syphanta había cambiado de manos, su objetivo debía seguir siendo el mismo. Purgar el Archipiélago de los bandidos que lo infestaban, repatriar, en caso de necesidad, a los prisioneros que pudiera liberar a lo largo de su ruta, no rendirse hasta que no hubiese librado a aquellos mares del más terrible de los corsarios, el pirata Sacratif, tal fue la misión que se le siguió imponiendo. Una vez hechas las reparaciones, el segundo recibió orden de ir a circunnavegar la costa norte de Scio, donde encontraría al nuevo capitán, que iba a ser a bordo «su señor después de Dios».
Fue en ese momento cuando Henry d'Albaret recibió la lacónica nota, por la cual se le hacía saber que había una plaza vacante en el estado mayor de la corbeta Syphanta.
Ya sabemos que aceptó, sin sospechar que aquella plaza, entonces libre, era la de comandante. He aquí por qué, en cuanto subió a cubierta, el segundo, los oficiales y la tripulación se pusieron a sus órdenes, mientras que el cañón saludaba los colores corfiotas.
Henry d'Albaret se enteró de todo esto en una conversación que mantuvo con el capitán Todros. El acta por la cual se le confiaba el

mando de la corbeta estaba en regla. La autoridad del joven oficial no podía, pues, ser discutida, y no lo fue. Por otra parte, varios oficiales de a bordo lo conocían. Sabían que era teniente de navío, uno de los más jóvenes, pero también uno de los más distinguidos de la marina francesa. Su participación en la guerra de la Independencia le había granjeado una reputación merecida. Por eso, ya en la primera revista que pasó a bordo de la Syphanta, su nombre fue aclamado por toda la tripulación.
-Oficiales y marineros -dijo simplemente Henry d'Albaret-, sé cuál es la misión que ha sido confiada a la Syphanta. La cumpliremos totalmente, ¡si Dios quiere! ¡Honor a vuestro antiguo comandante Stradena, que murió gloriosamente sobre este puente de mando! ¡Cuento con vosotros! ¡Contad conmigo!... ¡Rompan filas!
Al día siguiente, el 2 de marzo, la corbeta, todo a barlovento, perdía de vista las costas de Scio, luego la cima del monte Elías que las domina, y se daba a la vela hacia el norte del Archipiélago.
A un marino sólo le hace falta un vistazo y media jornada de navegación para reconocer el valor de su navío. El viento fresco soplaba de noroeste y no fue necesario acortar de vela. El comandante D'Albaret pudo, pues, apreciar, desde ese mismo día, las excelentes cualidades náuticas de la corbeta.
-Le mostraría los juanetes altos a cualquier buque de las flotas combinadas -le dijo el capitán Todros- y los mantendría izados incluso con viento fuerte.
En la mente del bravo marino eso significaba dos cosas: primero, que ningún otro velero era capaz de ganar a la Syphanta en velocidad; luego, que su sólida arboladura y su estabilidad en el mar le permitían conservar izado su velamen en condiciones de tiempo que habrían obligado a cualquier otro navío a reducirlo, so pena de zozobrar.
La Syphanta, todo a ceñir, amuras a estribor, picó, pues, hacia el norte, de modo que la nave dejase al este la isla de Mitilene o Lesbos, una de las más grandes del Archipiélago.
Al día siguiente, la corbeta pasaba ante las costas de esta isla, donde, al principio de la guerra, en 1821, los griegos sacaron una gran ventaja a la flota otomana.
-Yo estaba allí -dijo el capitán Todros al

comandante D'Albaret-. Era en mayo. ramos setenta bergantines para perseguir a cinco bajeles turcos, cuatro fragatas y cuatro corbetas, que se refugiaron en el puerto de Mitilene. Un barco de 74 partió para ir a buscar ayuda a Constantinopla. Pero le dimos caza de un modo atroz y saltó por los aires con sus novecientos cincuenta marineros. ¡Sí! Yo estaba allí y fui yo quien prendió fuego a las camisas de azufre y alquitrán con las que habíamos revestido su carena. ¡Buenas camisas, que mantienen caliente, mi comandante, y que os recomiendo en esta ocasión... para los señores piratas!
Había que oír al capitán Todros relatar así sus hazañas, con el buen humor de un marinero del castillo de proa. Pero lo que contaba el segundo de la Syphanta, lo había hecho de verdad y bien hecho estaba.
No sin razón había Henry d'Albaret dado la vela hacia el norte, después de haber tomado el mando de la corbeta. Pocos días antes de su partida de Scio, se había señalado la presencia de unos navíos sospechosos en las cercanías de Lemnos y de Samotracia. Algunos buques de cabotaje levantinos habían sido saqueados y destruidos casi sobre el litoral de la Turquía europea. Quizá aquellos piratas, desde que la Syphanta les daba caza tan obstinadamente, juzgaban apropiado refugiarse en los parajes septentrionales del Archipiélago. Por su parte, aquello no era sino prudencia.
En las aguas de Metelín no vieron nada. Solamente algunos buques mercantes, que se comunicaron con la lizadora.
Durante unos quince días, la Syphanta, aunque fue duramente probada por el mal tiempo del equinoccio, cumplió concienzudamente su misión. Con ocasión de dos o tres ráfagas de viento sucesivas, que la obligaron a ponerse en capa gobernante, Henry d'Albaret pudo juzgar acerca de sus cualidades no menos que de la habilidad de la tripulación. Pero también a él se le juzgó, y no desmintió la reputación que tenían ya los oficiales de la marina francesa de ser excelentes maniobristas. En cuanto a su talento como táctico en medio de un combate naval, podrían apreciarlo más tarde. Por lo que se refiere a su coraje ante el fuego, nadie dudaba de él.
En esas circunstancias difíciles, el joven comandante se mostró tan notable en la

teoría como en la práctica. Poseía un carácter audaz, un gran aplomo, una inquebrantable sangre fría, siempre listo tanto para prever como para dominar los acontecimientos. En una palabra, era un marino, y esa palabra lo dice todo.

Durante la segunda quincena de marzo, la corbeta se dirigió hacia las tierras de Lemnos. Esta isla, la más importante del fondo del mar Egeo, de una longitud de quince leguas y una anchura de cinco a seis, no había sido puesta a prueba, como tampoco su vecina Imbro, por la guerra de la Independencia; pero, en muchas ocasiones, los piratas habían ido allí, incluso hasta la entrada de la rada, para capturar buques mercantes. La corbeta, a fin de abastecerse, recaló en el puerto, que estaba abarrotado. En aquella época, en efecto, se construían muchos barcos en Lemnos, y si, por temor a los corsarios, no se terminaban los que estaban en el astillero, los que estaban acabados no se atrevían a salir. De ahí la acumulación de embarcaciones.

Las informaciones que el comandante D'Albaret obtuvo en aquella isla no podían sino animarlo a proseguir su campaña hacia el norte del Archipiélago. Varias veces incluso, el nombre de Sacratif fue pronunciado delante suyo y de sus oficiales.

-¡Ah! -exclamó el capitán Todros-. ¡Tengo una gran curiosidad por encontrarme cara a cara con ese granuja, que me parece un poco legendario! ¡Por lo menos eso me probaría que existe!

-Así pues, ¿ponéis en duda su existencia? -preguntó vivamente interesado Henry d'Albaret.

-Palabra, mi comandante -respondió Todros-; si queréis saber mi opinión, no creo demasiado en Sacratif, ¡y no sé le nadie que pueda jactarse de haberlo visto nunca! ¡Tal vez es un nombre de guerra que adoptan sucesivamente
los jefes piratas! Veréis,
considero que más de uno se ha balanceado ya con ese nombre colgado del extremo de una verga de trinquete. De todos modos, ¡poco importa! Lo principal era que esos bigardos fuesen ahorcados, y lo han sido.

-Después de todo, lo que decís es posible, capitán Todros -respondió Henry d'Albaret-, y eso explicaría el don de la ubicuidad del que Sacratif parece gozar.

-Tenéis razón, mi comandante -añadió uno de los oficiales franceses-. Si Sacratif ha sido visto, como dicen, en diferentes puntos a la vez y el mismo día, es que ese nombre es usado simultáneamente por varios de esos jefes piratas.
-¡Y si lo usan, es para despistar mejor a las gentes honradas que les dan caza! -replicó el capitán Todros-. Pero, lo repito, hay un medio seguro de hacer desaparecer ese nombre: atrapar y colgar a todos los que lo llevan... ¡e incluso a todos los que no lo llevan! ¡De este modo, el verdadero Sacratif, si existe, no escapará a la soga que con toda justicia merece!
El capitán Todros tenía razón, ¡pero primero tenían que encontrar a aquellos escurridizos malhechores!
-Capitán Todros -preguntó Henry d'Albaret-, durante la primera campaña de la Syphanta, e incluso durante vuestras campañas precedentes, ¿no habéis tenido nunca noticia de una sacoleva de unas cien toneladas, que lleva el nombre de Karysta?
-Nunca -respondió el segundo.
-¿Y vos, señores? -añadió el comandante, dirigiéndose a sus oficiales.
Ni uno solo había oído hablar de la sacoleva. La mayoría de ellos, sin embargo, recorrían aquellos mares del Archipiélago desde el inicio de la guerra de la Independencia.
-¿El nombre de Nicolas Starkos, el capitán de la Karysta, no ha llegado hasta vos? -preguntó Henry d'Albaret insistiendo.
Aquel nombre era absolutamente desconocido para los oficiales de la corbeta. Por otra parte, no era de extrañar, ya que no se trataba más que del patrón de un simple buque mercante, como los que se encuentran a centenares en los puertos de Levante.
No obstante, Todros creyó recordar muy vagamente haber oído pronunciar el nombre de Starkos durante una de sus escalas en el puerto de Arcadia, en Mesenia. Debía de ser el del capitán de uno de aquellos buques de contrabandistas que transportaban a las costas beréberes a los prisioneros vendidos por las autoridades otomanas.
-¡Bueno! Ése no puede ser el Starkos de que habláis -añadió-. El que vos decís era el patrón de una sacoleva y una sacoleva no habría podido bastar a las necesidades de ese tráfico.
-En efecto -respondió Henry d'Albaret y ya

no fue más allá en aquella conversación.
Pero si pensaba en Nicolas Starkos era porque aquel pensamiento lo llevaba siempre al impenetrable misterio de la doble desaparición de Hadjine Elizundo y Andronika. Ahora, aquellos dos nombres ya no se separaban en su recuerdo.
Hacia el 25 de marzo, la Syphanta se encontraba a la altura de la isla de Samotracia, sesenta leguas al norte de Scio. Considerando el tiempo empleado con relación al camino recorrido, puede verse que todos los refugios de aquellos parajes habían debido de ser minuciosamente explorados. En efecto, lo que la corbeta no podía hacer en los fondos poco profundos, donde el agua le habría faltado, sus embarcaciones lo hacían por ella. Pero, hasta entonces, nada había resultado de aquellas investigaciones.
La isla de Samotracia había sido cruelmente devastada durante la guerra, y los turcos la tenían aún bajo su control. Podía suponerse, pues, que los piratas encontraban un asilo seguro en sus numerosas calas, a falta de un verdadero puerto. El monte Saoce con una altitud de cinco a seis mil pies la domina y, desde esa altura, es fácil para los vigías divisar todo navío cuya llegada parezca sospechosa y dar la alarma a tiempo. Los piratas, prevenidos con antelación, tienen todas las posibilidades de huir antes de ser bloqueados. Debía de haber sido así, probablemente, pues la Syphanta no encontró nada en aquellas aguas casi desiertas.
Henry d'Albaret puso entonces rumbo al noroeste, de modo que la Syphanta pasara por la isla de Tasos, situada a unas veinte leguas de Samotracia. Como tenía viento contrario, la corbeta tuvo que barloventear contra una brisa muy fuerte; pero pronto encontró la protección de la tierra y, en consecuencia, una mar más sosegada que hizo la navegación más fácil.
¡Singular destino el de las diversas islas del Archipiélago! Mientras que Scio y Samotracia habían sufrido tanto a causa de los turcos, Tasos, como Lemnos o Imbro, no se había resentido del revés de la guerra. En Tasos toda la población es griega; las costumbres allí son primitivas; los hombres y las mujeres han conservado todavía, en su forma de arreglarse, en sus vestidos o sus peinados, toda la gracia del arte antiguo. Las

autoridades otomanas, a las que esta isla se hallaba sometida desde principios del siglo XV, habrían podido, pues, saquearla a placer, sin encontrar la menor resistencia. Sin embargo, por un privilegio inexplicable, y aunque la riqueza de sus habitantes era como para excitar la codicia de aquellos bárbaros poco escrupulosos, había sido perdonada hasta entonces.

No obstante, sin la llegada de la Syphanta, es probable que Tasos hubiese conocido los horrores del saqueo.

En efecto, en la fecha del 2 de abril, el puerto, situado al norte de la isla, que se llama hoy en día puerto Pyrgo, se hallaba seriamente amenazado por una incursión de los piratas. Cinco o seis de sus buques, místicos y chermes, que escoltaban un bergantín, armado de una docena de cañones, se encontraban a la vista de la ciudad. El desembarco de estos bandidos en medio de una población no acostumbrada al combate hubiera terminado con un desastre, pues la isla no tenía fuerzas suficientes para oponerse a ellos.

Pero la corbeta apareció en la rada y en cuanto su presencia fue señalada mediante un pabellón izado al palo mayor del bergantín, todos aquellos buques se colocaron en línea de batalla, lo que indicaba una singular audacia por su parte.

-¿Es que van a atacarnos? -exclamó el capitán Todros, que se había situado en el puente de mando junto al comandante.

-¿Atacarnos... o defenderse? -replicó Henry d'Albaret, bastante sorprendido por esa actitud de los piratas.

-¡Por todos los diablos, yo habría esperado más bien ver a esos granujas huyendo a toda vela!

-Al contrario, capitán Todros, ¡que resistan! ¡Que ataquen, incluso! ¡Si se dieran a la fuga, algunos, sin duda, conseguirían escapársenos! ¡Ordenad el zafarrancho de combate!

Las órdenes del comandante se ejecutaron enseguida. En la batería, los cañones fueron cargados y cebados, los proyectiles colocados al alcance de los sirvientes. Sobre la cubierta, se prepararon las carronadas, y se distribuyeron armas, mosquetes, pistolas, sables y hachas de abordaje. Los gavieros estaban dispuestos para la maniobra, en previsión tanto de un combate en la rada como de una

persecución para dar caza a los fugitivos.
Todo esto se hizo con tanta regularidad y prontitud como si la Syphanta hubiese sido un barco de guerra.
Entretanto, la corbeta se acercaba a la flotilla, lista tanto para atacar como para rechazar cualquier ataque. La intención del comandante era cargar sobre el bergantín, saludarlo con una andanada que podía dejarlo fuera de combate, luego atracar junto a él y lanzar a sus hombres al abordaje.
Pero era probable que los piratas, si estaban preparándose para la lucha, no pensasen en escapar. Si no lo habían hecho antes, era porque habían sido sorprendidos por la llegada de la corbeta, que ahora les cerraba la rada. No les quedaba, pues, sino combinar sus movimientos para intentar forzar el paso.
Fue el bergantín el que abrió el fuego. Orientó sus cañones de modo que pudiese desarbolar la corbeta al menos de uno de sus palos. Si lo conseguía, estaría en condiciones más favorables para librarse de la persecución de su adversario.
La descarga pasó a siete u ocho pies por encima del puente de la Syphanta, cortó algunas drizas, rompió algunas escotas y los brazos de algunas vergas, hizo saltar en pedazos una parte de la madera de respeto entre el palo mayor y el trinquete e hirió a tres o cuatro marineros, pero de poca gravedad. En suma, no alcanzó ningún órgano esencial.
Henry d'Albaret no respondió inmediatamente. Ordenó seguir avanzando hacia el bergantín, y no envió su andanada de estribor hasta que la humareda de los primeros cañonazos se hubo disipado.
Por suerte para el bergantín, su capitán había podido evolucionar aprovechando la brisa y no recibió más que dos o tres balas en el casco, por encima de la línea de flotación. Si algunos de sus hombres murieron, por lo menos no quedó fuera de combate.
Pero los proyectiles de la corbeta que no lo alcanzaron, no se perdieron. El místico que el bergantín había dejado al descubierto con su maniobra recibió una buena parte de ellos en su muralla de babor, con tan mala fortuna para él que empezó a hacer agua.
-¡Si no es el bergantín, es su compañero el que ha recibido en su viejo caparazón! -exclamaron algunos marineros, apostados en

el castillo de proa de la Syphanta.
-¡Mi parte de vino a que se hunde en cinco minutos!
-¡En tres!
-¡Hecho! ¡Y que tu vino entre por mi gaznate tan fácilmente como el agua le entra a él por los agujeros del casco!
-¡Se hunde!... ¡Se hunde!...
-¡Míralo¡ ¡Ya le llega hasta la cintura..., y espera, que pronto le llegará por encima de la cabeza!
-¡Y mira a todos esos hijos del diablo cómo saltan para salvarse a nado!
-¡Bueno! ¡Si prefieren la soga al cuello a ahogarse en el agua, no hay que contrariarlos!
Y, en efecto, el místico se hundía poco a poco. Por eso, antes de que el agua hubiese alcanzado las batayolas, la tripulación se había lanzado al mar, para tratar de llegar hasta algún otro barco de la flotilla.
¡Pero éstos tenían otras preocupaciones que la de ocuparse de recoger a los supervivientes del místico! Ahora buscaban solamente la manera de huir. De modo que todos aquellos miserables se ahogaron sin que se hubiese lanzado un solo cabo para subirlos a bordo.
Por otra parte, la segunda andanada de la Syphanta fue enviada, esta vez, contra uno de los chermes que se ofrecía a su vista de través, y lo desmanteló completamente. No hizo falta más para destruirlo. Pronto, el cherme había desaparecido en medio de una cortina de llamas que media docena de balas rojas acababan de encender bajo su cubierta.
Al ver este resultado, los otros dos barcos pequeños comprendieron que no conseguirían defenderse de los cañones de la corbeta. Era incluso evidente que dándose a la fuga no tendrían ninguna oportunidad de escapar de un navío tan veloz.
Por eso, el capitán del bergantín tomó la única medida que se podía tomar, si quería salvar a sus tripulaciones. Les dio señal de concentrarse. En pocos minutos, los piratas se habían refugiado a bordo del bergantín, después de haber abandonado un místico y un cherme, a los cuales habían prendido fuego y que no tardarían en saltar por los aires.
La tripulación del bergantín, reforzada así en un centenar de hombres, se encontraba en mejores condiciones para aceptar el

combate al abordaje, en caso de que no
lograra escapar.
Pero, aunque su tripulación igualaba ahora
en número a la tripulación de la corbeta, lo
mejor que podía hacer era todavía buscar su
salvación en la huida. Por eso, no dudó en
aprovechar las cualidades de velocidad que
poseía, para ir a buscar refugio en la costa
otomana. Allí, su capitán sabría agazaparse
tan bien entre los escollos del litoral que la
corbeta no podría descubrirlo, ni seguirlo si lo
descubría.
La brisa había arreciado notablemente. El
bergantín no vaciló, sin embargo, en aparejar
hasta sus últimas velas de sosobre, a riesgo
de romper su arboladura, y empezó a
alejarse de la Syphanta.
-¡Bueno! -exclamó el capitán Todros-. ¡Me
sorprendería que sus piernas fuesen tan
largas como las de nuestra corbeta!
Y se volvió hacia el comandante, a la
espera de sus órdenes.
Pero, en ese momento, la atención de
Henry d'Albaret acababa de ser atraída hacia
otro lugar. Ya no miraba el bergantín. Con su
anteojo dirigido hacia el puerto de Tasos,
observaba un buque ligero que desplegaba
velas para alejarse de allí.
Era una sacoleva. Llevada por una brisa
moderada de noroeste, que le permitía llevar
todo su velamen, se había metido por el
canalizo sur del puerto, al cual le permitía
acceder su escaso calado.
Henry d'Albaret, después de haberla
mirado atentamente, apartó bruscamente su
catalejo.
-¡La Karysta! -exclamó.
-¡Cómo! ¿Es esa sacoleva de la que nos
habéis hablado? -respondió el capitán Todros.
-La misma, y, por apoderarme de ella,
daría...
Henry d'Albaret no acabó la frase. Entre el
bergantín, a bordo del cual iba una numerosa
tripulación de piratas, y la Karysta, aunque
estuviese sin duda al mando de Nicolas
Starkos, su deber no le permitía dudar.
Seguramente,
abandonando la persecución del
bergantín, poniéndose a favor del viento para
ganar el extremo del canalizo, podía cortar el
paso a la sacoleva, podía alcanzarla y
adueñarse de ella. Pero eso hubiera sido
sacrificar en su interés personal el interés
general, y no debía hacerlo. Lanzarse sobre el

bergantín sin perder un instante e intentar capturarlo para destruirlo: eso era lo que tenía que hacer y eso fue lo que hizo. Dirigió una última mirada a la Karysta, que se alejaba con una velocidad asombrosa a través del canalizo que había quedado libre, y dio las órdenes para dar caza al barco pirata, que empezaba a alejarse en dirección contraria.

Enseguida, la Syphanta se lanzó a toda vela tras la estela del bergantín. Al mismo tiempo, sus cañones de caza fueron colocados en posición, y, como los dos navíos no estaban aún más que a media milla de distancia el uno del otro, la corbeta empezó a hablar.

Lo que dijo no fue, sin duda, del gusto del bergantín. Por eso, orzando dos cuartos, intentó ver si, con esta nueva marcha, conseguiría distanciarse de su adversario; pero fracasó en su intento.

El timonel de la Syphanta puso la caña un poco a sotavento, y la corbeta orzó a su vez. Todavía durante una hora, la persecución continuó en estas condiciones. La distancia que los separaba de los piratas disminuía visiblemente, y no había duda de que serían alcanzados antes de la noche. Pero la lucha entre los dos navíos había de terminar de modo muy diferente.

Gracias a un golpe de suerte, una de las balas de la Syphanta desarboló el bergantín de su palo trinquete. Enseguida, el navío cayó a sotavento, y la corbeta sólo tuvo que abatir para encontrarse junto a él un cuarto de hora más tarde.

Una espantosa detonación resonó entonces. La Syphanta acababa de enviar toda su andanada de estribor, a una distancia de menos de medio cable. El bergantín casi se levantó en el aire, conmocionado por una avalancha de hierro, pero sólo su obra muerta había sido alcanzada, y no se hundió. De todos modos, el capitán, cuya tripulación había sido diezmada por esta última descarga, comprendió que no podía resistir por más tiempo y arrió su pabellón.

En un instante, las embarcaciones de la corbeta abordaron el bergantín y recogieron a los escasos supervivientes. Luego el barco, entregado a las llamas, ardió hasta el momento en que el incendio alcanzó la línea de flotación. Entonces desapareció entre las olas.

La Syphanta había hecho un buen trabajo. Nunca se sabría quién era el jefe de aquella flotilla, su nombre, su origen o sus antecedentes, pues rehusó obstinadamente responder a las preguntas que le fueron hechas al respecto. En cuanto a sus compañeros, callaron igualmente, y tal vez, incluso, tal como sucedía a veces, no sabían nada de la vida pasada de aquel a cuyo mando estaban. Pero en cuanto a que eran piratas, no había posibilidad de error, y se hizo con ellos pronta justicia.

Entretanto, aquella aparición y desaparición de la sacoleva había dado mucho que pensar a Henry d'Albaret. En efecto, las circunstancias en las cuales acababa de dejar Tasos no podían sino hacerla absolutamente sospechosa. ¿Había querido aprovecharse del combate entre la corbeta y la flotilla para escapar con mayor seguridad? ¿Temía, pues, encontrarse con la Syphanta, que tal vez había reconocido? ¡Un barco honrado hubiera permanecido tranquilamente en el puerto, puesto que los piratas ya sólo intentaban alejarse de allí! Por el contrario, la Karysta, a riesgo de caer en sus manos, se había apresurado a aparejar y a hacerse a la mar. ¡Nada podía ser más sospechoso que aquella manera de actuar, y uno podía preguntarse si no estaría en connivencia con ellos! En realidad, no hubiese sorprendido al comandante D'Albaret que Nicolas Starkos fuese uno de los suyos. Por desgracia, prácticamente sólo podía contar con el azar para volver a encontrar su pista.

La noche estaba por llegar y la Syphanta, volviendo hacia el sur, no habría tenido ninguna oportunidad de encontrar la sacoleva. Así pues, por más que Henry d'Albaret lamentara haber perdido aquella ocasión de capturar a Nicolas Starkos, tuvo que resignarse. Había cumplido con su deber.

El resultado de aquel combate de Tasos eran cinco navíos destruidos sin que ello hubiese costado casi nada a la tripulación de la corbeta. Con ello quedaría tal vez garantizada, por algún tiempo, la seguridad en los parajes del Archipiélago septentrional.

XI

Señales sin respuesta

Ocho días después del combate de Tasos, la Syphanta, habiendo explorado todas las calas de la ribera otomana desde Cavala

hasta Orfani, atravesaba el golfo de Contessa e iba luego del cabo Deprano hasta el cabo Paliuri, en la entrada de los golfos de Monte Santo y Casandra; finalmente, en la jornada del 15 de abril, empezaba a perder de vista las cimas del monte Athos, cuya punta más elevada alcanza una altura de casi dos mil metros por encima del nivel del mar.

Ningún barco sospechoso fue avistado en el curso de esta navegación. Varias veces aparecieron escuadras turcas; pero la Syphanta, que navegaba bajo pabellón corfiota, no se creyó obligada a ponerse en comunicación con estos navíos, que su comandante habría recibido a cañonazos más que lanzando sombreros al aire. Sí lo hizo, en cambio, con algunos barcos de cabotaje griegos, de los cuales obtuvieron ciertas informaciones que no podían ser sino útiles a la misión de la corbeta.

En estas circunstancias, el día 26 de abril, Henry d'Albaret tuvo conocimiento de un hecho de gran importancia. Las potencias aliadas acababan de decidir que todo refuerzo que llegase por mar a las tropas de Ibrahim sería interceptado. Además, Rusia declaraba oficialmente la guerra al sultán. La situación de Grecia seguía, pues, mejorando, y, aunque tuviera que sufrir todavía algunos retrasos, caminaba con paso seguro hacia la conquista de su independencia.

El 30 de abril, la corbeta había penetrado hasta los últimos confines del golfo de Salónica, el punto más extremo que había de alcanzar en el noroeste del Archipiélago durante aquel viaje. Allí tuvo aún ocasión de dar caza a algunos jabeques, paquebotes o polacras, que sólo escaparon de ella lanzándose contra la costa. Si bien las tripulaciones no perecieron hasta el último hombre, al menos la mayoría de aquellos barcos quedaron inutilizados.

La Syphanta retomó entonces la dirección sudeste, para poder explorar cuidadosamente las costas meridionales del golfo de Salónica. Pero, sin duda, había sido dada la alarma, pues ni un solo pirata, con el que se pudiera haber hecho justicia, se dejó ver.

Fue entonces cuando, a bordo de la corbeta, se produjo un hecho singular, inexplicable incluso.

El 10 de mayo, hacia las siete de la tarde, al entrar en el comedor de oficiales, que ocupaba toda la popa de la Syphanta, Henry

d'Albaret encontró una carta sobre la mesa. La cogió, la acercó a la lámpara que se balanceaba colgada del techo y leyó a quién iba dirigida.
Las señas del destinatario estaban redactadas así:
Al capitán Henry d'Albaret, comandante de la corbeta Syphanta, en el mar.
Henry d'Albaret creyó reconocer aquella escritura. Se parecía, en efecto, a la de la carta que había recibido en Scio, por la cual se le informaba de que había una plaza libre a bordo de la corbeta.
He aquí el contenido de la carta, llegada esta vez de modo tan singular, cuando estaban fuera de toda línea de comunicaciones postales:
Si el comandante D'Albaret tiene a bien disponer su plan de campaña a través del Archipiélago de manera que se encuentre en los parajes de la isla de Escarpanto en la primera semana de septiembre, habrá actuado en bien de todos y en beneficio de los intereses que le han sido confiados.
No había ninguna fecha y, como la carta llegada a Scio, no estaba firmada. Cuando Henry d'Albaret las hubo comparado, pudo convencerse de que ambas eran de la misma mano.
¿Cómo explicar aquello? El correo le había remitido la primera carta. Pero quien había dejado aquélla sobre la mesa podía ser tan sólo una persona de a bordo. Así pues, o bien esa persona la tenía en su posesión desde el principio de la campaña, o bien le había llegado en una de las últimas escalas de la Syphanta. Además, aquella carta no estaba allí cuando el comandante había dejado el comedor de oficiales, una hora antes, para ir al puente a dar las instrucciones para la noche. Así que, necesariamente, la habían dejado sobre la mesa del comedor hacía menos de una hora.
Henry d'Albaret llamó.
Apareció un timonel.
-¿Quién ha venido aquí mientras yo estaba en cubierta? -preguntó Henry d'Albaret.
-Nadie, mi comandante -respondió el marinero.
-¿Nadie?... Pero ¿no podría alguien haber entrado aquí sin que tú lo hubieses visto?
-No, mi comandante, porque no me he apartado de la puerta ni un solo instante.
-¡Está bien!

El timonel se retiró, después de haberse llevado la mano a la boina.

«Es verdad -se dijo Henry d'Albaret-, me parece imposible que un hombre de a bordo haya podido entrar por la puerta sin haber sido visto. Pero, a la caída de la noche, ¿no habría podido alguien deslizarse hasta la galería exterior y entrar por una de las ventanas del comedor?»

Henry d'Albaret fue a verificar el estado de las portas que se abrían en el espejo de popa de la corbeta. Pero aquellas ventanas, así como las de su habitación, estaban cerradas por dentro. Era, pues, manifiestamente imposible que una persona, viniendo del exterior, hubiese podido pasar por una de aquellas aberturas.

Aquello, en suma, no era algo que pudiese causar la menor inquietud a Henry d'Albaret; sorpresa, como mucho, y tal vez ese sentimiento de curiosidad no satisfecha que se experimenta ante un hecho difícilmente explicable. Lo cierto es que, de alguna manera, la carta anónima había llegado a su destinatario y que ese destinatario no era otro que el comandante de la Syphanta.

Henry d'Albaret, después de haber reflexionado sobre ello, resolvió no decir nada en relación con este asunto, ni siquiera al segundo de la corbeta. ¿De qué le habría servido hablar? Su misterioso corresponsal, quienquiera que fuese, no se daría a conocer, eso era seguro.

Pero ¿tendría en cuenta el comandante el aviso contenido en aquella carta?

«¡Por supuesto! -se dijo-. Quien me escribió la primera vez, en Scio, no me engañó al asegurarme que había una plaza vacante en el estado mayor de la Syphanta. ¿Por qué me engañaría la segunda invitándome a aproximarme a la isla de Escarpanto en la primera semana de septiembre? ¡Si lo hace, sólo puede ser en interés de la misión que se me ha confiado! ¡Sí! ¡Modificaré mi plan de campaña y estaré, en la fecha fijada, allí donde se me dice que esté!»

Henry d'Albaret guardó con mucho cuidado la carta que le daba aquellas nuevas instrucciones; luego, después de haber tomado sus mapas, se puso a estudiar un nuevo plan de crucero, con objeto de ocupar los cuatro meses que restaban hasta finales de agosto.

La isla de Escarpanto está situada en el sudeste, en el otro extremo del Archipiélago, es decir, a unas cien leguas en línea recta. No le faltaría tiempo a la corbeta, por lo tanto, para visitar las diversas costas de Morea, donde los piratas encontraban tan fácilmente refugios, así como todo el grupo de las Cícladas, diseminadas entre la entrada del golfo de Egina y la isla de Creta.
En suma, aquella obligación de encontrarse en las inmediaciones de Escarpanto en la época indicada no iba a modificar apenas el itinerario establecido ya por el comandante D'Albaret. Haría lo que había decidido hacer, sin tener que suprimir nada de su programa. Por eso, el día 20 de mayo, después de haber inspeccionado las pequeñas islas de Pelerisa, Peperi, Sarakino y Skantxura, al norte de Negroponto, la Syphanta se dirigió hacia Skiro.
Skiro es una de las más importantes entre las nueve islas que forman este grupo, del que la Antigüedad habría debido hacer tal vez el dominio de las nueve musas. En su puerto de San Jorge, seguro, vasto, de buen fondeo, la tripulación de la corbeta pudo fácilmente abastecerse de víveres frescos, corderos, perdices, trigo, cebada, y aprovisionarse de aquel excelente vino que es una de las grandes riquezas del país. Esta isla, muy relacionada con los acontecimientos semimitológicos de la guerra de Troya, en la que destacaron los nombres de Licomedes, Aquiles y Ulises, iba a retornar pronto al nuevo reino de Grecia en la eparquía de Eubea.
Como las riberas de Skiro están extremadamente recortadas en ensenadas y calas, en las cuales los piratas pueden fácilmente encontrar protección, Henry d'Albaret las hizo explorar minuciosamente. Mientras que la corbeta se ponía al pairo a una distancia de algunos cables, sus embarcaciones no dejaron ni un solo rincón sin escudriñar.
De esta severa exploración no resultó nada. Aquellos refugios estaban desiertos. La única información que el comandante D'Albaret recogió de las autoridades de la isla fue ésta: un mes antes, en aquellos mismos parajes, varios buques mercantes habían sido atacados, saqueados y destruidos por un barco que navegaba bajo pabellón pirata y aquel acto de piratería se atribuía al famoso

Sacratif. Pero nadie habría podido decir en qué se basaba aquella afirmación, tan grande era la incertidumbre en relación con la existencia misma de aquel personaje.
La corbeta abandonó Skiro, después de cinco o seis días de descanso. Hacia finales de mayo se acercó a las costas de la gran isla de Eubea, también llamada Negroponto, cuyos alrededores examinó cuidadosamente a lo largo de más de cuarenta leguas.
Es sabido que esta isla fue una de las primeras en sublevarse, al inicio mismo de la guerra, en 1821; pero los turcos, después de haberse encerrado en la ciudadela de Negroponto, se mantuvieron allí con una tenaz resistencia, al tiempo que se atrincheraban en la de Karistos. Luego, reforzados por las tropas del bajá Yusuf, se desperdigaron por la isla y se entregaron a sus matanzas habituales, hasta el momento en que un jefe griego, Diamantis, consiguió detenerlos en septiembre de 1823. Habiendo atacado a los soldados otomanos por sorpresa, mató al mayor número posible de ellos y obligó a los fugitivos a cruzar de nuevo el estrecho para refugiarse en Tesalia.
Pero, a fin de cuentas, la ventaja siguió siendo de los turcos, que eran superiores en número. Después de una vana tentativa del coronel Fabvier y del jefe de escuadrón Regnaud de Saint-Jean d'Angély, en 1826, se adueñaron definitivamente de toda la isla. Estaban allí todavía en el momento en que la Syphanta pasó a la vista de Negroponto. Desde la cubierta de su barco, Henry d'Albaret pudo volver a ver aquel escenario de una lucha sangrienta, en la cual había tomado parte personalmente. Entonces ya no se luchaba en la isla y, después del reconocimiento del nuevo reino, Eubea, con sus sesenta mil habitantes, iba a formar una de las monarquías de Grecia.
Por más que patrullar aquel mar, casi bajo los cañones turcos, fuera extremadamente peligroso, la corbeta no dejó por ello de proseguir su viaje y destruyó una veintena de navíos piratas que se aventuraban hasta el grupo de las Cícladas.
Aquella expedición le llevó la mayor parte de junio. Luego se dirigió hacia el sudeste. En los últimos días del mes, se encontraba a la altura de Andros, la primera de las Cícladas, situada en el extremo de Eubea, isla patriota cuyos habitantes se sublevaron, al mismo

tiempo que los de Psara, contra la dominación otomana.
Desde allí, el comandante D'Albaret, juzgando apropiado modificar su rumbo, a fin de acercarse a las costas del Peloponeso, se dirigió sin vacilar hacia el sudoeste. El 2 de julio llegaba a la isla de Zea, la antigua Kéos o Kos, dominada por la alta cima del monte Elia.
La Syphanta recaló, durante algunos días, en el puerto de Zea, uno de los mejores de aquellos parajes. Allí, Henry d'Albaret y sus oficiales volvieron a encontrar a varios de aquellos valerosos zeotas, que habían sido sus compañeros de armas durante los primeros años de la guerra. De ahí que la acogida brindada a la corbeta fuera de lo más cordial. Pero, como ningún pirata podía haber tenido la idea de refugiarse en las calas de la isla, la Syphanta no tardó en reanudar su viaje, doblando, el 5 de julio, el cabo de las Columnas, en la punta sudeste del Ática.
Durante el fin de semana, la navegación fue más lenta, por falta de viento a la entrada de ese golfo de Egina que corta tan profundamente la tierra de Grecia hasta el istmo de Corinto. Hubo que vigilar con una extrema atención. La Syphanta, casi siempre detenida por la calma chicha, no podía avanzar ni en una dirección ni en otra. De modo que, en aquellos mares frecuentados por los piratas, si algunos centenares de embarcaciones la hubiesen abordado a remo, habría tenido grandes dificultades para defenderse. Por eso, la tripulación se mantuvo preparada para rechazar cualquier ataque, y tenía buenos motivos para hacerlo. Vieron, en efecto, acercarse varios botes, de cuyas intenciones no cabía dudar; pero no se atrevieron a desafiar desde demasiado cerca los cañones y los mosquetes de la corbeta.
El 10 de julio, el viento volvió a soplar del norte, circunstancia favorable para la Syphanta, que, después de haber pasado casi frente a la pequeña ciudad de Damala, dobló rápidamente el cabo Skyli, en la punta extrema del golfo de Nauplia.
El 11, aparecía delante de Hidra y, al cabo de dos días, delante de Spetzia. No es necesario insistir en la destacada intervención de los habitantes de esas dos islas en la guerra de la Independencia. Al principio, los hidriotas, los spetziotas y sus vecinos, los

ipsariotas, poseían más de trescientos buques mercantes. Después de haberlos transformado en barcos de guerra, los lanzaron, no sin éxito, contra las flotas otomanas. Aquélla fue la cuna de las familias Conduriotis, Tombasis, Miaulis, Orlandos y tantas otras de ilustre origen, que pagaron primero con su fortuna y luego con su sangre aquella deuda con la patria. De allí partieron aquellos temibles brulotes[16] que se convirtieron pronto en el terror de los turcos. Por eso, a pesar de las revueltas en el interior, su suelo nunca fue hollado por el pie de los opresores.

En el momento en que Henry d'Albaret las visitó, comenzaban a retirarse de una lucha ya muy amortiguada por una parte y por

16 Barco cargado de materias inflamables que se lanzaba sobre los barcos enemigos para incendiarlos.

otra. Ya no estaba lejos la hora en la cual iban a unirse al nuevo reino, formando dos eparquías del departamento de Corintia y del de la Argólida.

El 20 de julio, la corbeta recaló en el puerto de Hermópolis, en la isla de Sira, la patria del fiel Eumeo, tan poéticamente cantado por Homero. En la época en la que transcurre esta historia, servía todavía como refugio a todos aquellos que habían sido expulsados del continente por los turcos. Sira, cuyo obispo católico está todavía bajo la protección de Francia, puso todos sus recursos a disposición de Henry d'Albaret. En ningún puerto de su país hubiese encontrado el joven comandante mejor ni más cordial acogida.

Una sola pena enturbiaba aquella alegría que sentía al verse tan bien recibido: la de no haber llegado tres días antes.

En efecto, en una conversación que mantuvo con el cónsul de Francia, éste le informó de que una sacoleva, que llevaba el nombre de Karysta y navegaba bajo pabellón griego, acababa de abandonar el puerto, sesenta horas antes. De ahí podía concluirse que la Karysta, huyendo de la isla de Tasos, durante el combate de la corbeta con los piratas, se había dirigido hacia los parajes meridionales del Archipiélago.

-Pero ¿se sabe tal vez adónde ha ido? -preguntó vivamente interesado Henry d'Albaret.

-Según he oído decir -respondió el cónsul-,

ha debido de tomar rumbo hacia las islas del sudeste, si es que no se dirige incluso hacia uno de los puertos de Creta.
-¿No habéis tenido ninguna relación con su capitán? -preguntó Henry d'Albaret.
-Ninguna, comandante.
-¿Y no sabéis si ese capitán se llamaba Nicolas Starkos?
-Lo ignoro.
-¿Y no había nada que pudiera hacer sospechar que esa sacoleva formase parte de la flotilla de los piratas que infestan esta parte del Archipiélago?
-Nada; pero si es así -respondió el cónsul-, no sería extraño que hubiese dado la vela hacia Creta, algunos de cuyos puertos están siempre abiertos a esos corsarios.
Esta noticia no dejó de causar al comandante de la Syphanta una profunda emoción, como todo lo que podía relacionarse directa o indirectamente con la desaparición de Hadjine Elizundo. En verdad, había sido mala suerte haber llegado tan poco tiempo después de la partida de la sacoleva. Pero, puesto que había tomado rumbo al sur, quizá la corbeta, que debía seguir esa dirección, conseguiría alcanzarla. Así que Henry d'Albaret, que tan ardientemente deseaba encontrarse frente a Nicolas Starkos, abandonó Sira la noche del mismo 21 de julio, después de haber zarpado con una brisa suave, que no podía sino arreciar, según las indicaciones del barómetro.
Durante quince días, es preciso reconocerlo, el comandante D'Albaret buscó la sacoleva al menos tanto como a los piratas. Decididamente, en su mente, la Karysta merecía ser tratada como aquéllos y por las mismas razones. Llegado el caso, ya vería lo que debía hacer.
Sin embargo, a pesar de sus pesquisas, la corbeta no consiguió encontrar las huellas de la sacoleva. En Naxos visitaron todos los puertos de la isla, y la Karysta no había recalado en ninguno de ellos. En medio de los islotes y escollos que rodean esta isla, no tuvieron mejor suerte. Por otra parte, la ausencia de corsarios era total, y eso en unos parajes que frecuentaban de buen grado. El comercio entre estas ricas Cícladas es considerable y las oportunidades de saqueo habrían debido atraerlos particularmente hacia allí.
Lo mismo sucedió en Paros, separada de

Naxos por un simple canal de siete millas de ancho. Ni el puerto de Parkia, ni los de Naussa, Santa María, Agoula y Dico habían_ recibido la visita de Nicolas Starkos. Sin duda, tal como había dicho el cónsul de Sira, la sacoleva había debido de dirigirse hacia una de las puntas del litoral de Creta.
El 9 de agosto, la Syphanta fondeaba en el puerto de Milo. Esta isla, rica hasta mediados del siglo XVIII y empobrecida después a consecuencia de las conmociones volcánicas, está ahora envenenada por los vapores malignos del suelo, y su población tiende a reducirse cada vez más.
Allí, las pesquisas fueron igualmente inútiles. No solamente la Karysta no había hecho acto de presencia, sino que ni siquiera encontraron a un solo pirata a quien dar caza, de aquellos que esquilmaban habitualmente el mar de las Cícladas.
Verdaderamente, era para preguntarse si la llegada de la Syphanta, anunciada oportunamente, no les daba tiempo para emprender la huida. La corbeta había hecho suficiente daño a los del norte del Archipiélago para que los del sur quisiesen evitar encontrarse con ella.
En fin, por una razón o por otra, jamás aquellos parajes habían sido tan seguros.
Parecía que los buques mercantes podrían en adelante navegar por ellos con toda garantía.
Algunos de aquellos grandes barcos de cabotaje, jabeques, paquebotes, polacras, tartanas, faluchos o carabelas que encontraron por el camino fueron interrogados; pero de las respuestas de sus patrones o capitanes el comandante D'Albaret no pudo sacar nada que pudiese aclararle las cosas.
Entretanto, era ya el 14 de agosto. No quedaban más que dos semanas para llegar a la isla de Escarpanto, antes de los primeros días de septiembre. Habiendo salido del grupo de las Cícladas, la Syphanta sólo tenía que picar recto hacia el sur a lo largo de setenta u ochenta leguas. Aquella mar se halla cerrada por la larga tierra de Creta y ya las más altas cimas de la isla, envueltas de nieves y perpetuas, se mostraban por encima del horizonte.
El comandante D'Albaret decidió poner rumbo en esa dirección. Después de llegar a la vista de Creta, no tendría más que ir hacia el este para alcanzar Escarpanto.
Con todo, tras dejar Milo, la Syphanta

avanzó todavía vía hacia el sudeste hasta la isla de Santorin y exploró hasta los menores pliegues de aquellos acantilados negruzcos. Parajes peligrosos, en los cuales puede surgir a cada instante un nuevo escollo, empujado por los fuegos volcánicos. Luego, tomando como punto de referencia el antiguo monte Ida, el moderno Psiloritis, que domina Creta con sus más de siete mil pies, la corbeta navegó en línea recta a barlovento, impulsada por una buena brisa de oestenoroeste, que le permitió desplegar todo su velamen.

Al cabo de dos días, el 16 de agosto, las alturas de esta isla, la más grande de todo el Archipiélago, se destacaban sobre un horizonte claro con sus pintorescos recortes, desde el cabo Spata hasta el cabo Stavros. Un brusco recodo de la costa escondía aún la escotadura en cuyo fondo se encuentra Candía, la capital.

-¿Es vuestra intención, mi comandante -preguntó el capitán Todros-, recalar en uno de los puertos de la isla?

-Creta está todavía en manos de los turcos -respondió Henry d'Albaret- y creo que no tenemos nada que hacer ahí. Según las noticias que me dieron en Sira, los soldados de Mustafá, después de haberse apoderado de Rétimon, se han convertido en los amos de todo el país, a pesar del valor de los sfakiotas.

-Valientes montañeses, esos sfakiotas -dijo el capitán Todros-, y desde el principio de la guerra se han ganado, con toda justicia, una gran reputación de coraje...

-Sí, de coraje... y de avidez, Todros -respondió Henry d'Albaret-. Hace apenas dos meses, tenían la suerte de Creta en sus manos. Mustafá y los suyos, sorprendidos por ellos, iban a ser exterminados; pero, siguiendo sus órdenes, sus soldados lanzaron joyas, adornos, armas valiosas, todo lo más precioso que llevaban consigo, y mientras los sfakiotas se desbandaban para recoger esos objetos, los turcos pudieron escapar a través del desfiladero en el cual debían encontrar la muerte.

-Eso es muy triste, pero, después de todo, mi comandante, los cretenses no son absolutamente griegos.

Que nadie se extrañe al oír al segundo de la Syphanta, que era de origen helénico, utilizar este lenguaje. No sólo los cretenses,

por grande que hubiese sido su patriotismo, no eran griegos a sus ojos, sino que tampoco iban a entrar en la formación definitiva del nuevo reino. Al igual que Samos, Creta iba a permanecer bajo la dominación otomana, al menos hasta 1832, época en la que el sultán había de ceder a Mehmet-Alí todos sus derechos sobre la isla.

Así pues, en aquellas circunstancias, el comandante D'Albaret no tenía ningún interés en entrar en comunicación con los diversos puertos de Creta. Candía se había convertido en el principal arsenal de los egipcios y desde allí había lanzado el bajá a sus salvajes soldados sobre Grecia. En cuanto a La Canea, su población, por instigación de las autoridades otomanas, habría podido dar una mala acogida al pabellón corfiota que ondeaba en el pico de la Syphanta.

Finalmente, ni en Hierapetra ni en Suda, ni en Cisamos, hubiese obtenido Henry d'Albaret información alguna que hubiese podido permitirle coronar su crucero con alguna captura importante.

-No -dijo el capitán Todros-, me parece inútil rastrear la costa septentrional, pero podríamos rodear la isla por el noroeste, doblar el cabo Spata y navegar un día o dos por las aguas de Grabusa.

Era evidentemente la mejor solución. En aquellas aguas de mala fama, la Syphanta encontraría tal vez la ocasión, que le había sido negada desde hacía más de un mes, de mandar algunas andanadas a los piratas del Archipiélago.

Además, si la sacoleva, como era de creer, se había dado a la vela hacia Creta, no era imposible que hubiera recalado en Grabusa. Razón de más para que el comandante D'Albaret quisiese inspeccionar los accesos a ese puerto.

En aquella época, en efecto, Grabusa era todavía un nido de corsarios. Unos siete meses atrás, había hecho falta nada menos que una flota anglofrancesa y un destacamento de regulares griegos bajo el mando de Mavrocordato para dar cuenta de esta guarida de criminales. Y lo insólito de este caso fue que las mismas autoridades cretenses rehusaron entregar a una docena de piratas, reclamados por el comandante de la escuadra inglesa. Por eso, éste se vio obligado a abrir fuego contra la ciudadela, quemar varios buques y realizar un

desembarco para obtener satisfacción.
Era, pues, natural suponer que, desde la partida de la escuadra aliada, los piratas habían debido de refugiarse preferentemente en Grabusa, puesto que allí encontraban tan inesperados apoyos. De modo que Henry d'Albaret se decidió a llegar a Escarpanto siguiendo la costa meridional de Creta, con el fin de pasar por delante de Grabusa. Dio, pues, sus órdenes, y el capitán Todros se apresuró a hacerlas ejecutar.
El tiempo era tan bueno como se podía desear. Además, en aquel agradable clima, diciembre es el principio del invierno y enero es el final. ¡Isla afortunada, aquella Creta, patria del rey Minos y del ingeniero Dédalo! ¿Acaso no era allí adonde Hipócrates enviaba a su rica clientela de Grecia, país que recorría enseñando el arte de curar?
La Syphanta, orientada todo a ceñir, orzó para doblar el cabo Spata, que se proyecta al extremo de la lengua de tierra que se alarga entre la bahía de La Canea y la bahía de Kisamo. Pasaron el cabo a la caída de la tarde. Durante la noche -una de esas noches de Oriente, tan transparentes-, la corbeta rodeó la punta extrema de la isla. Un giro de viento le bastó para retomar la dirección sur y, por la mañana, con velamen reducido, avanzaba
dando pequeñas bordadas por delante de la entrada de Grabusa.
Durante seis días, el comandante D'Albaret inspeccionó detenidamente toda aquella costa occidental de la isla, comprendida entre Grabusa y Kisamo. Varios navíos salieron del puerto, faluchos o jabeques mercantes. La Syphanta abordó algunos para «conversar» con sus tripulantes, y no tuvo motivos para sospechar de sus respuestas. Frente a las preguntas que les hicieron acerca de los piratas que podían haber encontrado refugio en Grabusa se mostraron, por otra parte, extremadamente reservados. Se veía que temían comprometerse. Henry d'Albaret no pudo ni siquiera saber a ciencia cierta si la sacoleva Karysta se encontraba en aquel momento en el puerto.
La corbeta aumentó entonces su campo de exploración. Visitó los parajes comprendidos entre Grabusa y el cabo Krio. Luego, el 22, con una brisa moderada que arreciaba de día y amollaba de noche, dobló el cabo y comenzó a seguir desde lo más cerca posible

el litoral del mar de Libia, de un perfil menos atormentado, menos recortado y menos erizado de promontorios y puntas que el del mar de Creta, en la costa opuesta. Hacia el horizonte norte se extendía la cadena de montañas de Asprovuna, dominada al este por el poético monte Ida, cuyas nieves resisten eternamente al sol del Archipiélago. Varias veces, sin recalar en ninguno de aquellos pequeños puertos de la costa, la corbeta se estacionó a una media milla de Rumeli, Anopoli, Sfakia; pero los vigías de a bordo no pudieron divisar ni un solo barco de piratas en los parajes de la isla.
El 27 de agosto, la Syphanta, después de haber seguido los contornos de la gran bahía de Messara, doblaba el cabo Matala, la punta más meridional de Creta, cuya anchura, en este punto, es de diez u once leguas a lo sumo. No parecía que aquella exploración fuese a tener el menor resultado útil para el crucero. En efecto, pocos navíos intentan atravesar el mar de Libia por aquella latitud. O bien navegan más al norte, a través del Archipiélago, o bien eligen una ruta más al sur, acercándose a las costas de Egipto. Así pues, apenas se veían otros barcos que no fueran embarcaciones de pesca, fondeadas cerca de las rocas, y, de vez en cuando, algunas de esas largas barcas, cargadas de caracoles de mar, especie de moluscos muy buscados que se envían a todas las islas en enormes cantidades.
Pero si la corbeta no había encontrado nada en aquella parte del litoral que termina en el cabo Matala, donde los numerosos islotes pueden esconder a tantos barcos pequeños, tampoco era probable que tuviese mejor suerte en la segunda mitad de la costa meridional. Henry d'Albaret estaba, pues, a punto de decidirse a poner rumbo directamente hacia Escarpanto, aun a riesgo de encontrarse allí un poco más pronto de lo que marcaba la misteriosa carta, cuando, en el atardecer del 29 de agosto, sus proyectos se vieron modificados.
Eran las seis. El comandante, el segundo y algunos oficiales estaban reunidos sobre la toldilla, observando el cabo Matala. En ese momento se oyó la voz de uno de los gavieros, que estaba de vigía sobre las crucetas del juanete de proa:
-¡Buque a babor por avante!
Los catalejos se dirigieron enseguida hacia

el punto indicado, a varias millas por la parte de proa de la corbeta.
-En efecto -dijo el comandante D'Albaret-, ahí hay un barco que navega cerca de tierra...
-¡Y que debe de conocerla muy bien, puesto que la arrancha de tan cerca! -añadió el capitán Todros.
-¿Ha izado su pabellón?
-No, mi comandante -respondió uno de los oficiales.
-¡Preguntad a los vigías si es posible saber cuál es la nacionalidad de ese navío!
Sus órdenes fueron ejecutadas. Algunos instantes más tarde, se le respondía que ningún pabellón ondeaba en el pico de aquel barco, ni tampoco en el extremo superior de su arboladura.
No obstante, había aún suficiente claridad para que se pudiese, a defecto de su nacionalidad, estimar al menos cuál era su fuerza.
Era un bergantín, cuyo palo mayor se inclinaba sensiblemente hacia popa. Extremadamente largo, muy fino de formas, desmesuradamente arbolado, podía tener, por lo que era posible apreciar a aquella distancia, una capacidad de entre setecientas y ochocientas toneladas y debía de tener una marcha excepcional bajo cualquier facha velera. Pero ¿estaba armado para la guerra?, ¿tenía artillería en la cubierta?, ¿estaban sus empavesadas horadadas de escotillas, cuyos portalones hubiesen sido bajados? Eso fue lo que los mejores catalejos de a bordo no pudieron distinguir.
En efecto, una distancia de cuatro millas, al menos, separaba entonces el bergantín de la corbeta. Además, el sol acababa de desaparecer detrás de las alturas de los Asprovuna, empezaba a hacerse de noche y la oscuridad, junto a la costa, era ya profunda.
-¡Un barco singular! -dijo el capitán Todros.
-¡Se diría que intenta pasar entre la isla Platana y la costa! -añadió uno de los oficiales.
-¡Sí! ¡Como un navío que lamentara haber sido visto -respondió el segundo- y quisiese esconderse!
Henry d'Albaret no contestó; pero, evidentemente, compartía la opinión de sus oficiales. La maniobra del bergantín, en aquel

momento, no dejaba de parecerle sospechosa.
-Capitán Todros -dijo al fin-, es importante no perder la pista de ese navío durante la noche. Vamos a ma
niobrar de modo que permanezcamos en sus aguas hasta el día. Pero, como él no tiene que vernos, haréis apagar todos los faroles de a bordo.
El segundo dio órdenes en consecuencia.
Continuaron observando el bergantín, mientras fue visible bajo la altura de la costa que lo amparaba. Cuando se hizo de noche, desapareció completamente y ninguna luz permitió determinar su posición.
Al día siguiente, desde los primeros resplandores del alba, Henry d'Albaret estaba en la proa de la Syphanta, esperando que se levantara la bruma de la superficie del mar. Hacia las siete, la niebla se disipó, y todos los anteojos se dirigieron hacia el este.
El bergantín iba todavía pegado a tierra, costeándola, a la altura del cabo Alikaporita, a seis millas más o menos delante de la corbeta. Le había, pues, sacado una ventaja sensible durante la noche, y ello sin que hubiese añadido nada al velamen de la víspera, trinquete, gavia y velacho y juanete de proa. Había dejado la vela mayor y la cangreja de popa sobre sus cargaderas.
-No es en absoluto la facha velera de un barco que intentase huir -observó el segundo.
-¡No importa! -respondió el comandante-. ¡Procuremos verlo de más cerca! Capitán Todros, haced avanzar hacia el bergantín.
Al silbido del contramaestre, se largaron las velas altas y la velocidad de la corbeta se acrecentó notablemente.
Pero, sin duda, el bergantín quería mantener la distancia, pues se limitó a largar su cangreja de popa y su juanete mayor. Si bien no quería permitir que la Syphanta se le acercase, probablemente tampoco quería dejarla atrás. De todos modos, se mantuvo cerca de la costa, arrimándose a ella tanto como le era posible.
Hacia las diez de la mañana, sea porque se hubiese visto más favorecida por el viento, sea porque el navío desconocido hubiera consentido en dejar que se adelantara un poco, la corbeta le había ganado cuatro millas.
Entonces pudieron observarlo en mejores condiciones. Estaba armado de unas veinte

carronadas y debía de tener un entrepuente, aunque muy bajo, a ras de agua.
-¡Izad el pabellón! -dijo Henry d'Albaret.
El pabellón fue izado al pico de cangreja, y fue apoyado por un cañonazo. Aquello significaba que la corbeta quería conocer la nacionalidad del navío que tenía a la vista. Pero aquella señal no recibió ninguna respuesta. El bergantín no modificó ni su dirección ni su velocidad y subió un cuarto con el fin de doblar la bahía de Keraton.
-¡No es muy educado que digamos, ese barbián! -dijeron los marineros.
-¡Pero tal vez sí sea prudente! -respondió un viejo gaviero de trinquete-. ¡Con su palo mayor inclinado, tiene el aspecto de llevar el sombrero metido hasta las orejas y de no querer usarlo para saludar a la gente!
Un segundo cañonazo partió de la porta de caza de la corbeta, inútilmente. El bergantín no se puso en absoluto al pairo, y continuó tranquilamente su ruta, sin preocuparse de las órdenes de la corbeta, como si ésta no existiera.
Se produjo entonces entre los dos barcos una verdadera carrera de velocidad. A bordo de la Syphanta, todo el velamen había sido desplegado, bonetas, sosobre, todo, hasta la vela de cebadera. Pero el bergantín forzó también su velamen y mantuvo imperturbablemente la distancia.
-¡Por lo visto, tiene una mecánica endiablada dentro del vientre! -exclamó el viejo gaviero.
La verdad es que la gente empezaba a enfurecerse a bordo de la corbeta, no solamente la tripulación, sino también los oficiales, y más que ninguno, el impaciente Todros. ¡Dios! ¡Hubiera dado su parte del botín por poder posesionarse de aquel bergantín, cualquiera que fuese su nacionalidad!
La Syphanta estaba armada en la proa con una pieza de muy largo alcance, que podía enviar una bala llena con treinta libras de metralla a una distancia de casi dos millas. El comandante D'Albaret, sosegado, al menos en apariencia, dio la orden de disparar.
Se lanzó el cañonazo, pero la bala, después de haber rebotado, fue a caer a unas veinte brazas del bergantín.
Éste, por toda respuesta, se contentó con aparejar sus bonetas altas y acrecentó

enseguida la distancia que lo separaba de la corbeta.
¿Tendrían, pues, que renunciar a alcanzarlo, ya fuera forzando la marcha, ya fuera lanzándole proyectiles? ¡Aquello era humillante para un velero tan bueno como la Syphanta!
Entretanto, se hizo de noche. La corbeta se encontraba entonces, más o menos, a la altura del cabo Peristera. La brisa arreció, lo bastante para que fuera necesario recoger las bonetas y establecer un velamen de noche más conveniente.
El comandante pensaba que, cuando llegase el día, ya no se vería nada de aquel navío, ni siquiera el extremo de sus mástiles, que quedarían ocultos más allá del horizonte al este o tras algún saliente de la costa.
Se equivocaba.
Al salir el sol, el bergantín estaba todavía allí, llevaba la misma marcha y había conservado la distancia. Se hubiera dicho que regulaba su velocidad en función de la de la corbeta.
-¡Si nos llevase a remolque -se decía en el castillo de proa-, sería lo mismo!
Nada más cierto.
En aquel momento, el bergantín, después de haber entrado en el canal Kuphonisi entre la isla de este nombre y la tierra, rodeaba la punta de Kakialithi, a fin de costear la parte oriental de Creta.
¿Iba, pues, a refugiarse en algún puerto o a desaparecer al fondo de uno de aquellos estrechos canales del litoral?
No hizo ni una cosa ni otra.
A las siete de la mañana, el bergantín ponía rumbo resueltamente hacia el noreste y se lanzaba mar adentro.
«¿Se dirigirá acaso hacia Escarpanto?», se preguntó Henry d'Albaret, no sin sorpresa.
Y, empujado por una brisa que arreciaba cada vez más, a riesgo de hacer caer una parte de su arboladura, continuó con aquella interminable persecución, que el interés de su misión, no menos que el honor de su barco, le ordenaba no abandonar.
Allí, en aquella parte del Archipiélago, abierta ampliamente a todos los puntos de la brújula, en medio de aquel vasto mar que ya no cubrían las alturas de Creta, la Syphanta pareció, al principio, sacarle de nuevo algo de ventaja al bergantín. Hacia la una de la tarde, la distancia entre un navío y el otro se había

reducido a menos de tres millas. Todavía lanzaron algunas balas; pero éstas no pudieron alcanzar su objetivo ni provocaron modificación alguna en la marcha del bergantín.

Ya las cimas de Escarpanto aparecían en el horizonte, detrás de la pequeña isla de Caso, que pende de la punta de la isla como Sicilia pende de la punta de Italia.

Al comandante D'Albaret, a sus oficiales y su tripulación les cabía entonces esperar que acabarían por conocer aquel misterioso navío, lo bastante descortés para no responder ni a las señales ni a los proyectiles.

Pero hacia las cinco de la tarde, habiendo arrollado la brisa, el bergantín recuperó toda su ventaja.

-¡Ah! ¡Maldito sea!... ¡El diablo está de su parte!... ¡Se nos va a escapar! -exclamó el capitán Todros.

Y entonces, todo lo que puede hacer un marino experimentado con el fin de aumentar la velocidad de su navío, rociar las velas para apretar el tejido, colgar hamacas, cuyo vaivén puede imprimir un balanceo favorable a la marcha, todo fue puesto en práctica, no sin cierto éxito. Efectivamente, hacia las siete, un poco después de la puesta de sol, dos millas, como mucho, separaban los dos barcos.

Pero la noche llega pronto en esta latitud. El crepúsculo es de corta duración. Habría hecho falta acrecentar aún más la velocidad de la corbeta para alcanzar el bergantín antes de la noche.

En aquel momento, éste pasaba entre los islotes de Caso-Poulo y la isla de Caso. Luego, a la vuelta de esta última, al fondo del estrecho canalizo que la separa de Escarpanto, dejaron de verlo.

Media hora más tarde, la Syphanta llegaba al mismo lugar, arrimándose a tierra para mantenerse a barlovento. Había aún luz suficiente para que fuese posible distinguir un navío de aquella envergadura en un radio de varias millas.

El bergantín había desaparecido.

XII

Una subasta en Escarpanto

Si Creta, como relata la fábula, fue en otro tiempo la cuna de los dioses, la antigua Carpatos, hoy en día Escarpanto, fue la de los titanes, sus adversarios más audaces.

Aunque no ataquen más que a simples mortales, los piratas modernos no dejan de ser por ello los dignos descendientes de aquellos malhechores mitológicos, que no vacilaron en subir a asaltar el Olimpo. Pues bien, en esa época, parecía que los corsarios de todas clases hubiesen hecho su cuartel general de esta isla, donde nacieron los cuatro hijos de Jápeto, nieto de Titán y de la Tierra.
Y, en verdad, Escarpanto se prestaba magníficamente a las maniobras que exigía el oficio de pirata en el Archipiélago. Está situada en el extremo sudeste de estos mares, casi aislada y a más de cuarenta millas de la isla de Rodas. Sus altas cumbres permiten divisarla de lejos. A lo largo de las veinte leguas de su perímetro, se recorta, se escota y se hunde en hendiduras múltiples, protegidas por una infinidad de escollos. Si ha dado su nombre a las aguas que la bañan, es porque era ya tan temida por los antiguos como temible es para los modernos. A menos que se fuera un práctico, y un viejo práctico del mar de Carpatos, era y todavía es muy peligroso aventurarse por allí.
Sin embargo, esta isla, que forma la última cuenta del largo rosario de las Espóradas, no carece de buenos fondeaderos. Desde el cabo Sidro y el cabo Pernisa hasta los cabos Bonandrea y Andemo en su costa septentrional, existen numerosos lugares donde se puede encontrar abrigo. Cuatro puertos, Agata, Porto di Tristano, Porto Grato y Porto Malo Nato, eran muy frecuentados en otro tiempo por los barcos de cabotaje de Levante, antes de que Rodas les hubiera quitado su importancia comercial. Ahora, apenas algunos raros navíos tienen interés en recalar en ellos.
Escarpanto es una isla griega o, al menos, está habitada por una población griega, pero pertenece al Imperio otomano. Incluso después de la constitución definitiva del reino de Grecia, había de seguir siendo turca bajo el gobierno de un simple cadí, que habitaba entonces una especie de casa fortificada, situada por encima del poblado moderno de Arkassa.
En aquella época, hubiésemos encontrado en esta isla a un gran número de turcos, a quienes, todo hay que decirlo, la población, no habiendo tomado parte en la guerra de la Independencia, no daba una mala acogida.

Convertida además en el centro de operaciones del más criminal de los comercios, Escarpanto recibía con el mismo celo a los navíos otomanos y a los buques piratas, que venían a entregarle sus cargamentos de prisioneros. Allí, los corredores de Asia Menor, así como los de las costas berberiscas, se apretujaban alrededor de un importante mercado, en el cual era despachada esta mercancía humana. Allí se abrían subastas, allí se establecían precios que variaban a razón de las demandas u ofertas de esclavos. Y hay que decir que el cadí tenía también intereses en estas operaciones que presidía personalmente, pues los corredores habrían creído faltar a su deber si no le hubiesen cedido un tanto por ciento de la venta.
En cuanto al transporte de estos desgraciados a los bazares de Esmirna o de África, se realizaba por medio de navíos que, las más de las veces, venían a recogerlos al puerto de Arkassa, situado en la costa occidental de la isla. Si no eran suficientes, un correo especial era enviado a la costa opuesta y los piratas no hacían en absoluto ascos a aquel odioso comercio.
En aquel momento, en el este de Escarpanto, al fondo de calas casi imposibles de encontrar, se contaban no menos de una veintena de barcos, grandes o pequeños, tripulados por un total de más de mil doscientos hombres. Aquella flotilla no esperaba más que la llegada de su jefe para lanzarse a alguna nueva y criminal expedición.
Fue al puerto de Arkassa, a un cable del muelle, a través de un excelente fondo de diez brazas, adonde la Syphanta vino a anclar la tarde del 2 de septiembre. Al desembarcar en la isla, Henry d'Albaret no dudaba apenas de que los azares de su viaje lo habían conducido precisamente al principal puerto franco del comercio de esclavos.
-¿Pensáis recalar por algún tiempo en Arkassa, mi comandante? -preguntó el capitán Todros, cuando las maniobras de fondeo estuvieron terminadas.
-No sé -respondió Henry d'Albaret-. ¡Muchas circunstancias pueden obligarme a abandonar prontamente este puerto, pero también muchas otras pueden retenerme aquí!
-¿Los hombres irán a tierra?

-Sí, pero sólo por turnos. La mitad de la tripulación tiene que estar siempre de servicio en la Syphanta.
-Entendido, mi comandante -respondió el capitán Todros-. ¡Aquí estamos más en país turco que en país griego, y es prudente estar sobre aviso!
Recordemos que Henry d'Albaret no había dicho nada a su segundo ni a sus oficiales acerca de los motivos por los cuales había venido a Escarpanto, ni de cómo se le había dado cita en aquella isla para los primeros días de septiembre a través de una carta anónima, llegada a bordo en condiciones inexplicables. Por otra parte, contaba con recibir allí alguna nueva comunicación que le indicaría lo que su misterioso corresponsal esperaba de la corbeta en las aguas del mar de Carpatos.
Pero no menos extrañó era aquella desaparición súbita del bergantín más allá del canal de Caso, cuando la Syphanta se creía a punto de alcanzarlo.
Por eso, Henry d'Albaret había creído que no debía darse por vencido antes de venir a recalar a Arkassa. Después de haberse acercado a tierra, tanto como le permitía su calado, se había impuesto la tarea de explorar todas las sinuosidades de la costa. Pero, en medio de aquel semillero de escollos que la defienden, protegido por los altos acantilados rocosos que la delimitan, un barco como el bergantín podía fácilmente camuflarse. Detrás de aquella barrera de rompientes, que la Syphanta no podía arranchar de más cerca sin correr el riesgo de encallar, un capitán conocedor de aquellos canales tenía todas las oportunidades de despistar a los que lo perseguían. Si, por lo tanto, el bergantín se había refugiado en alguna cala secreta, sería muy difícil volver a encontrarlo, y lo mismo podía decirse de los demás barcos piratas, a los que la isla daba asilo en fondeaderos desconocidos.
Las pesquisas de la corbeta duraron dos días y fueron en vano. Si el bergantín se hubiese hundido repentinamente bajo las aguas más allá de Caso, no habría sido más invisible. Por más despecho que sintiera, el comandante D'Albaret tuvo que renunciar a toda esperanza de dar con él. Había decidido, pues, venir a fondear al puerto de Arkassa. Allí, sólo tenía que esperar.
Al día siguiente, entre las tres y las cinco

de la tarde, la pequeña ciudad de Arkassa iba a ser invadida por gran parte de la población de la isla, por no hablar de los extranjeros, europeos o asiáticos, que no podían faltar en aquella ocasión. En efecto, era día de gran mercado. Seres miserables, de todas las edades y condiciones, hechos prisioneros recientemente por los turcos, iban a ser puestos a la venta.
En aquella época, había en Arkassa un bazar especial, destinado a este tipo de operaciones, un batistan, como los que se encuentran en ciertas ciudades de los Estados berberiscos. Este batistan contenía entonces un centenar de prisioneros, hombres, mujeres y niños, el saldo de las últimas razzias llevadas a cabo en el Peloponeso. Amontonados de cualquier modo en medio de un patio sin sombra, bajo un sol todavía ardiente y con la ropa hecha jirones, su actitud de desolación y sus caras desesperadas mostraban todo lo que habían sufrido. Mal y escasamente alimentados, sin que se les diese apenas de beber, y ese poco de un agua turbia, aquellos desgraciados se había reunido por familias hasta el momento en que el capricho de los compradores separara a las mujeres de los maridos y a los hijos de su padre y su madre. Hubiesen inspirado la más profunda piedad a cualquiera menos a aquellos crueles bachis, sus guardianes, a los que ningún dolor podía ya conmover. ¿Y qué eran aquellas torturas comparadas con las que los esperaban en los dieciséis baños de Argel, Túnez y Trípoli, donde la muerte generaba con rapidez espacios vacíos que había que llenar incesantemente?
Sin embargo, a aquellos cautivos no les habían quitado toda la esperanza de volver a ser libres. Si los compradores hacían un buen negocio comprándolos, no lo hacían peor dándoles la libertad -por un muy alto precio-, sobre todo a aquellos cuyo valor se basaba en una cierta posición social en su país de origen. Un gran número de ellos había sido arrancado a la esclavitud de este modo, ya fuera por redención pública, cuando era el Estado quien los revendía antes de su partida, ya fuera cuando los propietarios trataban directamente con las familias, ya fuera, en fin, cuando los religiosos de la Merced, ricos gracias a las cuestaciones que habían hecho por toda Europa, iban, para

liberarlos, hasta los principales centros de Berbería. A menudo, también, algunos particulares, animados por el mismo espíritu caritativo, consagraban una parte de su fortuna a esta obra de beneficencia. En los últimos tiempos, sumas considerables, cuya procedencia era desconocida, habían sido empleadas en esos rescates, sobre todo en provecho de esclavos de origen griego, a los que los avatares de la guerra habían entregado desde hacía seis años a los corredores de África y Asia Menor.
El mercado de Arkassa se hacía con subastas públicas. Todos, extranjeros e indígenas, podían tomar parte en ellas; pero, aquel día, como los tratantes venían solamente a operar por cuenta de los baños de la Berbería, no había más que un lote de cautivos. Según este lote cayese en suerte a tal o cual corredor, se dirigiría a Argel, Trípoli
o Túnez.
Con todo, había dos categorías de prisioneros. Unos, los más numerosos, venían del Peloponeso. Los otros habían sido capturados recientemente a bordo de un navío griego, que los llevaba de Túnez a Escarpanto, de donde debían ser repatriados a su país de origen.
Era la última subasta la que decidiría la suerte de aquella pobre gente, destinada a padecer tantas miserias, y se podía pujar hasta que dieran las cinco. Un cañonazo disparado desde la ciudadela de Arkassa, que aseguraba el cierre del puerto, paraba al mismo tiempo las últimas pujas del mercado.
Así pues, aquel 3 de septiembre no faltaban corredores alrededor del batistan. Había numerosos agentes venidos de Esmirna y de otros puntos vecinos de Asia Menor, que, como ya se ha dicho, actuaban todos por cuenta de los Estados beréberes.
Aquella aglomeración era más que explicable. En efecto, los últimos acontecimientos hacían presentir el próximo fin de la guerra de la Independencia. Ibrahim había retrocedido al Peloponeso, mientras que el mariscal Maison acababa de desembarcar en Morea con un cuerpo expedicionario de dos mil franceses. De modo que,
en el futuro, la exportación de prisioneros iba a verse notablemente reducida. En consecuencia, su precio habitual tenía que subir notablemente, para la extrema

satisfacción del cadí.
Durante la mañana, los corredores habían visitado el batistan y sabían a qué atenerse por lo que se refiere a la cantidad y calidad de los cautivos, cuyo lote alcanzaría sin duda precios muy altos.
-¡Por Mahoma! -repetía un agente de Esmirna, que peroraba en medio de un grupo de cofrades-. ¡La época de los buenos negocios ha pasado! ¿Os acordáis de cuando los navíos nos traían aquí a los prisioneros por millares y no por centenares?
-¡Sí!... ¡Como pasó después de las matanzas de Scio! -respondió otro corredor-. ¡De un solo golpe, más de cuarenta mil esclavos! ¡Los pontones no bastaban para encerrarlos!
-Sin duda -prosiguió un tercer agente, que parecía tener un gran sentido comercial-. Pero cuando hay demasiados cautivos, hay demasiada oferta ¡y demasiada baja en los precios! ¡Más vale transportar poco en condiciones
más ventajosas, porque las deducciones previas son siempre las mismas, aunque los gastos sean más considerables!
-¡Sí!... ¡En Berbería sobre todo!... ¡El doce por ciento del producto total en provecho del bajá, el cadí o el gobernador!
-¡Sin contar el uno por ciento para el mantenimiento del muelle y de las baterías de costas!
-¡Y otro uno por ciento que va de nuestros bolsillos a los de los morabitos![17]
-¡La verdad es que es ruinoso, tanto para los armadores como para los corredores.
Tales frases se intercambiaban entre aquellos agentes, que ni siquiera tenían conciencia de la infamia de su comercio. ¡Siempre las mismas lamentaciones acerca de las mismas cuestiones sobre el pago de los derechos! Y sin duda habrían continuado rezongando, si la campana, que anunciaba la apertura del mercado, no hubiese puesto punto final a la conversación.
17 Religioso musulmán
No hace falta decir que el cadí presidía esta venta. Su deber como representante del gobierno turco lo obligaba a hacerlo, no menos que su interés personal. Allí estaba, dándose importancia sobre una especie de estrado, cobijado bajo una tienda dominada por la media luna del pabellón rojo, medio recostado sobre amplios cojines con una

dejadez muy otomana.

A su lado, el subastador se disponía a realizar su oficio. Que nadie crea que iba a tener ocasión de quedar sin aliento. ¡No! En este tipo de negocios, los corredores se tomaban su tiempo para pujar. Si tenía que haber alguna lucha un poco viva por la adjudicación definitiva, sólo tendría lugar, seguramente, durante el último cuarto de hora de la sesión.

La primera licitación fue fijada en mil libras turcas por uno de los corredores de Esmirna.

-¡Mil libras turcas! -repitió el subastador.

Luego cerró los ojos, como si tuviera tiempo de dormitar mientras esperaba una sobrepuja.

Durante la primera hora, las licitaciones sólo subieron de mil a dos mil libras turcas, o sea, aproximadamente, cuarenta y siete mil francos en moneda francesa. Los corredores se miraban, se observaban, charlaban entre ellos de otras cosas. Sólo se arriesgarían a llegar al máximo de sus ofertas durante los últimos minutos, antes del cañonazo de cierre.

Pero la llegada de un nuevo postor iba a modificar estas previsiones y a dar un impulso inesperado a las pujas.

Hacia las cuatro, en efecto, dos hombres aparecieron en el mercado de Arkassa. ¿De dónde venían? De la parte oriental de la isla, sin duda, a juzgar por la dirección que traía la araba[18] que los había dejado en la puerta misma del batistan.

Su aparición causó un vivo movimiento de sorpresa y de inquietud. Evidentemente, los corredores no esperaban ver aparecer a un personaje con el cual habría que contar.

-¡Por Alá! -exclamó uno de ellos-. ¡Es

18 Gobernador de una ciudad, distrito o región del Imperio turco. Se emplea también como título honorífico.

Nicolas Starkos en persona!

-¡Y Skopelo! -respondió otro-. ¡Y nosotros que creíamos que se habían ido al diablo!

Aquellos dos hombres eran bien conocidos en el mercado de Arkassa. Más de una vez habían hecho allí enormes negocios comprando prisioneros por cuenta de los tratantes de África. El dinero no les faltaba, aunque nadie sabía muy bien de dónde lo sacaban. Pero eso era asunto de su incumbencia. Y el cadí, por lo que a él concernía,

no pudo sino regocijarse al ver llegar
a tan temibles competidores.
Una sola ojeada había bastado a Skopelo,
gran conocedor en esta materia, para estimar
el valor del lote de cautivos. Se limitó a decir
algunas palabras al oído de Nicolas Starkos,
que le respondió afirmativamente con una
simple inclinación de cabeza.
Pero, por observador que fuera el segundo
de la Karysta, no había visto el gesto de
horror que la llegada de Nicolas Starkos
acababa de provocar en una de las
prisioneras.
Era una mujer de edad, de estatura
elevada. Estaba sentada aparte en un rincón
del batistan y se levantó, como si una fuerza
irresistible la hubiera empujado. Dio incluso
dos o tres pasos y, sin duda, un grito estaba
a punto de escapar de su boca..., pero tuvo
suficiente energía para contenerse. Luego,
retrocediendo con lentitud, envuelta de los
pies a la cabeza en los pliegues de un miserable
manto, volvió a ocupar su lugar detrás de
un grupo de cautivos, con el fin de pasar
totalmente desapercibida. No le bastaba,
evidentemente, con taparse la cara: quería
sustraer toda su persona a las miradas de
Nicolas Starkos.
Mientras tanto, los corredores, sin dirigirle
la palabra, no cesaban de mirar al capitán de
la Karysta. Éste, por su parte, no parecía
hacerles ningún caso. ¿Había venido para
disputarles aquel lote de prisioneros? Era
forzoso que le temieran, dadas las relaciones
que Nicolas Starkos tenía con los bajás y los
beys[19] de los Estados beréberes.
19 Gobernador de una ciudad, distrito o región
del Imperio
turco. Se emplea también como título honorífico.
No tardaron mucho en ver confirmados
estos temores. En aquel momento, el
subastador se había levantado para repetir en
voz alta la suma a la que ascendía la última
puja.
-¡Dos mil libras!
-Dos mil quinientas -dijo Skopelo, que era,
en estas ocasiones, el portavoz de su capitán.
-¡Dos mil quinientas libras! -anunció el
subastador.
Y las conversaciones particulares se
reanudaron en los diversos corros, que se
observaban no sin desconfianza.
Transcurrió un cuarto de hora. Ninguna
otra puja había sido hecha después de

Skopelo. Nicolas Starkos, indiferente y altanero, se paseaba alrededor del batistan. Nadie podía dudar de que, finalmente, la adjudicación se haría a su favor, incluso sin mucha discusión.
Sin embargo, un corredor de Esmirna, después de haber consultado previamente con dos o tres de sus colegas, hizo una nueva licitación de dos mil setecientas libras.
-¡Dos mil setecientas libras! -repitió el subastador.
-¡Tres mil!
Era Nicolas Starkos quien había hablado esta vez.
¿Qué había pasado? ¿Por qué intervenía personalmente en la lucha? ¿A qué se debía que su voz, generalmente tan fría, mostrase una violenta emoción que sorprendió al propio Skopelo? Ahora vamos a saberlo.
Desde hacía unos instantes, tras haber franqueado la valla del batistan, Nicolas Starkos se paseaba en medio de los grupos de cautivos. La anciana, al verlo acercarse, se había escondido todo cuanto le fue posible bajo su manto, de modo que no había podido verla.
Pero, de pronto, su atención fue atraída por dos prisioneros que formaban un grupo aparte. Se detuvo, como si sus pies hubiesen estado clavados al suelo.
Allí, cerca de un hombre de elevada estatura, yacía una muchacha, exhausta de fatiga.
Al ver a Nicolas Starkos, el hombre se puso en pie bruscamente. Al instante, la joven abrió los ojos. Pero, en cuanto vio al capitán de la Karysta, volvió a echarse hacia atrás.
-¡Hadjine! -exclamó Nicolas Starkos.
Era Hadjine Elizundo, a la cual Xaris acababa de estrechar entre sus brazos, como para defenderla.
-¡Ella! -repitió Nicolas Starkos.
Hadjine se había desligado del abrazo de Xaris y miraba a la cara al antiguo cliente de su padre.
Fue en ese momento cuando Nicolas Starkos, sin siquiera intentar saber cómo era posible que la heredera del banquero Elizundo estuviese expuesta de aquel modo en el mercado de Arkassa, lanzó con una voz turbada aquella nueva licitación de tres mil libras.
-¡Tres mil libras! -había repetido el

subastador.
Eran en aquel momento poco más de las cuatro y media. Veinticinco minutos más tarde, se oiría el cañonazo y se confirmaría la adjudicación a favor del último postor.
Pero ya los corredores, después de haberse consultado unos a otros, se disponían a abandonar la plaza, decididos a no elevar más sus ofertas. Parecía, pues, seguro que el capitán de la Karysta, a falta de competidores, iba a convertirse en el amo del terreno, cuando el agente de Esmirna quiso hacer un último intento de mantener la lucha.
-¡Tres mil quinientas libras! -gritó.
-¡Cuatro mil! -respondió al instante el capitán de la Karysta, Nicolas Starkos.
Skopelo, que no había visto a Hadjine, no entendía en absoluto aquel ardor inmoderado del capitán. En su opinión, el valor del lote había sido ya sobrepasado, y en mucho, por aquel precio de cuatro mil libras. Por eso, se preguntaba qué era lo que podía animar a Nicolas Starkos a lanzarse de aquella manera en un mal negocio.
Entretanto, un largo silencio había seguido a las últimas palabras del subastador. El propio corredor de Esmirna, atendiendo a una señal de sus colegas, acababa de darse por vencido. Ya no había duda de que la partida sería ganada definitivamente por Nicolas Starkos, a quien no faltaban más que algunos minutos para salirse con la suya.
Xaris . lo había comprendido. Por eso, estrechaba aún con más fuerza a la muchacha entre sus brazos. ¡No se la arrancarían si no lo mataban antes!
En aquel momento, en medio del profundo silencio, se oyó una voz vibrante, y tres palabras fueron dirigidas al subastador:
-¡Cinco mil libras!
Nicolas Starkos se volvió.
Un grupo de marinos acababa de llegar a la entrada del batistan. Delante de ellos se hallaba un oficial.
-¡Henry d'Albaret! -exclamó Nicolas Starkos-. ¡Henry d'Albaret... aquí... en Escarpanto!
Sólo el azar había llevado al comandante de la Syphanta a la plaza del mercado. Ignoraba incluso que, aquel día -es decir, veinticuatro horas después de su llegada a Escarpanto-, hubiese una venta de esclavos en la capital de la isla. Por otra parte, puesto que no había visto la sacoleva en el

fondeadero, tenía que estar tan sorprendido de encontrar a Nicolas Starkos en Arkassa como éste lo estaba de verlo a él.
Nicolas Starkos, además, ignoraba que la corbeta estuviese comandada por Henry d'Albaret, aunque sabía que había recalado en Arkassa.
Júzguense, pues, los sentimientos que debieron de apoderarse de estos dos enemigos cuando se vieron cara a cara.
Y, si Henry d'Albaret había lanzado aquella licitación inesperada, era porque entre los prisioneros del batistan acababa de ver a Hadjine Elizundo y a Xaris. ¡A Hadjine, que iba a caer de nuevo en poder de Nicolas Starkos! Hadjine lo había oído, lo había visto y se habría precipitado hacia él, si los guardianes no se lo hubiesen impedido.
Con un gesto, Henry d'Albaret tranquilizó y contuvo a la muchacha. Por muy grande que fuera su indignación, cuando se vio en presencia de su odioso rival, conservó el dominio de sí mismo. ¡Sí! Aunque fuera a costa de toda su fortuna, si hacía falta, sabría arrancar de las manos de Nicolas Starkos a los prisioneros amontonados en el mercado de Arkassa, y con ellos, a aquella a la que había buscado tanto, ¡aquella a la que ya no esperaba volver a ver!
En todo caso, la lucha sería feroz. En efecto, si bien Nicolas Starkos no podía comprender cómo Hadjine Elizundo se encontraba entre aquellos cautivos, para él seguía siendo la rica heredera del banquero de Corfú. Sus millones no podían haber desaparecido con ella. Todavía estarían ahí para rescatarla de aquel de quien se convertiría en esclava. Por lo tanto, no había ningún riesgo de sobrepujar. Nicolas Starkos decidió hacerlo con tanta más pasión, cuanto que se trataba, además, de luchar contra su rival, ¡y su rival predilecto!
-¡Seis mil libras! -gritó.
-¡Siete mil! -respondió el comandante de la Syphanta, sin volverse siquiera hacia Nicolas Starkos.
El cadí no podía sino aplaudir ante el cariz que tomaban las cosas. En presencia de aquellos dos competidores, no intentaba disimular la satisfacción que se abría paso bajo su gravedad otomana.
Pero, si este codicioso magistrado calculaba ya a cuánto ascendería su tanto por ciento, Skopelo empezaba a no poder

dominarse. Había reconocido a Henry d'Albaret, luego a Hadjine Elizundo. Si, por odio, Nicolas Starkos se obstinaba en aquel negocio, éste, que hubiera sido bueno en una cierta medida, pasaría a ser muy malo, sobre todo si la muchacha había perdido su fortuna, como había perdido su libertad, ¡lo cual, por otra parte, era posible!
Por eso, llevándose a Nicolas Starkos aparte, intentó hacerle humildemente algunas juiciosas observaciones. Pero fue recibido de tal manera que ya no se atrevió a insistir.
Ahora, el capitán de la Karysta hacía personalmente sus ofertas al subastador, con una voz insultante para su rival.
Como es de suponer, los corredores, intuyendo que la pugna se caldeaba, se habían quedado para seguir sus diversas peripecias. La multitud de curiosos manifestaba su interés en aquella lucha a golpes de miles de libras a través de ruidosos clamores. Si, en su mayor parte, conocían al capitán de la sacoleva, ninguno de ellos conocía al comandante de la Syphanta. Ignoraban incluso lo que había venido a hacer aquella corbeta, que navegaba bajo pabellón corfiota, a los parajes de Escarpanto. Pero, desde el inicio de la guerra, tantos navíos de todas las naciones habían sido empleados para el transporte de esclavos, que todo llevaba a creer que la Syphanta servía a este tipo de comercio. Así pues, tanto si los prisioneros eran comprados por Henry d'Albaret, como si lo eran por Nicolas Starkos, para ellos supondría, en cualquier caso, la esclavitud.
De todos modos, antes de cinco minutos, aquella cuestión estaría absolutamente decidida.
A la última puja proclamada por el subastador, Nicolas Starkos había respondido con estas palabras:
-¡Ocho mil libras!
-¡Nueve mil! -dijo Henry d'Albaret.
Nuevo silencio. El comandante de la Syphanta, siempre dueño de sí mismo, seguía con la mirada a Nicolas Starkos, que iba y venía rabiosamente, sin que Skopelo osase abordarlo. Ninguna consideración, por otra parte, habría podido frenar ya la furia de las pujas.
-¡Diez mil libras! -gritó Nicolas Starkos.
-¡Once mil! -respondió Henry d'Albaret.
-¡Doce mil! -replicó Nicolas Starkos, esta vez sin esperar.

El comandante D'Albaret no había respondido inmediatamente. No es que vacilara en hacerlo. Pero acababa de ver a Skopelo precipitándose hacia Nicolas Starkos para detenerlo en su loca empresa, lo cual, por un momento, desvió la atención del capitán de la Karysta.
Al mismo tiempo, la vieja prisionera, que hasta entonces se había escondido obstinadamente, acababa de ponerse en pie, como si tuviese la intención de mostrar su rostro a Nicolas Starkos...
En aquel momento, en la cima de la ciudadela de Arkassa, un rápido fogonazo brilló dentro de una voluta de vapores blancos; pero, antes de que la detonación hubiese llegado al batistan, una nueva puja había sido gritada con voz sonora.
-¡Trece mil libras!
Luego se oyó la detonación, a la que sucedieron interminables hurras.
Nicolas Starkos había rechazado a Skopelo con una violencia que lo hizo rodar por el suelo... ¡Era demasiado tarde! ¡Nicolas Starkos ya no tenía derecho a sobrepujar! ¡Hadjine Elizundo acababa de escapársele, y sin duda para siempre!
-¡Ven! -dijo con voz sorda a Skopelo.
Y se le hubiese podido oír murmurar estas palabras:
-¡Será más seguro y menos caro!
Ambos montaron entonces en su araba y desaparecieron a la vuelta del camino que se dirigía hacia el interior de la isla.
Ya Hadjine Elizundo, arrastrada por Xaris, había franqueado las vallas del batistan. Ya estaba en los brazos de Henry d'Albaret, que le decía apretándola contra su corazón:
-¡Hadjine!... ¡Hadjine!... Habría sacrificado toda mi fortuna para rescataros...
-¡Como yo he sacrificado la mía para rescatar el honor de mi padre! -respondió la joven-. ¡Sí, Henry!... ¡Ahora Hadjine Elizundo es pobre y digna de vos!

XIII
¡A bordo de la Syphanta!

Al día siguiente, el 3 de septiembre, después de haber aparejado hacia las diez de la mañana, la Syphanta ceñía el viento bajo un pequeño velamen para salir de los pasos del puerto de Escarpanto.
Los cautivos rescatados por Henry d'Albaret se habían colocado unos en el

entrepuente y otros en la batería. Aunque la travesía del Archipiélago no había de llevarles más de unos días, les oficiales y los marineros habían querido que aquellas pobres gentes estuviesen instaladas lo mejor posible.
Desde la víspera, el comandante D'Albaret había estado haciendo las gestiones necesarias para poder hacerse a la mar de nuevo. Había entregado garantías por las trece mil libras, con las que el cadí se mostró satisfecho. El embarco de los prisioneros se había llevado a cabo sin dificultades, y, antes de tres días, aquellos desgraciados, condenados a las torturas de los baños beréberes, serían desembarcados en algún puerto de la Grecia septentrional, donde ya no tendrían que temer por su libertad.
¡Una libertad que debían por entero a aquel que acababa de arrancarlos de las manos de Nicolas Starkos! De ahí que, en cuanto pusieron los pies sobre la cubierta de la corbeta, su reconocimiento se manifestara por medio de un acto conmovedor.
Entre ellos se encontraba un pope, un viejo sacerdote de Leondari. Seguido de sus compañeros de infortunio, avanzó hacia la toldilla, en la cual se encontraban Hadjine Elizundo y Henry d'Albaret con algunos oficiales.
Se arrodillaron todos, el anciano a la cabeza, y éste, tendiendo sus manos hacia el comandante, dijo:
-¡Henry d'Albaret, bendito seáis en nombre de todos aquellos a los que habéis devuelto la libertad!
-¡Amigos míos, sólo he cumplido con mi deber! -respondió el comandante de la Syphanta, profundamente emocionado.
-¡Sí!... ¡Bendito en nombre de todos..., de todos... y mío, Henry! -añadió Hadjine, inclinándose a su vez.
Henry d'Albaret la levantó con presteza, y entonces los gritos de «¡Viva Henry d'Albaret!», «¡Viva Hadjine Elizundo! » estallaron desde la toldilla hasta el castillo de proa, desde las profundidades de la batería hasta las vergas bajas, sobre las que unos cincuenta marineros se habían agrupado, lanzando vigorosos hurras.
Una sola prisionera -la que se escondía la víspera en el batistan- no había tomado parte en aquella manifestación de júbilo. Al embarcarse, toda su preocupación había sido pasar desapercibida en medio de los cautivos.

Lo había conseguido y, en cuanto se hubo agazapado en el rincón más oscuro del entrepuente, nadie se dio cuenta siquiera de su presencia a bordo. Evidentemente, esperaba poder desembarcar sin haber sido vista. Pero ¿por qué tomaba tantas precauciones? ¿Algún oficial o marinero de la corbeta la conocía? En todo caso, tenía que tener razones de peso para querer mantener su incógnito durante los tres o cuatro días que debía durar la travesía del Archipiélago.
Con todo, si Henry d'Albaret merecía el reconocimiento de los pasajeros de la corbeta, ¿qué no merecería Hadjine Elizundo por lo que había hecho desde su partida de Corfú?
-¡Henry -le había dicho la víspera-, ahora Hadjine Elizundo es pobre y digna de vos!
¡Era pobre, en efecto! ¿Digna del joven oficial?... Ahora vamos a poder juzgarlo.
Si Henry d'Albaret amaba a Hadjine cuando sucesos tan graves los habían separado, ¡cuánto no había de engrandecerse su amor, cuando supiese lo que había sido la vida de la joven durante aquel largo año de separación!
En cuanto supo de dónde procedía la fortuna que le había dejado su padre, Hadjine Elizundo tomó la resolución de consagrarla enteramente al rescate de aquellos prisioneros con cuyo tráfico se había generado la mayor parte de ella. De aquellos veinte millones, odiosamente adquiridos, no quiso conservar nada. Sólo hizo saber su proyecto a Xaris. Xaris lo aprobó y todos los valores de la casa de banca fueron rápidamente realizados.
Henry d'Albaret recibió la carta en la cual la muchacha le pedía perdón y le decía adiós. Luego, en compañía de su bravo y devoto Xaris, Hadjine abandonó secretamente Corfú para dirigirse al Peloponeso.
En aquella época, los soldados de Ibrahim combatían todavía ferozmente a las poblaciones del centro de Morea, sometidas ya a tantas pruebas desde hacía tanto tiempo. Los desventurados a los que no degollaban, eran enviados a los principales puertos de Mesenia, a Patrás o a Navarino. De allí, numerosos navíos, unos fletados por el gobierno turco, otros proporcionados por los piratas del Archipiélago, los transportaban a millares bien a Escarpanto, bien a Esmirna o a los mercados permanentes de esclavos.

Durante los dos meses que siguieron a su desaparición, Hadjine Elizundo y Xaris, sin retroceder jamás ante ningún precio, consiguieron rescatar a varios centenares de prisioneros que no habían abandonado todavía la costa mesenia. Luego dedicaron todos sus esfuerzos a la tarea de ponerlos a salvo, a unos en las islas Jónicas y a otros en las regiones libres de Grecia del norte.
Hecho esto, se marcharon a Asia Menor, a Esmirna, donde el comercio de esclavos se llevaba a cabo a una escala considerable. Allí llegaban, en convoyes numerosos, grandes cantidades de prisioneros griegos, cuya liberación
Hadjine Elizundo quería obtener por encima de todo. Sus ofertas fueron tales -tan superiores a las de los corredores de Berbería o del litoral asiático- que las autoridades otomanas sacaron un gran provecho tratando con ella... y, por lo tanto, trataron con ella. A nadie le costará creer que su generosa pasión fue explotada por estos agentes; pero varios miles de cautivos le debían el haber escapado de los baños de los beys africanos.
No obstante, aún quedaba mucho por hacer, y fue en ese momento cuando Hadjine tuvo la idea de avanzar por dos caminos diferentes hacia el objetivo que quería alcanzar.
En efecto, no bastaba con rescatar a los cautivos puestos en venta en los mercados públicos, o con ir a liberar a precio de oro a los esclavos en los baños. También era necesario aniquilar a aquellos piratas que capturaban navíos en todos los parajes del Archipiélago.
Pues bien, Hadjine Elizundo se encontraba en Esmirna cuando se enteró de lo que había sido de la Syphanta, después de los primeros meses de su viaje. No ignoraba que la corbeta había sido equipada por cuenta de unos armadores corfiotas ni con qué destino. Sabía que el principio de la campaña había sido afortunado; pero, en aquellos momentos, llegó la noticia de que la Syphanta acababa de perder a su comandante, varios oficiales y una parte de su tripulación en un combate contra una flotilla de piratas, al mando, se decía, de Sacratif en persona.
Hadjine Elizundo se puso enseguida en contacto con el agente que representaba, en Corfú, los intereses de los

armadores de la Syphanta. Hizo que les ofrecieran un precio tan alto que éstos se decidieron a venderla. La corbeta fue, pues, comprada en nombre de un banquero de Ragusa, pero pertenecía a la heredera de Elizundo, que no hacía sino imitar a Bobolina, Modena, Zacarías y otras valientes patriotas, cuyos navíos, armados a sus expensas, hicieron tanto daño a las escuadras de la marina otomana al principio de la guerra de la Independencia.
Pero, al actuar así, Hadjine Elizundo había pensado ofrecer el mando de la Syphanta al capitán Henry d'Albaret. Uno de sus hombres, sobrino de Xaris, marino de origen griego como su tío, había seguido secretamente al joven oficial, tanto en Corfú, cuando hizo tantas pesquisas inútiles para encontrar a la muchacha, como en Scio, cuando fue a reunirse con el coronel Fabvier.
Siguiendo sus órdenes, este hombre se embarcó como marinero en la corbeta, en el momento en que ésta recomponía su tripulación, después del combate de Lemnos. Fue él quien hizo llegar a Henry d'Albaret las dos cartas escritas por la mano de Xaris: la primera, en Scio, en la que se le comunicaba que había una plaza libre en el estado mayor de la Syphanta, y la segunda, que depositó sobre la mesa del comedor de oficiales cuando estaba de guardia, y a través de la cual se daba cita a la corbeta para los primeros días de septiembre en los parajes de Escarpanto.
Allí era, en efecto, donde Hadjine Elizundo esperaba encontrarse en esas fechas, después de haber terminado su caritativa y abnegada tarea. Quería que la Syphanta sirviese para repatriar al último convoy de prisioneros, rescatados con los restos de su fortuna.
Pero, durante los seis meses siguientes, ¡cuántas fatigas no habría de soportar!, ¡cuántos peligros no correría!
La valerosa muchacha, acompañada de Xaris, no dudó en dirigirse, para cumplir su misión, al centro mismo de Berbería, a aquellos puertos infestados de piratas, en el litoral africano, cuyos amos fueron, hasta la conquista de Argel, los peores bandidos. Al hacerlo, arriesgaba su libertad, arriesgaba su vida, desafiaba todos los peligros a los que la exponían su belleza y su juventud.
Nada la detuvo. Partió.

Se la vio aparecer, como una religiosa de la Merced, en Trípoli, Argel, Túnez y hasta en los más ínfimos mercados de la costa beréber. En todas partes donde los prisioneros griegos habían sido vendidos, los rescataba con gran beneficio para sus amos. Allí donde los tratantes sacaban a pública subasta a aquellos rebaños de seres humanos, ella se presentaba dinero en mano. Fue entonces cuando pudo contemplar en todo su horror el espectáculo de las miserias de la esclavitud, en un país en el que las pasiones no son retenidas por ningún freno. Argel se encontraba todavía a merced de una milicia, compuesta de musulmanes y renegados, el desecho de los tres continentes que forman el litoral del Mediterráneo, que sólo vivían de la venta de los prisioneros hechos por los piratas y de su rescate por parte de los cristianos. En el siglo XVII, se contaban ya en tierra africana casi cuarenta mil esclavos de ambos sexos, arrebatados a Francia, Italia, Inglaterra, Alemania, Flandes, Holanda, Grecia, Hungría, Rusia, Polonia y España en todos los mares de Europa.
Hadjine Elizundo buscó especialmente a aquellos a los que la guerra helénica había hecho esclavos, y los buscó en Argel, en el fondo de los baños del bajá, en los de Alí Mamí, los Kulughis y Sidi-Hassan; en Túnez, en los de Yussif-Dey, Galera Patrona y Cicala; y en el de Trípoli. Como si hubiera estado protegida por algún talismán, se expuso a todos estos riesgos, aliviando todas las miserias. ¡Escapó como por milagro de los mil peligros que la naturaleza de las cosas creaba a su alrededor! Durante seis meses, a bordo de ligeros barcos costeros de cabotaje, visitó los puntos más recónditos del litoral -desde la regencia de Trípoli, hasta los últimos confines de Marruecos- hasta Tetuán, que fue en otro tiempo una república de piratas regularmente organizada, hasta Tánger, cuya bahía servía de refugio a aquellos corsarios durante el invierno, hasta Sale, en la costa occidental de África, donde los desgraciados cautivos vivían en fosas excavadas a doce o quince pies bajo tierra.
En fin, una vez terminada la misión, no quedándole nada de los millones que le había dejado su padre, Hadjine Elizundo pensó en volver a Europa con Xaris. Se embarcó a bordo de un navío griego, en el cual viajaban también los últimos prisioneros rescatados

por ella y que se dio a la vela hacia Escarpanto. Allí era donde esperaba encontrarse con Henry d'Albaret. Desde allí había decidido volver a Grecia a bordo de la Syphanta. Pero tres días después de haber dejado Túnez, el navío que la llevaba había caído en poder de un barco turco y ¡ella había sido conducida a Arkassa para ser vendida allí como esclava, junto con aquellos a los que acababa de liberar!...

En suma, el resultado de la obra emprendida por Hadjine Elizundo era éste: varios millares de prisioneros rescatados con el mismo dinero que había sido ganado con su venta. La joven, ahora arruinada, había reparado, en la medida de lo posible, todo el daño hecho por su padre.

De todo eso pudo enterarse entonces Henry d'Albaret. ¡Sí! ¡Hadjine, pobre, era ya digna de él y, para arrancarla de las manos de Nicolas Starkos, también él se habría hecho pobre como ella!

Al día siguiente, al amanecer, la Syphanta había alcanzado la tierra de Creta. Entonces maniobró para dirigirse hacia el noroeste del Archipiélago. La intención del comandante D'Albaret era acercarse a la costa oriental de Grecia, a la altura de la isla de Eubea. Allí, bien en Negroponto, bien en Egina, los prisioneros podrían desembarcar en lugar seguro, protegidos de los turcos, que habían sido rechazados ya hacia los confines del Peloponeso. Por otra parte, en aquellas fechas, ya no quedaba ni uno solo de los soldados de Ibrahim en la península helénica.

Toda aquella pobre gente, tratada inmejorablemente a bordo de la Syphanta, se reponía ya de los espantosos sufrimientos que había soportado. Durante el día, se los veía agrupados sobre la cubierta, donde respiraban la sana brisa del Archipiélago: niños, madres, esposos, a los que amenazaba una eterna separación, unidos ya para no dejarse nunca. Sabían también lo que había hecho Hadjine Elizundo y, cuando ésta pasaba, apoyada en el brazo de Henry d'Albaret, todo eran señales de agradecimiento, testimoniadas por medio de las acciones más conmovedoras.

Hacia las primeras horas de la mañana, el 4 de septiembre, la Syphanta perdió de vista las cimas de Creta; pero, habiendo empezado a amollar la brisa, apenas avanzó durante aquella jornada, aun cuando llevaba desplegado

todo su velamen. En definitiva, veinticuatro horas o cuarenta y ocho horas más no sería tampoco un retraso del que hubiese que preocuparse. El mar estaba hermoso; el cielo, soberbio. Nada indicaba una próxima F modificación del tiempo. No había más que «largar», como dicen los marinos, y la carrera terminaría cuando plugiese a Dios.

Aquella apacible navegación propiciaba las conversaciones de a bordo. Por otra parte, había pocas maniobras que hacer. Una simple vigilancia por parte de los oficiales de guardia y de los gavieros de proa, para advertir de las tierras a la vista o los navíos en alta mar. Hadjine y Henry d'Albaret iban entonces a sentarse a popa, en un banco de la toldilla que les estaba reservado. Allí, generalmente, ya no hablaban del pasado, sino de ese porvenir del que ahora se sentían dueños. Hacían proyectos de próxima realización, sin olvidar someterlos a la opinión del buen Xaris, que era como de la familia. El matrimonio había de celebrarse en cuanto llegasen a tierra griega. Estaba convenido. Los asuntos de Hadjine Elizundo ya no acarrearían dificultades ni retrasos. ¡Un año empleado en su caritativa misión había simplificado todo aquello! Luego, celebrado el matrimonio, Henry d'Albaret cedería al capitán Todros el mando de la corbeta y llevaría a su joven mujer a Francia, desde donde más tarde pensaba volver a traerla a su tierra natal.

Pues bien, precisamente aquel atardecer se entretenían con todas estas cosas. El ligero soplo de la brisa bastaba apenas para inflar las velas altas de la Syphanta. Una maravillosa puesta de sol iluminaba el horizonte, cuyo perímetro, cubierto al oeste de una ligera bruma, coronaban aún algunos trazos de oro verde. En el lado opuesto, centelleaban las primeras estrellas del levante. El mar tiritaba bajo la ondulación de sus pepitas fosforescentes. La noche prometía ser magnífica.

Henry d'Albaret y Hadjine se dejaban llevar por el encanto de aquella velada deliciosa. Miraban la estela, apenas dibujada por algunas blondas blancas, que la corbeta iba dejando a popa. El silencio sólo era turbado por los aleteos de la cangreja, cuyos pliegues zumbaban suavemente. Ninguno de los dos veía nada que no fueran ellos mismos

o no estuviera en su interior. Y si por fin regresaron a la realidad, fue porque Henry d'Albaret oyó que lo llamaban con cierta insistencia.
Xaris estaba frente a él.
-¿Mi comandante?... -dijo Xaris por tercera vez.
-¿Qué queréis, amigo mío? -respondió Henry d'Albaret, a quien pareció que Xaris vacilaba a la hora de hablar.
-¿Qué deseas, mi buen Xaris? -preguntó Hadjine.
-Tengo que deciros una cosa, mi comandante.
-¿Qué?
-Se trata de lo siguiente: los pasajeros de la corbeta..., esas buenas gentes a las que lleváis de vuelta a su país... han tenido una idea y me han encargado que os la comunique.
-Y bien, os escucho, Xaris.
-Veréis, mi comandante. Ellos saben que debéis casaros con Hadjine...
-Sin duda -respondió Henry d'Albaret sonriendo-. ¡Eso no es misterio para nadie!
-¡Bueno, pues estarían muy felices de ser los testigos
de vuestro matrimonio!
-Y lo serán, Xaris, lo serán, ¡nunca una novia tendría un cortejo semejante, si pudiera reunir a su alrededor a todos aquellos a los que ha salvado de la esclavitud!
-¡Henry!... -dijo la muchacha queriendo interrumpirlo.
-Mi comandante tiene razón -respondió Xaris-. En todo caso, los pasajeros de la corbeta estarán allí, y...
-¡A nuestra llegada a la tierra de Grecia -prosiguió Henry d'Albaret-, los invitaré a todos a la ceremonia de nuestra boda!
-Bien, mi comandante -respondió Xaris-. Pero, después de haber tenido esa idea, ¡esas buenas gentes han tenido otra!
-¿Tan buena como la primera?
-Mejor. ¡La de pediros que la boda se celebre a bordo de la Syphanta! ¿Acaso esta brava corbeta que los devuelve a Grecia no es como un pedazo de su país?
-Está bien, Xaris -respondió Henry d'Albaret-. ¿Estáis de acuerdo, mi querida Hadjine?
Hadjine, por toda respuesta, le tendió la mano.
-Bien respondido -dijo Xaris.

-Podéis anunciar a los pasajeros de la Syphanta -añadió Henry d'Albaret- que todo se hará como desean.
-Entendido, mi comandante. Pero... -añadió Xaris, vacilando un poco-, ¡eso no es todo!
-Habla, pues, Xaris -dijo la joven.
-Veréis. Después de haber tenido una buena idea y luego otra mejor, ¡han tenido una tercera que consideran excelente!
-¡De veras, una tercera! -respondió Henry d'Albaret-. ¿Y cuál es esa tercera idea?
-Que no sólo la boda sea celebrada a bordo de la corbeta, sino que además se celebre en alta mar... ¡mañana mismo! Hay entre ellos un viejo sacerdote...
De pronto, Xaris fue interrumpido por la voz del gaviero que estaba de vigía en las crucetas de trinquete:
-¡Buques a barlovento!
Enseguida, Henry d'Albaret se levantó y se reunió con el capitán Todros, que miraba ya en la dirección indicada.
Una flotilla, compuesta de una docena de barcos de diversos tonelajes, se divisaba a menos de seis millas al este. Pero si la Syphanta, entonces encalmada, estaba absolutamente
inmóvil, aquella flotilla,
empujada por los últimos soplos de una brisa que no llegaba hasta la corbeta, necesariamente tenía que acabar alcanzándola.
Henry d'Albaret había cogido un catalejo y observaba atentamente la marcha de aquellos navíos.
-Capitán Todros -dijo volviéndose hacia el segundo-, esta flotilla está aún demasiado lejos para que sea posible reconocer sus intenciones ni saber cuál es su fuerza.
-En efecto, mi comandante -respondió el segundo-, y con esta noche sin luna, que va a ser muy oscura, ¡no podremos hacernos ninguna idea al respecto! Así que hay que esperar hasta mañana.
-Sí, hay que esperar -dijo Henry d'Albaret-, pero como estos parajes no son seguros, dad la orden de vigilar con el mayor cuidado. Que se tomen también todas las precauciones indispensables en el caso de que esos navíos se aproximasen a la Syphanta.
El capitán Todros tomó las correspondientes medidas, que fueron ejecutadas al instante. Se estableció una

activa vigilancia a bordo de la corbeta, que debía continuar hasta que se hiciese de día. No es preciso decir que, considerando las eventualidades que podían sobrevenir, se aplazó para más tarde la decisión relativa a la celebración del matrimonio que había motivado la diligencia de Xaris. Hadjine, a ruego de Henry d'Albaret, había tenido que volver a su camarote.

Durante toda aquella noche, se durmió poco a bordo. La presencia de la flotilla avistada mar adentro era inquietante. Mientras fue posible, habían observado sus movimientos. Pero una niebla bastante espesa se levantó hacia las nueve y no tardaron en perderla de vista.

Al día siguiente, al salir el sol, algunos vapores ocultaban aún el horizonte en el este. Como no había viento, aquellos vapores no se disiparon antes de las diez de la mañana. Entretanto, nada sospechoso había aparecido a través de aquellas brumas. Pero cuando se desvanecieron, toda la flotilla apareció a menos de cuatro millas. Así pues, desde la víspera, había ganado dos millas en dirección a la Syphanta y, si no se había acercado más, era porque la niebla le había impedido maniobrar. Había allí una docena de navíos que marchaban de conserva impulsados por sus largos remos de galera.

La corbeta, en la cual aquellos artefactos no habrían surtido ningún efecto, debido a su tamaño, permanecía todavía inmóvil en el mismo lugar. Se hallaba reducida a esperar, sin poder hacer un solo movimiento.

Y sin embargo, no era posible equivocarse en cuanto a las intenciones de aquella flotilla.

-¡Éste sí que es un revoltillo de barcos singularmente sospechosos! -dijo el capitán Todros.

-¡Tanto más sospechosos -respondió Henry d'Albaret- por cuanto reconozco entre ellos el bergantín al que dimos caza inútilmente en las aguas de Creta!

El comandante de la Syphanta no se equivocaba. El bergantín que había desaparecido tan extrañamente más allá de la punta de Escarpanto iba en cabeza. Maniobraba para no separarse de los otros barcos, colocados bajo sus órdenes.

Mientras tanto, algunas ráfagas de viento se habían levantado al este y favorecían aún más la marcha de la flotilla. Pero aquellas rachas, que hacían verdear ligeramente el

mar corriendo por su superficie, venían a expirar a uno o dos cables de la corbeta.
De pronto, Henry d'Albaret hizo a un lado el catalejo que no había apartado hasta entonces de sus ojos:
-¡Zafarrancho de combate! -gritó.
Acababa de ver cómo un largo chorro de vapor blanco se fundía en la proa del bergantín, mientras que un pabellón era izado al pico. En ese momento, la detonación de una boca de fuego llegaba a la corbeta.
Aquel pabellón era negro y una S de color rojo fuego se recortaba sobre su estameña.
Era el pabellón del pirata Sacratif.

XIV

Sacratif

Aquella flotilla, compuesta de doce barcos, habla salido la víspera de las guaridas de Escarpanto. Ya fuera atacando a la corbeta de frente, o rodeándola, le presentaría batalla en condiciones muy desiguales. De eso no cabía ninguna duda. Pero, debido a la falta de viento, no había más remedio que aceptar aquel combate. Por otra parte, de haber existido alguna posibilidad de evitar la lucha, Henry d'Albaret la hubiese rechazado. El pabellón de la Syphanta no podía huir ante el pabellón de los piratas del Archipiélago sin que ello representase una deshonra.
Entre aquellos doce navíos se contaban cuatro bergantines, que llevaban entre dieciséis y dieciocho cañones. Los ocho barcos restantes, de un tonelaje inferior, pero provistos de una artillería ligera, eran grandes saicas de dos mástiles, paquebotes de arboladura recta, faluchos y sacolevas armados para la guerra. Según los cálculos de los oficiales de la corbeta, eran más de cien bocas de fuego, a las cuales tendrían que responder con veintidós cañones y seis carronadas. Y contra setecientos u ochocientos hombres tendrían que combatir los doscientos cincuenta marineros de su tripulación. Lucha desigual, sin duda. De todos modos, la superioridad de la artillería de la Syphanta podía darle alguna posibilidad de éxito, a condición de que no dejara que se le acercasen demasiado. Había, pues, que mantener aquella flotilla a distancia, desmantelando poco a poco sus navíos mediante andanadas enviadas con precisión.
En una palabra, se trataba de hacer todo lo posible para evitar un abordaje, es decir, un combate cuerpo a cuerpo. En este último

caso, -el número habría acabado por imponerse, pues este factor tiene aún más importancia en el mar que en la tierra, ya que, al ser la retirada imposible, todo se resume en esto: saltar por los aires o rendirse.

Una hora después de que la niebla se hubiese disipado, la flotilla había ganado sensiblemente terreno a la corbeta, tan inmóvil como si hubiese estado fondeada en medio de una rada.

Entretanto, Henry d'Albaret no cesaba de observar la marcha y la maniobra de los piratas. El zafarrancho se había llevado a cabo rápidamente a bordo de su nave. Todos, oficiales y marineros, estaban en su puesto de combate. Los pasajeros que eran útiles habían pedido batirse entre las filas de la tripulación y se les habían dado armas. Un silencio absoluto reinaba en la batería y sobre la cubierta, apenas interrumpido por algunas palabras que el comandante intercambiaba con el capitán Todros.

-No nos dejaremos abordar -le decía-. Esperaremos a que los primeros buques estén a nuestro alcance y haremos fuego con nuestros cañones de estribor.

-¿Dispararemos a hundir o a desarbolar? -preguntó el segundo.

-A hundir -respondió Henry d'Albaret.

Era lo mejor que podía hacerse para combatir a aquellos piratas, tan terribles en el abordaje, y particularmente a aquel Sacratif, que acababa de izar con desvergüenza su pabellón negro. Y, si lo había hecho, era, sin duda, porque contaba con que ningún hombre de la corbeta sobreviviese, ningún hombre que pudiera jactarse de haberlo visto cara a cara.

Hacia la una de la tarde, la flotilla se encontraba tan sólo a una milla a barlovento. Seguía acercándose, sirviéndose de sus remos. La Syphanta, con la proa al noroeste, mantenía con dificultad aquel rumbo. Los piratas avanzaban sobre ella en línea de batalla, dos de los bergantines en mitad de la línea y los otros dos en los extremos. Maniobraban de manera que les fuese posible rodear la corbeta .por la proa y por la popa, con el fin de envolverla en una circunferencia, cuyo radio disminuyese poco a poco. Su objetivo era evidentemente aplastarla primero entre fuegos convergentes y tomarla

luego al abordaje.
Henry d'Albaret había comprendido perfectamente esta maniobra, tan peligrosa para él, y no podía impedirla, puesto que estaba condenado a la inmovilidad. Pero tal vez conseguiría romper aquella línea a cañonazos, antes de que lo hubiese envuelto por todas partes. Incluso los oficiales se preguntaban ya por qué su comandante no daba la orden de abrir fuego, con aquella voz firme y sosegada que todos le conocían.
¡No! Henry d'Albaret no tenía intención de disparar mientras no estuviese seguro de dar en el blanco y quería dejar que se le acercasen hasta tenerlos a su alcance.
Pasaron aún diez minutos. Todos esperaban, los artilleros apuntadores, con el ojo en la culata de sus cañones, los oficiales de la batería, listos para transmitir las órdenes del comandante, los marineros de la cubierta, mirando por encima de las empavesadas. ¿No vendrían las primeras andanadas del enemigo, ahora que la distancia le permitía lanzarlas con provecho?
Henry d'Albaret seguía callado. Miraba la línea que comenzaba a curvarse por los dos extremos. Los bergantines del centro -y uno de ellos era el que había izado el pabellón negro de Sacratif- se encontraban entonces a menos de una milla.
Pero si el comandante de la Syphanta no se apresuraba a iniciar el fuego, no parecía que el jefe de la flotilla tuviera más prisa que él en hacerlo. Tal vez, incluso, pretendía abordar la corbeta sin haber disparado un solo cañonazo, con el fin de lanzar a algunos centenares de sus piratas al abordaje.
Por fin, Henry d'Albaret pensó que no debía esperar más tiempo. Una última ráfaga, que llegó hasta la corbeta, le permitió abatir un cuarto sobre su rumbo. Después de haber rectificado su posición, de modo que podía ver a los dos bergantines de costado, a menos de media milla, gritó:
-¡Atención en la cubierta y la batería!
Se oyó un ligero murmullo a bordo, que fue seguido de un silencio absoluto.
-¡A hundir! -dijo Henry d'Albaret.
La orden fue repetida enseguida por los oficiales, y los artilleros de la batería apuntaron cuidadosamente al casco de los dos bergantines, mientras que los de la cubierta apuntaban a la arboladura.
-¡Fuego! -gritó el comandante D'Albaret.

Tronó la andanada de estribor. Desde el puente y desde la batería de la corbeta, once cañones y tres carronadas vomitaron sus proyectiles, y entre otros, varios pares de aquellas balas enramadas, que están pensadas para desarbolar un buque a media distancia.

En cuanto los vapores de la pólvora, repelidos hacia atrás, permitieron contemplar el horizonte, se pudo constatar el efecto producido por esta descarga sobre los dos barcos. Sin ser completo, no dejaba de ser importante.

Uno de los dos bergantines que ocupaban el centro de la línea había sido alcanzado por encima de la línea de flotación. Además, habiendo quedado cortados varios de sus obenques y burdas, su palo trinquete, decentado a algunos pies por encima de la cubierta, acababa de caer hacia adelante, rompiendo al mismo tiempo la espiga del palo mayor. En estas condiciones, el bergantín iba a perder algún tiempo reparando sus averías; pero todavía podía cargar contra la corbeta. El peligro de ser cercada que ésta corría no había sido, pues, atenuado por aquel inicio de combate.

En efecto, los otros dos bergantines, colocados en el extremo del ala derecha y del ala izquierda, habían llegado ya a la altura de la Syphanta. Desde allí, empezaban a volverse hacia ella; pero no lo hicieron sin haberla saludado antes con una andanada de enfilada que le resultó imposible evitar.

Fue aquél un golpe doble y desgraciado. El palo de mesana de la corbeta quedó cortado a la altura de las cacholas. Todo el faro de popa se derrumbó, por suerte sin llevarse por delante nada del aparejo del palo mayor. Al mismo tiempo, la madera de respeto y una embarcación quedaban hechas pedazos. Lo más lamentable de todo fue la muerte de un oficial y dos marineros, alcanzados por el impacto, sin contar a otros tres o cuatro, gravemente heridos, que fueron transportados a la cubierta inferior.

Enseguida, Henry d'Albaret dio órdenes para que se escombrase la toldilla sin tardanza. Aparejos, velas, restos de vergas y perchas fueron retirados en unos minutos. El espacio volvió a quedar libre y practicable. No había ni un instante que perder. El combate de artillería iba a recomenzar con más violencia. La corbeta, cogida entre dos

fuegos, se vería obligada a resistir por las dos bordas.
En ese momento, una nueva andanada fue lanzada por la Syphanta, y con tan buena puntería, esta vez, que dos de los barcos de la flotilla -uno de los paquebotes y una saica-, alcanzados en pleno casco por debajo de la línea de flotación, se fueron a pique en unos instantes. Las dos tripulaciones tuvieron el tiempo justo de lanzarse a las embarcaciones, a fin de llegar hasta los dos bergantines del centro, donde fueron recogidos enseguida.
-¡Hurra! ¡Hurra!
Éste fue el grito de los marineros de la corbeta, después de aquel doble impacto que honraba a sus jefes de pieza.
-¡Dos hundidos! -dijo el capitán Todros.
-Sí -respondió Henry d'Albaret-, pero los granujas que los tripulaban han podido embarcarse a bordo de los bergantines, ¡y temo todavía un abordaje que les daría la ventaja del número!
Todavía durante un cuarto de hora, los cañonazos continuaron por una parte y por la otra. Los navíos piratas, al igual que la corbeta, desaparecían en medio de los vapores blancos de la pólvora, y era preciso esperar a que se disipasen para verificar el daño que se habían hecho mutuamente. Por desgracia, ese daño era bastante sensible a bordo de la Syphanta. Varios marineros habían caído muertos; otros, en mayor número, estaban gravemente heridos. Un oficial francés, alcanzado en mitad del pecho, acababa de ser abatido, en el momento en que el comandante le daba sus órdenes.
Los muertos y los heridos fueron bajados enseguida a la cubierta inferior. El cirujano y sus ayudantes ya no daban abasto con las curas y las operaciones que exigía el estado de aquellos que habían sido alcanzados directamente por los proyectiles o indirectamente por los fragmentos del casco, sobre la cubierta o en la batería. Si bien la fusilería no había hablado aún entre aquellos barcos, que seguían manteniéndose a medio alcance de cañón, si no había que extraer balas ni cascos de metralla, las heridas no eran por ello menos graves, y sí más horribles.
En aquellos momentos, las mujeres, que habían sido confinadas en la bodega, no

faltaron a su deber. Hadjine Elizundo les dio ejemplo. Todas se apresuraron a atender a los heridos, animándoles y reconfortándoles.
Fue entonces cuando la vieja prisionera de Escarpanto abandonó su oscuro retiro. La vista de la sangre no podía asustarla y, sin duda, los azares de su vida la habían conducido ya a más de un campo de batalla.
Al resplandor de las lámparas de la cubierta inferior, se inclinó sobre la cabecera de las literas en las que reposaban los heridos, echó una mano en las operaciones más dolorosas, y, cuando una nueva andanada hacía temblar la corbeta hasta las carlingas, ni el más leve movimiento de sus ojos indicaba que aquellas espantosas detonaciones la hubiesen hecho estremecerse.
Entretanto, se aproximaba la hora en la que la tripulación de la Syphanta iba a verse obligada a luchar con arma blanca contra los piratas. La línea se había cerrado, el círculo se estrechaba. La corbeta se convertía en el punto de mira de todos aquellos fuegos convergentes.
Pero se defendía bien, en honor al pabellón que ondeaba todavía en su pico. Su artillería causaba grandes estragos a bordo de la flotilla. Otros dos barcos, una saica y un falucho, fueron destruidos. Uno se hundió. El otro, agujereado por balas rojas, no tardó en desaparecer en medio de las llamas.
De todos modos, el abordaje era inevitable. La Syphanta sólo habría podido eludirlo forzando la línea que la rodeaba. A falta de viento, no podía hacerlo, mientras que los piratas, movidos por sus remos de galera, se acercaban estrechando el círculo.
El bergantín con el pabellón negro estaba sólo a un tiro de pistola cuando soltó su andanada. Una bala de cañón estalló contra los herrajes del codaste en la popa de la corbeta y le desmontó el timón.
Henry d'Albaret se preparó entonces para recibir el asalto de los piratas y mandó izar las redes defensivas y de abordaje. Ahora, era la fusilería la que detonaba de un lado y del otro. Pedreros y trabucos, mosquetes y pistolas, hacían llover una granizada de balas sobre la cubierta de la Syphanta. Muchos hombres cayeron aún, casi todos heridos mortalmente. Veinte veces estuvo Henry d'Albaret a punto de ser alcanzado; pero, inmóvil y tranquilo sobre el puente de mando, daba sus órdenes con la misma

sangre fría que si hubiese estado comandando una salva de honor en una revista de escuadra.
En ese momento, a través de los desgarrones de la humareda, las tripulaciones enemigas podían verse cara a cara. Se oían las horribles imprecaciones de los bandidos. A bordo del bergantín con pabellón negro, Henry d'Albaret intentaba en vano ver a aquel Sacratif, cuyo solo nombre causaba espanto en todo el Archipiélago.
Fue entonces cuando, por estribor y por babor, aquel bergantín y uno de los que habían cerrado la línea, sostenidos en la retaguardia por los otros barcos, se situaron junto a la corbeta, cuyas cintas gimieron bajo la presión. Los arpeos lanzados a propósito se engancharon al aparejo y ataron los tres navíos. Los cañones tuvieron que callar; pero, como las portas de la Syphanta eran otras tantas brechas abiertas a los piratas, los sirvientes
permanecieron en su puesto para defenderlas a hachazos, pistoletazos y golpes de pica. Tal era la orden del comandante, orden que fue enviada a la batería en el momento en el que los dos bergantines abordaban la corbeta.
De pronto, un grito estalló por todas partes, con tal violencia que dominó por un instante el estruendo de la fusilería.
-¡Al abordaje! ¡Al abordaje!
El combate, cuerpo a cuerpo, devino entonces espantoso. Ni las descargas de los trabucos, los pedreros y los fusiles, ni los hachazos y los golpes de pica pudieron impedir que aquellos piratas rabiosos, ebrios de furor, ávidos de sangre, pusieran pie en la corbeta. Desde sus cofas lanzaban una lluvia de granadas que hacía imposible defender la cubierta de la Syphanta, a pesar de que también ésta les respondiese desde sus propias cofas por medio de los gavieros.
Henry d'Albaret se vio acometido por todos lados. Los empalletados de la Syphanta, a pesar de que eran más elevados que los de los bergantines, fueron tomados al asalto. Los corsarios pasaban de verga en verga y, agujereando las redes defensivas, se descolgaban sobre la cubierta. ¡Qué importaba que algunos murieran antes de alcanzarla! Su número era tal que no lo parecía.
La tripulación de la corbeta, reducida

ahora a menos de doscientos hombres útiles, tenía que batirse contra más de seiscientos. En efecto, los dos bergantines servían incesantemente de paso a nuevos asaltantes, traídos por las embarcaciones de la flotilla. Era una masa a la que resultaba casi imposible resistir. La sangre no tardó en correr a mares sobre la cubierta de la Syphanta. Los heridos, en medio de las convulsiones de la agonía, se levantaban aún para dar un último pistoletazo o una puñalada.

Todo era confusión en medio de la humareda. ¡Pero el pabellón corfiota no sería arriado mientras quedase un hombre para defenderlo!

En medio de esta horrible refriega, Xaris se batía como un león. No había abandonado la toldilla. Veinte veces, su hacha, sujeta por el estrobo a su vigorosa muñeca, abatiéndose sobre la cabeza de un pirata, salvó de la muerte a Henry d'Albaret.

Éste, mientras tanto, en mitad de aquella agitación, no pudiendo hacer nada contra el número de sus enemigos, permanecía siempre dueño de sí mismo. ¿En qué pensaba? ¿En rendirse? ¡No! Un oficial francés no se rinde ante piratas. Pero, entonces, ¿qué haría? ¿Imitaría al heroico Bisson, que, diez meses antes, en condiciones similares, se había hecho saltar por los aires para no caer en manos de los turcos? ¿Destruiría, con la corbeta, los dos bergantines enganchados a sus flancos? ¡Pero esto suponía condenar también a la destrucción a los heridos de la Syphanta, los prisioneros arrancados a Nicolas Starkos, aquellas mujeres, aquellos niños...! ¡Era sacrificar a Hadjine!... Y aquellos a los que perdonara la explosión, si Sacratif los dejaba con vida, ¿cómo escaparían esta vez de los horrores de la esclavitud?

-¡Tened cuidado, mi comandante! -exclamó Xaris, que acababa de lanzarse delante de él.

Un segundo más y Henry d'Albaret habría sido herido de muerte. Pero Xaris aferró con sus dos manos al pirata que iba a golpearlo y lo precipitó al mar. Por tres veces, otros quisieron llegar hasta Henry d'Albaret; por tres veces, Xaris los abatió a sus pies.

La cubierta de la corbeta estaba entonces totalmente invadida por la masa de los asaltantes. Apenas se oían algunas

detonaciones. Los hombres se batían sobre todo con arma blanca y los gritos dominaban sobre el estruendo de la pólvora.
Los piratas, dueños ya del castillo de proa, habían acabado por ocupar todo el espacio hasta el pie del palo mayor. Poco a poco, rechazaban a la tripulación hacia la toldilla. Eran diez contra uno, al menos. ¿Cómo hubiera sido posible la resistencia? Si el comandante D'Albaret hubiera querido hacer saltar entonces la corbeta, tampoco habría podido poner en práctica su proyecto. Los asaltantes ocupaban la entrada de las escotillas y de los cuarteles que daban acceso al interior. Se habían esparcido por la batería y el entrepuente, donde la lucha continuaba con el mismo encarnizamiento. Llegar al pañol de la pólvora era ya algo impensable. Además, por todas partes los piratas se imponían por su número. Sólo una barrera, hecha con los cuerpos de sus camaradas heridos o muertos, los separaba de la popa de la Syphanta. Las primeras filas, empujadas por las últimas, franquearon esa barrera, después de haberla hecho aún más alta amontonando en ella nuevos cadáveres. Luego, pisoteando aquellos cuerpos, con los pies cubiertos de sangre, se precipitaron al asalto de la toldilla.
Allí se habían reunido unos cincuenta hombres y cinco o seis oficiales con el capitán Todros. Rodeaban a su comandante, decididos a resistir hasta la muerte.
En aquel estrecho espacio la lucha fue desesperada. El pabellón, caído del pico de cangreja junto con el palo de mesana, había vuelto a ser izado en el botalón de popa. Aquél era el último puesto que el honor mandaba defender hasta el último hombre.
Pero, por muy valerosa y decidida que fuese, ¿qué podía hacer aquella pequeña tropa contra los quinientos o seiscientos piratas que ocupaban entonces el castillo de proa, el puente y las cofas, de donde caía un verdadero diluvio de granadas? Las tripulaciones de la flotilla seguían llegando en ayuda de los primeros asaltantes. Eran otros tantos bandidos, que el combate no había aún debilitado, mientras que cada minuto disminuía el número de los defensores de la toldilla.
Aquella toldilla, sin embargo, era como una fortaleza. Tuvieron que arremeter contra ella varias veces. ¿Quién sabría decir cuánta

sangre se vertió para tomarla? ¡Pero, finalmente, fue tomada! Los hombres de la Syphanta tuvieron que retroceder ante la avalancha hasta el extremo de la popa. Allí se agruparon alrededor del pabellón, formando un escudo con sus cuerpos. Henry d'Albaret, en medio de ellos, con el puñal en una mano y la pistola en la otra, dio y recibió los últimos golpes.

¡No! ¡El comandante de la corbeta no se rindió! ¡Fue aplastado por el número! Entonces quiso morir... ¡Fue en vano! Parecía que aquellos que lo atacaban tuviesen la orden secreta de cogerlo vivo, orden cuya ejecución costó la vida a veinte de los más encarnizados asaltantes, que cayeron bajo el hacha de Xaris.

Henry d'Albaret fue capturado finalmente junto con aquellos de sus oficiales que habían sobrevivido a su lado. Xaris y los otros marineros se vieron reducidos a la impotencia. ¡El pabellón de la Syphanta dejó de flotar en su popa!

Al mismo tiempo, gritos, voces y hurras estallaron por todas partes. Eran los vencedores que daban alaridos aclamando a su jefe:

-¡Sacratif! ¡Sacratif!

Y ese jefe apareció entonces por encima de los empalletados de la corbeta. La masa de corsarios se apartó para hacerle sitio. Caminó lentamente hacia popa, pisando los cadáveres de sus compañeros sin prestarles la menor atención. Luego, después de haber subido la escalera ensangrentada de la toldilla, avanzó hacia Henry d'Albaret.

El comandante de la Syphanta pudo ver por fin a aquel a quien la turba de piratas acababa de saludar con el nombre de Sacratif.

Era Nicolas Starkos.

XV

Desenlace

El combate entre la flotilla y la corbeta había durado más de dos horas y media. Del lado de los asaltantes había que contar al menos ciento cincuenta hombres muertos o heridos, y casi otros tantos en la tripulación de la Syphanta, compuesta inicialmente de doscientos cincuenta. Estas cifras indican con qué encarnizamiento se había luchado, tanto por una parte como por la otra. La victoria no había sido para el bando al que en justicia

correspondía. Henry d'Albaret, sus oficiales, sus marineros y sus pasajeros estaban ahora en manos del despiadado Sacratif.

Sacratif o Starkos, pues, en efecto, eran el mismo hombre. Hasta entonces, nadie había sabido que, bajo aquel nombre, se escondía un griego, un hijo de la Maina, un traidor, ganado para la causa de los opresores. ¡Sí! ¡Era Nicolás Starkos quien mandaba aquella flotilla, cuyos espantosos desmanes habían sembrado el terror en aquellos mares! ¡Era él quien unía al infame oficio de pirata un comercio más infame aún! ¡Era él quien vendía, a los bárbaros y los infieles, a los compatriotas que habían escapado de las matanzas de los turcos! ¡Él, Sacratif! ¡Y ese nombre de guerra, o más bien ese nombre de piratería, era el nombre del hijo de Andronika Starkos!

Desde hacía muchos años, Sacratif -ahora hay que llamarlo así- había establecido el centro de sus operaciones en la isla de Escarpanto. Allí, en el fondo de las calas desconocidas de su costa oriental, se encontraban los principales apostaderos de la flotilla. Allí, compañeros suyos sin religión ni moral, que lo obedecían ciegamente y a los cuales podía pedir cualquier acto de violencia y de audacia, formaban las tripulaciones de una veintena de barcos, cuyo mando le pertenecía sin disputa.

Después de su partida de Corfú, a bordo de la Karysta, Sacratif había dado la vela directamente hacia Escarpanto. Su intención era reemprender sus campañas en el Archipiélago, con la esperanza de encontrar aquella corbeta que había visto aparejar para hacerse a la mar y cuyo destino conocía. Sin embargo, aun ocupándose de la Syphanta, no renunciaba a dar con Hadjine Elizundo y sus millones, como tampoco renunciaba a vengarse de Henry d'Albaret.

La flotilla de los piratas se puso, pues, a buscar la corbeta; pero, aunque Sacratif había oído hablar a menudo de ella y de las represalias que había tomado contra los piratas del norte del Archipiélago, no pudo dar con su pista. No era él, como ya se ha dicho, quien llevaba el mando en el combate de Lemnos, donde el capitán Stradena encontró la muerte; pero sí era él quien había huido de Tasos en la sacoleva, aprovechando la batalla que la corbeta libraba a la vista del puerto. Sólo que, en esa época, ignoraba

todavía que la Syphanta hubiese pasado a estar bajo el mando de Henry d'Albaret y no lo supo hasta que lo vio en el mercado de Escarpanto.
Al dejar Tasos, Sacratif había ido a recalar a Sira y no había abandonado esta isla hasta cuarenta y ocho horas antes de la llegada de la corbeta. No se habían equivocado al pensar que la sacoleva había debido de dar vela hacia Creta. Allí, en el puerto de Grabusa, esperaba el bergantín que debía llevar a Sacratif a Escarpanto para preparar una nueva campaña. La corbeta lo vio poco después de que hubiese salido de Grabusa y le dio caza, sin poder alcanzarlo, tan superior era su marcha.
Sacratif, por su parte, había reconocido perfectamente la Syphanta. Ir tras ella, intentar tomarla al abordaje, satisfacer su odio destruyéndola, ésa había sido su idea al principio. Pero, después de reflexionar, se dijo que valía más dejarse perseguir a lo largo del litoral de Creta, arrastrar a la corbeta hasta los parajes de Escarpanto y luego desaparecer en uno de aquellos refugios que sólo él conocía.
Eso fue lo que hizo y, cuando las circunstancias precipitaron el desenlace de este drama, el jefe de los piratas se ocupaba de poner su flotilla a punto para atacar a la Syphanta.
Ya sabemos lo que había pasado, ya sabemos por qué Sacratif había ido al mercado de Arkassa, y cómo, después de haber vuelto a encontrar a Hadjine Elizundo entre los prisioneros del batistan, se vio frente a Henry d'Albaret, el comandante de la corbeta.
Sacratif, creyendo que Hadjine Elizundo todavía era la rica heredera del banquero corfiota, había querido a toda costa convertirse en su dueño... La intervención de Henry d'Albaret hizo fracasar su tentativa.
Más decidido que nunca a apoderarse de Hadjine Elizundo, a vengarse de su rival y a destruir la corbeta, Sacratif se llevó consigo a Skopelo y volvió a la costa oeste de la isla.
No podía haber duda de que Henry d'Albaret pensaba abandonar inmediatamente Escarpanto a fin de repatriar a los prisioneros. La flotilla había sido reunida casi al completo y, al día siguiente, se hacía de nuevo a la mar. Las circunstancias habían favorecido su marcha, y así la Syphanta

había caído en su poder.
Cuando Sacratif puso los pies sobre la cubierta de la corbeta, eran las tres de la tarde. La brisa empezaba a arreciar, lo cual permitió a los otros navíos recuperar sus posiciones, de modo que siguieran teniendo a la Syphanta al alcance de sus cañones. En cuanto a los dos bergantines, pegados a sus flancos, tuvieron que esperar a que su jefe estuviese dispuesto a embarcar.
Pero, en ese momento, no pensaba en hacer tal cosa y un centenar de piratas permanecieron con él a bordo de la corbeta.
Sacratif no había dirigido todavía la palabra al comandante D'Albaret. Se había contentado con cambiar algunas palabras con Skopelo, que hizo conducir a los prisioneros, oficiales y marineros, hacia las escotillas. Allí se reunieron con aquellos de sus compañeros que habían sido apresados en la batería y el entrepuente; luego, todos fueron obligados a bajar al fondo de la cala, cuyos cuarteles volvieron a cerrarse sobre ellos. ¿Qué suerte les estaba reservada? ¡Sin duda, una muerte horrible que los aniquilaría destruyendo la Syphanta!
En ese momento, ya sólo quedaban en la toldilla Henry d'Albaret y el capitán Todros, desarmados, atados y vigilados.
Sacratif, rodeado de una docena de sus más feroces piratas, dio un paso hacia ellos.
-¡No sabía -dijo- que la Syphanta estuviese al mando de Henry d'Albaret! Si lo hubiera sabido, no habría dudado en presentarle batalla en los mares de Creta, ¡y así no habría ido a hacerles la competencia a los padres de la Merced al mercado de Escarpanto!
-¡Si Nicolas Starkos nos hubiese esperado en los mares de Creta -respondió el comandante D'Albaret- estaría ya colgado de la verga de trinquete de la Syphanta!
-¿De veras? -prosiguió Sacratif-. Una justicia expeditiva y sumaria...
-¡Sí!... ¡La justicia que conviene al jefe de unos piratas!
-Tened cuidado, Henry d'Albaret -exclamó Sacratif-. ¡Tened cuidado! Vuestra verga de trinquete está todavía en pie y yo sólo tengo que hacer una señal... -¡Hacedla!
-¡No se cuelga a un oficial! -exclamó el capitán Todros-. ¡Se le fusila! Esa muerte infamante...
-¿Acaso no es la única que puede dar un

infame? -respondió Henry d'Albaret.
Ante esta última palabra, Sacratif hizo un gesto, cuyo significado era más que conocido por los piratas.
Era una sentencia de muerte.
Cinco o seis hombres se lanzaron sobre Henry d'Albaret, mientras que los otros retenían al capitán Todros, que intentaba romper sus ataduras.
El comandante de la Syphanta fue arrastrado hacia proa, en medio de las más abominables maldiciones. Un andarivel había sido ya largado desde la empuñadura de la verga, y no faltaban más que unos segundos para que aquella infame ejecución se llevara a cabo en la persona de un oficial francés, cuando Hadjine Elizundo apareció en cubierta.
La joven había sido traída por orden de Sacratif. Ella sabía que el jefe de aquellos piratas era Nicolas Starkos. Pero ni la calma ni la fiereza habían de faltarle.
Primero, sus ojos buscaron a Henry d'Albaret. Ignoraba si había sobrevivido en medio de su tripulación diezmada. ¡Lo vio!... Estaba vivo... ¡Vivo, en el momento de padecer el último suplicio!
Hadjine Elizundo corrió a él exclamando.
-¡Henry!... ¡Henry!
Los piratas iban a separarlos, cuando Sacratif, que se dirigía hacia la proa de la corbeta, se paró a algunos pasos de Hadjine y de Henry d'Albaret. Los miró a los dos con una ironía cruel.
-¡He aquí a Hadjine Elizundo en manos de Nicolas Starkos! -dijo cruzándose de brazos-. ¡Así pues, tengo en mi poder a la heredera del rico banquero de Corfú!
-¡A la heredera del banquero de Corfú, pero no la herencia! -respondió fríamente Hadjine.
Sacratif no podía comprender esta distinción. Por eso, prosiguió diciendo:
-¡Quiero creer que la prometida de Nicolas Starkos no le negará su mano al encontrarlo de nuevo bajo el nombre de Sacratif!
-¡Yo! -exclamó Hadjine.
-¡Vos! -respondió Sacratif acentuando su ironía-. Está bien que le estéis agradecida al generoso comandante de la Syphanta por lo que ha hecho al rescataros. ¡Pero lo que él ha hecho, intenté hacerlo yo! Era por vos, y no por esos prisioneros, que poco me importan, ¡sí!, ¡sólo por vos, por quien sacrificaba mi

fortuna! ¡Un minuto más, bella Hadjine, y me habría convertido en vuestro dueño... o más bien en vuestro esclavo!
Mientras hablaba de este modo, Sacratif dio un paso adelante. La joven se apretó más estrechamente contra Henry d'Albaret.
-¡Miserable! -exclamó.
-¡Sí! Bien miserable, Hadjine -respondió Sacratif-. ¡Por eso cuento con vuestros millones para salir de la miseria!
Al oír estas palabras, la muchacha se adelantó hacia Sacratif.
-¡Nicolas Starkos -dijo con voz sosegada-, Hadjine Elizundo ya no tiene nada de la fortuna que codiciáis! ¡Ha gastado esa fortuna reparando el mal que su padre había causado para adquirirla! ¡Nicolas Starkos, ahora Hadjine Elizundo es más pobre que el último de estos desgraciados que la Syphanta llevaba de vuelta a su país!
Esta revelación inesperada produjo una repentina transformación en Sacratif. Su actitud cambió súbitamente. En sus ojos brilló un relámpago de furor. ¡Sí! ¡Él contaba todavía con aquellos millones que Hadjine Elizundo habría sacrificado para salvar la vida de Henry d'Albaret! ¡Y de esos millones - acababa de decirlo con un acento de sinceridad que no podía dejar ninguna dudaya no quedaba nada!
Sacratif miraba a Hadjine, miraba a Henry d'Albaret. Skopelo lo observaba: lo conocía lo bastante para saber cuál sería el desenlace de aquel drama. Por otra parte, las órdenes relativas a la destrucción de la corbeta le habían sido ya dadas, y no esperaba más que una señal para hacerlas ejecutar.
Sacratif se volvió hacia él.
-¡Adelante, Skopelo! -dijo.
Skopelo, seguido por algunos de sus compañeros, bajó por la escalera que conducía a la batería y se dirigió al pañol de la pólvora, situado en la popa de la Syphanta.
Al mismo tiempo, Sacratif ordenaba a los piratas que volviesen a pasar a bordo de los bergantines, todavía sujetos a los flancos de la corbeta.
Henry d'Albaret había comprendido. Ya no era sólo con su muerte con lo que Sacratif iba a satisfacer su venganza. ¡Centenares de desgraciados estaban condenados a perecer con él para saciar completamente el odio de aquel monstruo!
Los dos bergantines acababan de soltar

sus arpeos de abordaje y comenzaban ya a alejarse orientando hacia el viento algunas velas que ayudaban a sus remos de galera.
De todos los piratas, no quedaban más que unos veinte a bordo de la corbeta. Sus embarcaciones esperaban atracadas junto a la Syphanta a que Sacratif les ordenara bajar a ellas.
En aquel momento, Skopelo y sus hombres reaparecieron sobre la cubierta.
-¡A embarcar! -dijo Skopelo.
-¡A embarcar! -exclamó Sacratif con voz terrible-. ¡En unos minutos no quedará nada de este barco maldito! ¡Ah! ¡No querías una muerte infamante, Henry d'Albaret! ¡Está bien! ¡La explosión no perdonará ni a los prisioneros, ni a la tripulación, ni a los oficiales de la Syphanta! ¡Agradéceme que te dé una muerte semejante en tan buena compañía!
-Sí, agradéceselo, Henry -dijo Hadjine-. ¡Agradéceselo! ¡Al menos, moriremos juntos!
-¿Morir tú, Hadjine? -respondió Sacratif-. ¡No! Tú vivirás y serás mi esclava... ¡Mi esclava!... ¡óyelo!
-¡Infame! -exclamó Henry d'Albaret.
La joven se aferraba a él más estrechamente. ¡Ella, en poder de aquel hombre!
-¡Cogedla! -ordenó Sacratif.
-¡Y a embarcar! -añadió Skopelo-. ¡Tenemos el tiempo justo!
Dos piratas se habían lanzado sobre Hadjine, y la arrastraron hacia el portalón de la corbeta.
-Y ahora -exclamó Sacratif-, que todos perezcan con la Syphanta, todos...
-¡Sí!..., todos... ¡y tu madre con ellos!
Era la vieja prisionera, que acababa de aparecer sobre la cubierta, esta vez con la cara descubierta.
-¡Mi madre!... ¡A bordo!... -exclamó Sacratif.
-¡Tu madre, Nicolas Starkos! -respondió Andronika-. ¡Y será tu mano la que me cause la muerte!
-¡Que se la lleven!... ¡Que se la lleven! -aulló Sacratif.
Algunos de sus compañeros se precipitaron sobre Andronika.
Pero, en ese momento, la cubierta fue invadida por los supervivientes de la Syphanta. Habían conseguido romper los cuarteles de la cala donde los habían encerrado

y acababan de hacer irrupción por el castillo de proa.
-¡A mí!... ¡A mí! -exclamó Sacratif.
Los piratas que estaban todavía en la cubierta, arrastrados por Skopelo, intentaron ir a socorrerlo. Los marinos, armados de hachas y puñales, dieron buena cuenta de ellos, hasta el último.
Sacratif se sintió perdido. ¡Pero, al menos, todos aquellos a quienes odiaba iban a perecer con él!
-¡Salta por los aires, corbeta maldita! -exclamó-. ¡Salta!
-¡Saltar por los aires!... ¡Nuestra Syphanta!... ¡Nunca!
Era Xaris, que apareció aguantando una mecha encendida que había arrancado de uno de los toneles del pañol de la pólvora. Luego, abalanzándose sobre Sacratif, lo abatió sobre la cubierta de un hachazo.
Andronika lanzó un grito. Todo lo que puede sobrevivir del sentimiento maternal en el corazón de una madre, incluso después de tantos crímenes, había surgido en aquel instante. Hubiese querido desviar aquel golpe que acababa de alcanzar a su hijo.
Entonces la vieron acercarse al cuerpo de Nicolas Starkos y arrodillarse, como para darle el último perdón en el último adiós... Luego, cayó a su vez.
Henry d'Albaret se lanzó hacia ella...
-¡Muerta! -dijo-. ¡Que Dios perdone al hijo por piedad hacia la madre!
Entretanto, algunos de los piratas, que estaban en las embarcaciones, habían podido abordar uno de los bergantines. La noticia de la muerte de Sacratif se difundió enseguida. Había que vengarlo y los cañones de la flotilla tronaron de nuevo contra la Syphanta.
Esta vez, fue en vano. Henry d'Albaret había tomado de nuevo el mando de la corbeta. Lo que quedaba de su tripulación -un centenar de hombres- se volvió a colocar en las piezas de la batería y en las carronadas del puente, que respondieron victoriosamente a las andanadas de los piratas.
Pronto, uno de los bergantines -el mismo en el cual Sacratif había enarbolado su pabellón negro- fue alcanzado en la línea de flotación y se hundió en medio de las horribles imprecaciones de los bandidos que había a bordo.
-¡Ánimo! ¡Ánimo, muchachos! -gritó Henry d'Albaret-. ¡Salvaremos nuestra Syphanta!

Y el combate continuó por un lado y por el otro; pero el indomable Sacratif ya no estaba allí para enardecer a los piratas y éstos no osaron arriesgarse a las eventualidades de un nuevo abordaje.
Pronto no quedaron más que cinco barcos de toda aquella flotilla. Los cañones de la Syphanta podían hundirlos a distancia. Por eso, siendo la brisa bastante fuerte, se sirvieron de ella y emprendieron la huida.
-¡Viva Grecia! -gritó Henry d'Albaret, mientras los colores de la Syphanta eran izados a la punta del palo mayor.
-¡Viva Francia! -respondió toda la tripulación, asociando aquellos dos nombres, que habían estado tan estrechamente unidos durante la guerra de la Independencia.
Eran entonces las cinco de la tarde. A pesar de tantas fatigas, ninguno de aquellos hombres quiso descansar antes de que la corbeta hubiese sido puesta en condiciones de navegar. Envergaron dos velas de repuesto, enjimelgaron los mástiles bajos, colocaron un bandola para reemplazar el palo de mesana, pasaron drizas nuevas y encapillaron obenques también nuevos, repararon el timón y, esa misma noche, la Syphanta retomaba su rumbo hacia el noroeste.
El cuerpo de Andronika Starkos, depositado bajo la toldilla, fue guardado con el respeto que imponía el recuerdo de su patriotismo. Henry d'Albaret quería devolver a su tierra natal los despojos de aquella valiente mujer.
En cuanto al cadáver de Nicolas Starkos, le ataron a los pies una bala de cañón y desapareció bajo las aguas de aquel Archipiélago que el pirata Sacratif había turbado con tantos crímenes.
Veinticuatro horas después, el 7 de septiembre, hacia las seis de la tarde, la Syphanta llegaba a la isla de Egina y entraba en el puerto después de un año de viaje durante el cual había restablecido la seguridad en los mares de Grecia.
Allí, los pasajeros hicieron resonar el aire con mil hurras. Luego, Henry d'Albaret se despidió de los oficiales de a bordo y de su tripulación y volvió a poner al capitán Todros al mando de aquella corbeta, que Hadjine había donado al nuevo gobierno.
Algunos días más tarde, en medio de una gran concurrencia, y en presencia del estado

mayor, la tripulación y los prisioneros repatriados por la Syphanta, se celebraba el matrimonio de Hadjine Elizundo y Henry d'Albaret. Al día siguiente, los dos partieron hacia Francia con Xaris, que ya no había de dejarlos, pero pensaban volver a Grecia en cuanto las circunstancias lo permitiesen.
Por otra parte, aquellos mares empezaban ya a recobrar la calma durante tanto tiempo turbada. Los últimos piratas habían desaparecido y la Syphanta, bajo las órdenes del comandante Todros, no volvió a encontrar nunca ni rastro de aquel pabellón negro, engullido por las aguas junto con Sacratif. Ya no era el Archipiélago en llamas: era, una vez extinguidos los últimos fuegos, el Archipiélago reabierto al comercio del Extremo Oriente.
El reino helénico, en efecto, gracias al heroísmo de sus hijos, no había de tardar en ocupar su lugar entre los Estados libres de Europa. El 22 de marzo de 1829, el sultán firmaba una convención con las potencias aliadas. El 22 de septiembre, la batalla de Petra aseguraba la victoria a los griegos. En 1832, el Tratado de Londres daba la corona al príncipe Otón de Baviera. El reino de Grecia estaba definitivamente fundado.
Fue hacia esa época cuando Henry y Hadjine d'Albaret volvieron a fijar su residencia en aquel país, con una modesta situación económica, es cierto. Pero ¿qué más necesitaban para ser felices, si la felicidad estaba en ellos mismos?


editorial del cardo